SUMARIO

ESTUDIOS

- **Dos herramientas para perforar la trivialidad: la inquietud y la búsqueda.**
  Federico DE CARLOS OTTO 893
- **Habitar el presente.**
  Lucía RAMÓN CARBONELL 903
- **La palabra dada.**
  Antonio GARCÍA RUBIO 919
- **La intimidad que intimida. Por una cultura de la comunicación callada.**
  María Dolores LÓPEZ GUZMÁN 933

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Educar en la inclusión social,**
  Francis BERDUGO, de la Fundación «Entreculturas» . 945

LAS BIENAVENTURANZAS

- **9. Ocho bienaventuranzas paulinas.**
  Francisco RAMÍREZ FUEYO, SJ 949

LOS LIBROS

- **Recensiones** 963

ÍNDICE GENERAL

- **Tomo 91 / 2003** 976

PRESENTACIÓN

PERFORAR LA TRIVIALIDAD

Si los antiguos catecismos calificaban de «enemigos del alma» al mundo, al demonio y a la carne, hoy podríamos ampliar la lista añadiendo a esos enemigos la «trivialidad», entendida como un hábito muy extendido en nuestra cultura de vivir instalados en la despreocupación, la banalidad y la intrascendencia.

Sus causas pueden ser múltiples: huida ante la amenaza de la finitud, vida «centrifugada» por la prisa, resistencia al esfuerzo, pérdida del hábito de interiorización, horror al silencio y a la soledad, necesidad compulsiva de «estar conectados» superficialmente con otros, pero sin consentir que nuestra vida quede cuestionada...

Afortunadamente, a lo largo de nuestra vida se nos presentan situaciones que desafían esa postura trivial: el fracaso, el choque del desamor, la experiencia de la injusticia, la muerte... Y, afortunadamente también, podemos practicar «terapias de choque», que actúen como barrenas perforadoras de esa trivialidad que nos aísla de lo mejor de nuestra condición humana.

La propuesta de este número de *Sal Terrae* es reflexionar acerca de cuatro actitudes de «perforación de lo trivial»: la actitud de búsqueda, la palabra dada, la recuperación de la intimidad y el gusto por el presente.

En una cultura en la que el hábito de consumo pretende sofocar cualquier carencia, la actitud de *búsqueda* sería la marca de una conciencia despierta, la apertura de un espacio en el que Dios puede seguir creando algo. Y en la Iglesia tenemos el desafío de detectar las «búsquedas anónimas» que están ya presentes hoy en la gente (Internet, «estar conectado», experimentar emociones...). *Federico de Carlos Otto* nos ofrece en su artículo una serie de pistas para suscitar la pregunta del *por qué* y no sólo la del *cómo* y el *para qué,* y nos

recuerda que la búsqueda requiere una pedagogía, un aprendizaje, un testimonio y un acompañamiento. Y, también, que «el vértigo de la inmersión sólo puede superarse lanzándose de cabeza a las aguas que nos esperan». Ayudar a otros a dar ese salto es una tarea a la vez difícil y apasionante.

Lucía Ramón, en su artículo «Habitar el presente», reflexiona sobre nuestra manera de vivenciar el tiempo, tan amenazada por la aceleración, la ansiedad y la «descreación». Frente a esos «enemigos» del tiempo vivido, el *«hoy»* que resuena tantas veces en el Evangelio nos invita a saborear el presente, a habitarlo, a aguantar la realidad que se nos resiste, a superar las tentaciones de nostalgia o de ensoñación y a acoger las posibilidades que encierra el *aquí y ahora.* También a explorar las experiencias de plenitud, el humor y la creatividad como modos de «perforar» ese presente.

La *compasión creativa* se nos descubre como una actitud fundamental del cristiano para vivir el presente, a partir de algunas sugerentes claves para conseguir habitarlo desde una espiritualidad de la creación.

La reflexión de *Antonio García Rubio* en torno a «La palabra dada» nos ayuda a descubrir el valor y la belleza de la coherencia y la fidelidad a los compromisos contraídos y a las promesas hechas. Nos recuerda que nuestra posibilidad de prometer se apoya en la fuerza del Dios que es fiel a sus promesas, y su testimonio personal es que, frente a la idea de que es imposible mantener las promesas de larga duración, el mantenerlas llega a ser una preciosa herramienta de construcción de la personalidad creyente. Porque es precisamente al prometer algo cuando la persona es pro-vocada a ir más allá de sí misma e invitada a «ser más» de lo que es en el presente.

La intimidad es otra dimensión que conviene ser recuperada: porque la TV, con sus *talk-shows,* sus programas «rosa», su «Gran Hermano»..., nos lanza el mensaje de que se puede hablar de todo y revelarlo todo de uno mismo, incluso las parcelas más privadas e íntimas. Lo privado se ha hecho público, y lo público privado. Al desaparecer la dimensión de «latencia», se diría que todo es «patente», que todo es «exhibible». De ahí la importancia de restablecer esos espacios secretos e inviolables de la persona que sólo se comunican libremente a quien se desea. *Mª Dolores López Guzmán,* en «La intimidad que intimida», aboga por «una cultura de la comunicación callada» y, desde

una postura «propositiva», llama la atención sobre los peligros que se esconden en esos comportamientos, tratando al mismo tiempo de redescubrir y presentar el lado más atractivo de algunos valores ocultos o casi perdidos. Se pregunta acerca de cuáles son las experiencias que pueden ser compartidas, quiénes son los interlocutores más apropiados, qué importancia tiene seleccionar los momentos y las personas para comunicar la interioridad, y cómo saber que algo pertenece al ámbito de lo implícito y que no debe salir tal cual al exterior. Las respuestas que ofrece son fruto de un cuidadoso ejercicio de discernimiento y sabia intuición.

ST 91 (2003) 893-901

ESTUDIOS

Dos herramientas para perforar la trivialidad: la inquietud y la búsqueda

Federico DE CARLOS OTTO*

Me pongo a escribir este artículo que me ha pedido *Sal Terrae* inmediatamente después de leer en un periódico del día de la fecha (finales de octubre) que, según el último estudio del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas), la inmensa mayoría de los españoles se consideran felices o muy felices. Es decir, que están a gusto consigo mismos, con sus vidas, con su medio ambiente, etc.

No es la primera vez que estudios como éste dicen más o menos lo mismo. Recuerdo que hace unos cuantos años, a propósito de unos resultados sociológicos parecidos en no se qué estudio ni qué medio de comunicación, mantuve una animada discusión con un compañero que a todo lo que nos vincula profesional y, digamos, espiritualmente, une su condición de psicólogo. Decía yo que, con todos los matices que se quiera, deberíamos admitir que los mencionados estudios que nos hablan de esa autopercepción que parece poseer la gente como protagonistas de una considerable felicidad reflejan, sin duda, la realidad. Argüía él que dar sin más por buena –o, mejor, por correcta– esta autopercepción es, probablemente, erróneo por una de estas dos razones: a) la gente, cuando es preguntada, no dice la verdad al respecto, y no porque sea mentirosa, sino porque tiende irremediablemente a expresar un cierto optimismo superficial; o b) porque, efectivamente, sí se considera feliz, pero esa felicidad acontece en un plano muy a ras de tierra, sin especial hondura: el plano que corresponde a, o cuadra con la respuesta a una pregunta de encuesta. En un segundo momento aní-

* Doctor en Teología. Traductor. Madrid. <federico900@msn.com>

mico (podríamos decir: al volver a casa, en la soledad de la propia habitación, cuando ya no hay que responder para «quedar bien»), el mismo individuo que se ha considerado y manifestado feliz puede llegar a reconocer –al menos para sus adentros– que las cosas son más complicadas y que eso de la felicidad no es asunto que pueda dirimirse con tanta rapidez. La gente, pues, sería feliz, pero menos. Es decir: a mucha gente no le cuesta reconocerse, hacia fuera, como gozando de una situación de felicidad; pero semejante reconocimiento tiene más de voluntarismo, de deseo en estado puro, que de constatación de lo que realmente sucede.

¿Por qué me parece éste un buen arranque para un artículo como el que debo escribir? Trataré de explicarme siendo fiel a lo que se me ha sugerido como tema de reflexión.

La vida, como todos sabemos y experimentamos, es un entramado complejísimo. Somos protagonistas, hasta cierto punto al menos, de mil peripecias que van configurándonos por dentro y van dejando en nuestro ser más profundo su huella; una huella que incluso puede afectar al propio porte externo o aspecto físico. La vida nos marca sin contemplaciones.

Afrontar esta enorme complejidad, que antes o después nos genera sufrimiento, exige una dotación espiritual, humana, anímica, o como quiera llamarse, que es siempre fruto de un entrenamiento arduo y permanente; es decir, de una disciplina nada fácil de adquirir y, mucho menos, de mantener.

De modo que, desde muy pronto, todos intuimos que, si queremos ser felices manteniéndonos a la altura de nuestra humanidad, es decir, de lo que, algo confusamente tal vez, percibimos que somos o, al menos, que podemos llegar a ser, no tenemos más remedio que adoptar esa disciplina, ese aprendizaje de que acabo de hablar.

No por obvio o manido el ejemplo pierde fuerza: atraído por la fascinación de la montaña, el futuro alpinista al menos tiene la intuición, y probablemente llega a la convicción, de que sólo coronará su apetecida escalada tras un proceso de entrenamiento lleno de sufrimiento. El placer indescriptible de las alturas tiene un precio fijado de antemano que, además, debe pagarse por adelantado.

Pues bien, la atracción de la felicidad es tan irresistible, y la convicción del esfuerzo que requiere su disfrute tan fuerte y evi-

dente, que en un proceso casi siempre inconsciente, pero probablemente insuperable –lo que suele llamarse en otros contextos «mecanismo de defensa»–, el individuo busca, y cree encontrar, alguna fórmula que le permita obtener el fin –la felicidad– sin tener que pagar el precio: la disciplina. Y eso es precisamente, según creo, la trivialidad: un tubo de escape, un drenaje, un atajo... –multiplíquense cuanto se quiera las metáforas– para lograr un estatuto existencial en el que la posesión de la felicidad no requiera el acompañamiento del dolor ni exija como prerrequisito el sufrimiento. Nada de rugosidades, nada de complejidades. No a la ambigüedad, al claroscuro, al zig-zag. Por el contrario: sí al encantador atractivo de la idea simplicísima, de la piedra filosofal, del bálsamo de Fierabrás. De modo que, si no me equivoco en el planteamiento, creo que podemos establecer algunas ecuaciones antes de proseguir.

Lo que llaman, en el contexto de este número, «trivialidad», que no es otra cosa que eso que tiene tanto que ver con la desesperante estupidez y banalidad que nos rodea por doquier (en el trabajo, en la familia, en el vecindario, en la relación de pareja, y mil etcéteras), es probablemente, y en último análisis, el escudo protector –remedio casero, botiquín de primeros auxilios– contra el dolor y el sufrimiento que, desde que se nos echa encima la pubertad, vemos horrorizados cómo nos amenaza con singular intensidad y eficacia. Nos hacemos triviales para no sufrir: formulación un tanto más sofisticada del ancestral dicho popular: reímos por no llorar.

Se impone inmediatamente una pregunta: ¿es eficaz el mecanismo? Yo creo sinceramente que, al menos en una cierta medida y en no pocos casos, sí. Y este reconocimiento inicial me parece imprescindible si queremos, en un segundo momento, ofrecer con solvencia la perforación de esa trivialidad como una alternativa razonable, comprensible y hasta apetecible.

Esta afirmación nos sitúa de golpe en un terreno antropológico de mayor calado. En efecto, si una cierta instalación en la trivialidad (léase, si se prefiere: finitud, levedad del ser, o fórmulas similares) procura de hecho y realmente felicidad en grado suficiente al ser humano, la razón última es, probablemente, porque éste posee una dimensión a la que eso que llamamos trivialidad parece

poder satisfacer, evitándole además otras complicaciones, todas ellas emparentadas con el dolor. Dimensión que, una vez satisfecha, se convierte en única, imponiendo con plausibilidad su hegemonía.

¿Es esto malo? Yo creo que no necesariamente. Pero, sobre todo, creo que nunca debería plantearse su valoración o diagnóstico en términos de bondad o maldad moral. Somos, en principio –o, si se prefiere, en cierta medida–, así: capaces de vivir a gusto en la trivialidad, capaces de disfrutar siendo finitos, capaces de gozar con nuestra propia superficialidad.

Digo esto porque con frecuencia la angustia metafísica que padecemos los que llevamos toda la vida «perforando la trivialidad», habiendo llegado incluso a graduarnos en la especialidad –¿tal vez prematuramente?–, nos puede llevar a diagnósticos y, sobre todo, a tratamientos precipitados o inadecuados para esto que percibimos como problemático.

A estas alturas, empiezo a tener la impresión de que las cosas están algo más claras. He afirmado que la trivialidad –sucedáneo logradísimo– puede reportar a muchos considerables cantidades de bienestar, de alegría y de contento. He dicho también que conviene no reprimir precipitadamente esta percepción de la existencia, según la cual, como vemos, la mejor fórmula para desarrollarla, evitando el de otro modo insidioso e irremediable dolor, es permitiéndola pactar con lo trivial, con lo que no interpela ni exige desagradables mutaciones, con aquello que sólo requiere una renuncia no demasiado ardua –la renuncia a ser hombres–, ofreciendo una recompensa alucinante: la eterna felicidad de los dioses.

Ahora quiero completar la reflexión avanzando un poco más. Si estoy convencido de que la trivialidad puede funcionar como acabo de decir, estoy también seguro de que ese funcionamiento es, todo lo más, meramente paliativo, nunca curativo. Instalándonos en esta amiga nuestra, la protagonista de estas líneas, paliamos con toda probabilidad el dolor, pero ciertamente no lo curamos.

La finitud consuela, pero no sana. La victoria sobre el dolor, por más que siempre sea parcial, si ha de ser verdaderamente victoria, exige despertar del sueño en el que yacemos cuando vivimos trivialmente, y descubrir –en perfecta vigilia– el verdadero alcan-

ce de nuestra humanidad. Por todo lo cual, no parece tarea despreciable ni desmesura voluntarista de visionarios pre-fanáticos el que quienes, en un momento u otro, captan la chispa, el fogonazo que les pone en cuestión el espléndido argumento con que gustan de revestirse los amigos de la finitud, inicien un recorrido vital con el sano y nada fácil propósito de perforar la trivialidad.

La convicción que guía a estos luchadores, tan esforzados como pacíficos, tan seguros como serenos, es que, una vez practicados los correspondientes boquetes en el muro de la poquedad, se mostrará un campo de espléndidas e insospechadas posibilidades para lo humano, desde las que podrá enfocarse sin miedo, e iluminar sin contemplaciones, el dolor, desenmascarándolo como paso previo para poder gozar de la verdadera felicidad, la cual, una vez descubierta, ya no importa reconocer que, a pesar de ser real, es también finita.

Perforada la trivialidad, pues, uno queda perplejo al tener que contemplar y asumir la paradoja: sólo puedes ser feliz si aceptas establecer con la felicidad una relación no-posesiva. Sólo vences el dolor haciéndote, aunque sea provisionalmente, su amigo. Ambos absolutismos –el de la felicidad y el del sufrimiento– quedan entonces, no disimulados, sino vencidos merced a ese mecanismo propio de la clarividencia que es la aceptación.

¿Y cómo haremos para trabajar en esta aventura? Imposible la receta. Imposible e inconveniente. Pretender siquiera sugerirla sería precisamente capitular al equívoco y al malentendido de quienes rinden adoración a la escasez, barruntando el fastidio que acarrea muchas veces la abundancia. No. No hay recetas. Pero puede haber sugerencias, hipótesis de trabajo, puntos de referencia. Y también ejercicios prácticos.

En este número se ofrece mucha reflexión y abundantes pensamientos con capacidad para ayudar a diseñar el contenido de nuestra propia alforja. Me toca a mí ahora sumarme a los demás participantes, haciendo una modesta aportación.

Buscad y encontraréis

Una sentencia que los evangelistas atribuyen a Jesús, y que lo más probable es que, efectivamente, a él se remonte, sea o no en su actual literalidad, dice así:

«Pedid y se os dará.
Buscad y encontraréis.
Llamad y se os abrirá».

Como todo lo que dicen los sabios, esta sentencia, escuchada por primera vez, deja en el oyente un sabor agridulce. Por una parte, resulta atractivo lo que en ella se dice; atractivo e incluso convincente; por otra, sin embargo, da la impresión de encerrar una exigencia de fe desmesurada. Y, además, la indeterminación del sujeto-objeto del imperativo deja un cierto poso de insatisfacción.

La interpretación que vengo oyendo desde niño priva al tríptico evangélico de toda hondura: lo sitúa, efectivamente, en el terreno de lo fácil, de lo infantil, de lo sucedáneo. Los disparates a que ha dado lugar son de todos conocidos.

Sin embargo, afrontar sin miedo el enigma con un inicial voto de confianza en la persona que lo pronuncia nos puede poner sobre una pista fascinante. Hagamos un esfuerzo: los tres verbos en imperativo presuponen la indigencia. He de pedir porque carezco de algo; he de buscar porque necesito algo; y por idéntica razón me veo obligado a llamar. El punto de partida, pues, es la carencia. Ese estado carencial que me constituye es, además, omnienglobante: es la situación de quien necesita atravesar ciertos muros que, de consentirlos en su impresionante grosor, le mantendrían eternamente en la pobreza. Derribarlos es la condición para arribar allí donde ésta se trocará en abundante posesión.

No quisiera alargar innecesariamente la reflexión. La sentencia evangélica me parece que propone el mejor de los programas para poder embarcarse en la aventura –a primera vista, como hemos dicho, innecesaria e incluso indeseable, y en cualquier caso, desde luego, muy propia de gente ilusa– de perforar la trivialidad. Adoptando como punto de partida la realidad de esa indigencia, la tarea que se ofrece es la de avanzar hacia la «tierra prometida» (o, si se prefiere, «tierra intuida») de la felicidad y de la propia realización personal en paz y plenitud.

Pedir, buscar, llamar: tres actitudes en el fondo equivalentes –por no decir idénticas– que, sabiamente empleadas, pueden capacitarnos para aquello que apetecemos conseguir. De las tres, la que me parece que puede tener más capacidad pedagógica, es la segunda: buscar.

Si de algo estoy convencido, a la altura a que me ha sido dado llegar en la vida (altura ya considerable, pero que admite todavía un apetecible crecimiento), es que la actitud de búsqueda es la única que nos puede salvar de numerosas distorsiones en nuestra realización humana. Y, manteniendo la jerga de estas páginas, el mejor antídoto contra la trivialidad.

Naturalmente, ni se me pide ni, probablemente. estoy capacitado, para ofrecer ahora una especie de tratado sobre el tema de la búsqueda como actitud deseable en la vida de los hombres. Con mucha más modestia, quiero pensar en alta voz a propósito de las posibilidades e implicaciones que lleva consigo.

Buscar nos abre a un mundo de posibilidades, en todas direcciones, que impide el anquilosamiento emocional y mental. Quien no busca renuncia de antemano a la sorpresa, cercena de raíz mil invitaciones que guarda la vida y que, ofrecidas en su momento, y aceptadas, pueden precisamente hacer que ésta madure.

Quien busca sale de sí mismo, queda temporalmente a la intemperie, pero termina sintiéndose afianzado, al poder incorporar a su propia existencia lo mejor de cuanto el discurrir de la historia ha ido sedimentando y poniendo a su disposición.

El hecho mismo de buscar resulta enriquecedor, independientemente de cuál sea el resultado. Por eso es sabia y dice verdad la sentencia del evangelio: si buscas, encuentras. Y más sabio todavía resulta que no te diga el qué. Porque lo que da profundidad a la vida, lo que la redime de la amenaza permanente de la banalidad, es la propia posibilidad de buscar.

Ninguna obra literaria, ninguna composición musical, ninguna pintura o escultura existirían si el autor de cada una de ellas no se hubiera puesto –venciendo siempre una cierta angustia, desde luego– a buscar, aterrado, en un principio al menos, por el vacío indescriptible del papel, el pentagrama o el lienzo en blanco.

La superficialidad que nos rodea es fruto, en buena medida, de una negativa a buscar, pero también de una búsqueda excesivamente dirigida, neuróticamente obsesionada con que el resultado sea uno determinado y concreto, que yo quiero que el otro encuentre.

Entrando de lleno, por ejemplo, en el terreno religioso, no es nada original decir, aunque sí es muy cierto, que sólo el resultado de la búsqueda –positivo o negativo– da profundidad a una fe o a

una increencia. Igual de frívolo o trivial es un creyente incapaz de buscar por sí mismo que un ateo al que la búsqueda se la ha dado resuelta, pongo por ejemplo, Nietzsche.

Buscar, pues; y hacerlo en todas direcciones. Hacerlo siempre desde uno mismo. «Ampliar la búsqueda», como leemos hoy constantemente en los «buscadores» de la Web. Espléndida metáfora ésta, por cierto: el ser humano como navegante –no importa en absoluto que llegue a hacerse adicto– que busca, busca y busca: a veces, con una meta determinada, a veces dejándose llevar. Tal vez un día empiece buscando, por ejemplo, «placer» y, tras una complicada y laboriosa navegación, termine en una página que le muestre la placentera vida de una comunidad que abandonó una forma de vida prisionera del consumo y del chismorreo y se topó con el insospechado PLACER de ayudar a unos semejantes a crear pozos para obtener mejores regadíos.

También es posible que alguien se interese, en principio, por la belleza; y que, después de pasar por páginas de todo tipo –desde las puestas de sol, los ríos y los mares, y hasta la estafa de lo porno–, arribe al guiño que le dirige el mismo Dios desde un informe de alguna agrupación que lucha, perdida en medio de banalidades sin cuento, contra el SIDA.

He tenido muchas veces conversaciones con personas jóvenes que, con el desparpajo propio de la edad, me han espetado como quien dicta sentencia: «no creo en Dios, nunca creeré en Dios». La frase, casi siempre, quedaba en el aire con un cierto tono de desafío o. mejor, de interrogación: «¿qué te parece?». Mi respuesta ha sido siempre la misma: muy bien, me parece muy bien; pero creo que es bueno que sigas buscando, que no dejes nunca de buscar.

El problema de nuestros conciudadadnos que se declaran ateos es, con frecuencia, que su ateísmo es trivial: no es fruto de una búsqueda exigente y constante. Por eso son ateos. Y el problema de muchos de nuestros hermanos en la «fe» es idéntico: su credo no es fruto de la búsqueda, sino de la repetición, asumida de mejor o peor grado, de unas fórmulas recibidas. Por eso son, también, ateos.

Conclusión

Lo que he expuesto como mecanismo fundamental para poder perforar esa trivialidad tan agobiante y tan invasiva que existe y parece ir en aumento en este nuestro mundo enigmático y complejo –la búsqueda– requiere una pedagogía, un aprendizaje, un testimonio y un acompañamiento. Nunca me extrañará el fracaso de los padres, de los maestros, de los catequistas, de los curas... de quien sea, si no son personas que han buscado, buscan y se proponen seguir haciéndolo de por vida. El vértigo de la inmersión sólo puede superarse lanzándose de cabeza a las aguas que nos esperan. He aquí una hermosa aunque difícil tarea: ayudar a dar el salto.

Dos cosas me quedan por decir. La primera es una reivindicación de la paciencia. La metáfora que se viene empleando –perforar– alude a las claras a una tarea que dura en el tiempo, que no siempre logra su objetivo a la primera, que exige con frecuencia numerosas intentonas. Los educadores, la gente de iglesia, ámbitos en los que preferentemente me muevo, hacen gala –así me lo parece al menos– de una prisa, un nerviosismo y una falta de sosiego y de paciencia que sólo acarrean pesimismo y malestar. Si he logrado dejar claro cómo la trivialidad es el estado normal del ser humano (recuérdense los lenguajes teológicos al respecto: «naturaleza caída», «ser contingente», «pecado original», etc.), su superación requerirá, por fuerza, espacios amplios de tiempo, equivalentes casi siempre a la totalidad de una vida.

El otro punto que quería subrayar es que la lucha por una vida más allá de la superficialidad de lo banal deberá llevarse a cabo siempre desde la solidaridad con quienes no son capaces de elevar el vuelo y pasar a la otra orilla. Una solidaridad que no es concesión compasiva a los pobrecitos imbéciles que gozan con la alienación en vez de gozar con la libertad, sino reconocimiento sincero y humilde de que todos llevamos al enemigo dentro; que todos somos tentados de frivolidad, y con ella pactamos más veces de las que confesamos. Por eso dije, líneas más arriba, que resulta indispensable el testimonio: porque sólo, me parece, cuando uno ha tratado de tú a tú con esta señora indeseable pero tan cautivadora, y al mismo tiempo ha probado que existen otras propuestas superiores, puede invitar y acompañar, broca en mano, a los que se animen a taladrar el muro de nuestra vergüenza.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

No se hace una revolución sin causar problemas, levantar sospechas y provocar inquietudes. Y Tony de Mello la hizo. No dudó en traspasar fronteras y osó poner su pie en tierras vírgenes, allí donde los mapas antiguos solían poner: *hic sunt leones,* y las ortodoxias de todos los tiempos siguen dictando prohibiciones y erigiendo tabúes. Esperar la calma total o la concordia unánime sería pura ingenuidad. Pasarse a los extremos del rechazo visceral o de la aceptación sin fisuras revelaría poca sabiduría histórica. Lo sensato es abrirse al impacto de una obra inusual, captar su novedad e intentar dejarse fecundar por lo que hay en ella de semilla de futuro.

Aprenda el lector qué significa eso de «hablar en parábolas» y goce del espectáculo de un pensamiento libre como el viento y ancho como el mundo. El pensamiento de alguien con un cristianismo formado en la energía dinámica de la tradición judeo-cristiana, pero con sus raíces culturales en las milenarias profundidades de la tradición religiosa de la India.

2 vols. 1.632 págs. Enc. tela. P.V.P. (IVA incl.): 60,00 €

ST 91 (2003) 903-918

Habitar el presente

Lucía Ramón Carbonell*

1. ¿Por qué los Papalagi no tienen tiempo?

En 1929 Erich Scheuermann publicó *Los Papalagi.* Se trata de un conjunto de discursos en los que el polinesio Tuiavii de Tiavea describe para los nativos de las islas de los Mares del Sur a los hombres blancos –los papalagi– y su civilización. A través de su mirada ingenua descubrimos desde otro punto de vista nuestra relación con el tiempo.

> «Los Papalagi (...) sienten pasión por algo que no podéis comprender, pero que, a pesar de eso, existe: el tiempo. (...) Los Papalagi nunca están satisfechos con su tiempo y culpan al Gran Espíritu por no darles más. Sí, difaman a Dios y su gran sabiduría, dividiendo cada nuevo día en un complejo patrón, cortándolo en piezas, del mismo modo que nosotros cortamos el interior de un coco con nuestro machete. (...)
>
> Debe de ser una enfermedad (...) porque cuando el hombre blanco siente deseos de hacer algo, cuando, por ejemplo, su corazón desea ir caminando por el sol, navegar en un bote por el río o hacer el amor a su amiga, usualmente se priva de su propia dicha al ser incapaz de encontrarlo. Mencionará miles de cosas que se llevan su tiempo. Malhumorado y farfullando, soporta un trabajo que no siente ganas de realizar, que no le da ningún placer y al que nadie más que él mismo le obliga. Y cuando, repentinamente, descubre que en verdad tiene tiempo o cuando otros se lo dan, entonces no sabe qué hacer durante ese tiempo en particular, o descubre que está demasiado cansado de su trabajo, sin alegría.
>
> Porque los Papalagi siempre están asustados de perder su tiempo, no sólo los hombres, sino también las mujeres y hasta los niños pequeños.

* Licenciada en Filosofía y Teología. Valencia.

Una vez vi a un Papalagi que tenía tiempo y nunca se lamentaba a causa de él. Pero ese hombre era pobre, sucio y despreciado. La gente caminaba a su alrededor trazando un gran círculo, y nadie le concedía ninguna atención. No entendí eso, porque su paso era lento y seguro, y sus ojos tranquilos y amistosos. Cuando le pregunté cómo había sucedido eso, movió su cabeza y dijo tristemente: "Nunca he sido capaz de aprovechar mi tiempo; por eso ahora soy pobre y un zoquete despreciado". Ese hombre tenía tiempo, pero no era feliz.

Con toda su fuerza y todas sus ideas, los Papalagi intentan ensanchar el tiempo tanto como pueden. (...) Ponen ruedas de hierro bajo sus pies y dan alas a sus palabras, sólo para ganar tiempo. ¿Y para qué sirve todo ese trabajo y esos problemas? ¿Qué hacen los Papalagi con su tiempo? (...) El tiempo resbala de sus manos como una serpiente, deslizándose de una mano húmeda, sólo porque tratan siempre de aferrarse a él. No permiten que el tiempo venga a ellos, sino que lo persiguen con las manos extendidas. No se permite malgastar el tiempo tumbándose al sol. Siempre quieren mantenerlo en sus brazos, darle y dedicarle canciones e historias. Pero el tiempo es tranquilidad y paz amorosa, amar, descansar y tenderse en una estera imperturbable. Los Papalagi no han entendido al tiempo y, por consiguiente, lo han maltratado con sus bárbaras prácticas.

¡Oh mis hermanos amados!, nosotros nunca nos hemos lamentado del tiempo, lo hemos amado como era, sin perseguirlo o cortarlo en rebanadas. Nunca nos da preocupación o pesadumbre. (...) Sabemos que alcanzaremos nuestras metas a tiempo y que el Gran Espíritu nos llamará cuando perciba que es nuestro plazo, incluso si no sabemos el número de lunas gastadas. Debemos liberar al engañado Papalagi de sus desilusiones y devolverle el tiempo. Cojamos sus pequeñas y redondas máquinas del tiempo, aplastémoslas y digámosles que hay más tiempo entre el amanecer y el ocaso del que un hombre ordinario puede gastar»[1].

Uno de los principales impedimentos para recobrar el gusto por el presente es la aceleración de nuestras sociedades.

1. *Los Papalagi. Discursos de Tuiavii de Tiavea, jefe samoano, tras su viaje a Europa. Reunidos por Erich Scheurmann,* Integral / RBA libros, Barcelona 2000, 34-39.

Como diría Tuiavii, no permitimos que el tiempo venga a nosotros. Desde niños se nos inculca una relación instrumental con él: es un medio para conseguir otros fines. Como dice el refrán, «el tiempo es oro». Si no se traduce en bienes de consumo o en consumo de bienes, en logros o en actividades dignas de ser reseñadas en el *curriculum vitae,* es «tiempo perdido». Criar un hijo, plantar un árbol o cuidar el amor y la amistad a largo plazo se han vuelto actividades cada vez más extrañas, porque exigen un derroche de tiempo, generosidad, confianza y pacaiencia. Son también actividades contraculturales en un mundo en el que sólo se valoran los resultados inmediatos y las inversiones seguras y tangibles. Y las personas y las semillas no lo son. Hemos perdido el verdadero sentido del tiempo y de su valor como tiempo vivido y como tiempo compartido, «como tranquilidad y paz amorosa, amar, descansar y tenderse en una estera imperturbable».

Quizá los cristianos, hoy más que nunca, estamos llamados a ser testigos de la gratuidad en una sociedad del rendimiento. Jesucristo nos enseñó hace muchos siglos a amar el tiempo y la vida incondicionalmente y a aceptarlos como son. Nos invitó a vivir nuestra vida entregada y confiadamente, sabiendo que «viene a nosotros su Reino» y que, por lo tanto, alcanzaremos nuestras metas a tiempo y que el Gran Espíritu nos llamará cuando perciba que es nuestro plazo. Él nos propuso, como ejemplo de que hay más tiempo entre el amanecer y el ocaso del que un hombre ordinario puede gastar, a aquel samaritano compasivo que con un solo gesto de generosidad y desprendimiento, en unas horas perdidas, se «ganó la eternidad (Lc 10,25-37).

Pero el testimonio de la gratuidad es imposible para aquel que no es capaz de romper la dinámica de aceleración y «tenderse en una estera imperturbable». Es lo que María hizo cuando se sentó a los pies de Jesús a gozar de su palabra y de su compañía (Lc 10,38-42). Los cristianos necesitamos también con urgencia cultivar una espiritualidad de la pausa[2] para dar testimonio de que es posible

2. La expresión es de J. MASIÁ CLAVEL, «La espiritualidad de la pausa. El silencio significativo de espacios y tiempos vacíos en la cultura japonesa y en la contemplación ignaciana», en C. Alemany – J.A. García-Monge [eds.]) *Psicología y Ejercicios Ignacianos,* vol. II, Mensajero/Sal Terrae, Bilbao/Santander 1984, 163-174.

vivir el tiempo de otra manera. Para mí, la espiritualidad de la pausa consiste en saber que para saborear la vida intensamente también es necesario detenerse y recordar que el vivir humano está llamado a ser «tranquilidad y paz amorosa». Sólo desde esa actitud vital es posible el encuentro con el Dios que descansó el séptimo día para gozar de la maravilla de sus criaturas y contemplar extasiado su crecimiento. Y que es el único que puede abrirnos a la experiencia de la profundidad del presente y de nuestro vivir cotidiano. Nuestra cultura de la producción, del «no pares, sigue sigue» y del *curriculum,* desconfía de la fertilidad del silencio y de la receptividad, y los considera «tiempos muertos». Nuestras sociedades están enfermas y estresadas por una competencia cruel que impone un sistema económico en el que, como resumía un eslogan publicitario, «si no te mueves, caducas». Pero las pausas y los silencios son necesarios para abrir en nuestra existencia huecos de receptividad que posibiliten la acogida de la novedad que está brotando a nuestro alrededor, aunque no lo notemos. La oración es precisamente eso, un tiempo necesario para que nuestros sentidos embotados puedan descansar y recuperar su agudeza para percibir lo verdaderamente importante; un espacio de interacción, un ámbito del que Dios se vale para buscarnos amorosamente y en el que podemos abrirnos y descansar confiadamente en Él; una oportunidad única de perforar la trivialidad y transformar nuestra experiencia del tiempo.

2. La vivencia del tiempo en las sociedades avanzadas

Junto a la aceleración, otra de las características negativas de la vivencia actual del tiempo es el individualismo. Rara vez pensamos en el presente como un tiempo común y compartido con el que nuestra generación, heredera de los logros y los fracasos de las anteriores, imprime su huella en la historia humana y en la historia del planeta. En la era del fragmento no existe más que una suma de presentes individuales que coexisten yuxtapuestos, atomizados y sin relación. Reclamamos nuestra vivencia del tiempo de forma personal e intransferible, sin injerencias ni exigencias, para consumirlo como nos parezca, ajenos al presente colectivo de

la Tierra, mientras los medios de comunicación social crean el espejismo de la omnisciencia. Así, creemos saber qué está pasando en Irak o en qué consisten el hambre o los malos tratos, porque lo hemos visto por televisión. Sí, los telediarios nos muestran simultáneamente el presente de los otros, pero como un *flash* que no incide apenas en nuestras vidas. Contemplamos el presente fragmentado como espectadores que se creen partícipes del gran teatro del mundo.

Pero en la era de la información «las cuestiones cruciales que conciernen a la vida colectiva conocen el mismo destino que los discos más vendidos de los *hit-parades:* todo se desliza en una indiferencia relajada»[3]. El nihilismo impregna la vida cotidiana. Todos los que antaño fueron considerados valores superiores han sido destituidos y trivializados. «Ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas; la sociedad posmoderna no tiene ídolo ni tabú, ni siquiera imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador; estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis»[4].

¿Qué implicaciones tiene el nihilismo para la vivencia contemporánea del tiempo? A la vez que el tiempo social e individual se retrae, reduciéndose al presente, domina el sentimiento de reiteración y de estancamiento. La confianza y la fe en el futuro se han disuelto: «ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir en seguida, aquí y ahora, conservarse joven, y ya no aspira a forjar el hombre nuevo»[5]. La ausencia de horizontes más allá del mercado ha desembocado en la apatía: «el sistema invita al *descanso,* al descompromiso emocional»[6]. El presente se vive como un «sálvese quien pueda» de la rutina y el aburrimiento.

Sin pasado y sin futuro, cabe preguntarse qué nos queda. Sin duda, como denunciaba nuestro polinesio, devorar el presente con ansiedad y aferrarse a él. En la era posmoderna sólo perdura un

3. *Ibid.,* 13.
4. G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo,* Anagrama, Barcelona 2000, 9-10.
5. *Ibid.,* 9.
6. *Ibid.,* 37.

valor indiscutido: el individuo y su derecho a realizarse a través de la apoteosis del consumo. El consumismo se extiende inexorablemente hacia la esfera privada, hasta invadir el ámbito más íntimo y las relaciones personales. La vida se reduce cada vez más a consumir objetos e informaciones, deportes y viajes, formación y relaciones, música y cuidados médicos, la propia existencia y la intimidad de los otros. La nuestra es una *cultura de la intrascendencia,* que identifica lo real con lo que es objeto de una posible experiencia; lo valioso con lo útil, con lo que procura beneficios; y lo bueno con lo que aumenta las posibilidades de placer[7]. Pero «tal cultura encierra al hombre en el círculo estrecho de lo inmediatamente accesible, le hace perder el sentido para los largos plazos, para lo que no se puede conseguir, pero que es imprescindible para que tenga orientación y sentido lo que se consigue»[8]. Contrariamente a lo que pretende, esta cultura, que se contenta con vivir y sobrevivir sin mayores aspiraciones, nos incapacita para disfrutar de la vida y experimentar la trascendencia *del* presente y la Trascendencia *en* el presente.

3. La amenaza de la des-creación

El nihilismo práctico y desmovilizador que acabamos de describir contrasta agudamente con el nuevo escenario en que vivimos: un presente amenazado por la des-creación. Nunca antes habíamos estado en condiciones de ser potenciales *descreadores* como ahora. Por primera vez en la historia de la humanidad, el futuro no nos viene simplemente dado, pues sabemos que tenemos la capacidad de aniquilarlo[9]. Debemos aprender a vivir en un mundo en que el conocimiento nuclear es una responsabilidad permanente a la que se suman el abuso de las biotecnologías y la condena al hambre y la miseria de la mayor parte de la población mundial.

Como ha señalado G. Müller-Fahrenholz, aunque intentemos ignorarlos, la amenaza de devastación social y ecológica tienen

7. J. MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano en una cultura posmoderna,* PPC, Madrid 1996, 42.
8. *Ibidem.*
9. S. MCFAGUE, *Modelos de Dios,* Sal Terrae, Santander 1994, 24-25.

efectos sin paralelo sobre nuestros recursos anímicos y espirituales. Nos hallamos en una crisis sin precedentes, a causa del exceso de poder, miseria y violencia estructurales. Y ello está estrechamente ligado a la falta de sentido y de confianza en nuestras sociedades. Como consecuencia, proliferan la insensiblidad, la incapacidad para sentir y hacerse cargo del sufrimiento propio y ajeno de forma constructiva. Müller-Fahrenholz distingue tres formas de esta patología, que afecta de modo distinto a cada grupo social y a cada país. La primera es el cinismo, que consiste en negar la verdad sucumbiendo al entretenimiento y a la gratificación inmediata; es la desesperación de los poderosos por el exceso de información, dinero y poder. La segunda es el fundamentalismo, la desesperación de los impotentes ante el exceso de necesidad y de complejidad, que se traduce en el odio a este mundo perverso e irredimible. Y la tercera es la cultura de la violencia, la fascinación por la violencia y la muerte y la identificación libidinosa con los instrumentos de muerte, que se convierten en objeto de deseo y de culto[10]. En lugar de la resistencia a los poderes de muerte, se impone cada vez más la necrofilia: la resignación y la identificación con ellos.

4. La llamada del Evangelio a saborear el presente

La pugna entre Eros, la pulsión de vida, y Tánatos, la pulsión de muerte, es una constante en cada persona y en cada sociedad. Por eso la necrofilia es una tentación permanente de la humanidad. Frente a ella, Jesús de Nazaret anuncia la irrupción del reinado de Dios, el *hoy* de la salvación. Jesús llama a sus discípulos a saborear el presente, a amar la vida como es a pesar del asedio del poder del mal y de la muerte, porque ellos no tienen la última palabra sobre nuestra vida y sobre este mundo. Se puede conseguir «vida eterna», cumpliendo los mandamientos, pero Jesús invita a ir más allá de la religión de las obras y a *entrar en el presente del Reino,* a compartir una nueva sabiduría que permite saborear la vida y la

10. G. MÜLLER-FAHRENHOLZ, *El Espíritu de Dios. Transformar un mundo en crisis,* Sal Terrae, Santander 1996, 87-112.

salvación *aquí y ahora.* Para Jesús sólo esta sabiduría que se obtiene siguiéndole en su dinámica de compasión y perdón, de inclusión y sanación, hace a la persona «perfecta», es decir, le permite alcanzar su plenitud y su madurez y ser feliz (cf. Mt 19,16-30; Mc 10,17-31; Lc 18,18-30). Para ello es necesario renunciar a poner la confianza en los bienes y entrar en la lógica del derroche y del don. Se trata de una nueva forma de entender nuestra relación con el tiempo y con la vida: la del amor incondicional y el desprendimiento, sin la que no se entienden afirmaciones de Jesús como la de que sólo quien esté dispuesto a perder su vida la ganará. Jesús asegura que las compensaciones y la alegría de esta sabia elección se experimentan ya en esta vida. Es por ellas, y no por comprar la vida eterna, por lo que vale la pena la renuncia. Jesucristo nos propone como proyecto de autorrealización el hacernos semejantes a Dios en el amor de forma creativa, única y personal. Su vida nos enseña que el camino de la divinización es la des-apropiación, la entrega, el descentramiento del amor que se dilata y se vuelve operativo, como el amor servicial y maternal de Dios.

El reinado de Dios se ofrece como liberación definitiva de la muerte y el mal, como nueva creación que está operando *ya* en la historia y se ofrece de forma gratuita a quienes quieran acogerlo. El reino irrumpe como *revolucionador del presente* y como semilla de un nuevo mundo[11]. Jesús de Nazaret nos muestra a un Dios que ama tiernamente a sus criaturas, que se conmueve ante la belleza de la creación; un Dios que se hace solidario con los seres humanos, que comparte su suerte y se niega a medir y a condenar, que no quiere reducir a los demás a sus deficiencias y a sus deudas; un Dios que quiere que todas las personas participen del banquete de la creación, que gocen, que tengan alegría y que alcancen la plenitud de su ser. A pesar del espesor del mal y del dolor en el mundo, hay esperanza. Jesús trae una buena noticia: el ser humano es capaz de redención, y Dios no ha perdido su confianza en él. La creación no va a la deriva. Dios no le ha retirado su Aliento de vida.

11. A. GONZÁLEZ MONTES, *Razón política de la fe cristiana,* Sígueme, Salamanca 1976, 96.

Es más, el reino de Dios, la re-animación de este mundo, *están confiados a nosotros:* «Dios ha puesto en manos humanas algo que le interesa con la terrible seriedad con que persigue el fin de todo el universo creado y la abolición o destierro de todo el dolor que lo habita aún. Y cosecha esto a través de los caminos que el hombre libre inventa y que el amor asocia al gran plan de Dios. *Ha querido necesitar de la libertad* del hombre de tal modo que lo que éste deje de hacer por desidia o por egoísmo no formará parte del nuevo cielo o la nueva tierra que Dios quiere construir o, mejor dicho, cosechar»[12]. No hay ruptura ni contraposición entre creación y salvación. La salvación es re-creación, crecimiento renovado, nueva creación tejida por el Espíritu de Dios con la colaboración humana a partir de los mimbres de ésta, que todavía no ha alcanzado su plenitud. Desde la creación, Dios entrega a la libertad humana lo que será su cielo[13].

La muerte de Jesús en la cruz y el abandono inicial de los discípulos no desmienten la irrupción del reino de Dios, ese proceso vivificador del Espíritu que está transformando el presente y orientándolo hacia la nueva creación en la que Dios será todo en todos. Los evangelios presentan la experiencia pascual de los discípulos como una experiencia de sentirse perdonados por Cristo y reconciliados con él. Los discípulos son readmitidos a la comunión y a la amistad con el Maestro y experimentan en la Pascua «el amor que permanece, la ternura que perdona siempre, la fidelidad propia de Dios»[14]. El Dios que resucita a Jesús es el que sacia a los que tienen hambre y sed de justicia. Es el Dios que hace justicia a las víctimas inocentes; no la justicia que nosotros aún podemos y debemos hacer en esta vida, sino aquella justicia que los hombres ya no podremos hacer. La buena noticia es que nuestro Dios es el garante de la vida y de la justicia, el defensor del derecho de las víctimas y los olvidados, y que su justicia es salvación[15]. Por eso la

12. J.L. SEGUNDO, *¿Qué mundo? ¿Qué hombre? ¿Qué Dios?,* Sal Terrae, Santander 1993, 295.
13. *Ibidem.*
14. J.A. PAGOLA, *Creer en el Resucitado. Esperar en nuestra resurrección,* Sal Terrae, Santander 1991, 9.
15. J. MOLTMANN, *El Dios crucificado,* Sígueme, Salamanca 1975, 243.

Resurrección de Jesús es esperanza para los crucificados de la historia, aliento para los que luchan por un cielo y una tierra nuevos en los que habite la justicia.

5. El «nihilismo» en la espiritualidad cristiana

Sin embargo, con demasiada frecuencia la espiritualidad cristiana ha sucumbido al dualismo contraponiendo la creación y la salvación; este mundo presente como «valle de lágrimas» y el reino de los cielos como una realidad ultramundana. Lúcidamente, Nietzsche criticó una forma de cristianismo que, incapaz de aceptar el mundo y la vida tal como son, los desprecia, y se inventa un trasmundo ilusorio. En el corazón de la tradición occidental, el filósofo alemán desveló un nihilismo latente que se expresa en la convicción de que el cuerpo y el alma están en conflicto y de que lo espiritual equivale a lo inmaterial, en la idea de que la espiritualidad no tiene nada que ver con la política porque el reino de Dios no es de este mundo; y en el convencimiento de que a Dios le agrada más el ascetismo, la renuncia y la autonegación que la afirmación de la vida, el goce, la alegría y la desmesura.

Durante siglos, la teología occidental ha presentado la salvación como una liberación individual del cuerpo y de todo lo material. Esta concepción no sólo omite el enraizamiento del ser humano en la naturaleza y en el cosmos. También olvida el significado profundo de la encarnación y las dimensiones cosmológicas de la salvación cristiana, que en la Biblia y en el mensaje de Jesús no se presenta como la destrucción de este mundo material, sino como su transfiguración. El Nuevo Testamento habla de la salvación como la reconciliación de todas las criaturas en Cristo, pues todo ha sido creado por él, y en él encuentra su consistencia y su plenitud, y no sólo el alma humana (Col 1,15-23). El evangelio es buena noticia proclamada para toda la creación.

De todo ello se deduce que el cuerpo, la creación y el presente son lugares de la experiencia de Dios. Creo que todavía hoy los cristianos seguimos necesitando liberarnos de falsos espiritualismos y hacer una experiencia positiva de lo creado y de nuestra condición de criaturas. Ni la vida temporal es sólo «el noviciado

de la eternidad», ni los males de este mundo han de ser considerados por el cristiano como «prueba y castigo», ni la vida espiritual puede seguir considerándose por más tiempo como huida de lo material y lo transitorio hacia la eternidad. Sólo una espiritualidad afirmativa de la creación y de Dios como fuente de libertad, como origen creador y constitutivo del mundo en su autonomía y bondad, como potencial dinamizador de todo crecimiento y plenitud de todo lo viviente, puede responder cabalmente a la crítica al cristianismo de que el reconocimiento de Dios siempre supone una merma de lo humano. Todavía más cuando el dualismo es una tentación permanente del cristianismo[16].

6. La compasión creativa como actitud fundamental del cristiano ante el presente

Pero «la verdadera mística no es una fuga del mundo; es una *simpatía* integradora y conciliadora con cada cosa: un acercamiento ardiente, no una fuga. La noción de creación es fundamental para comprender la historia de la salvación: Cristo es la creación *concentrada, condensada*»[17]. La fe en la creación es una llamada a

16. «El verdadero Dios no es el que mata para vivir él mismo. Dios no es "lo verdadero" que atrae hacia sí –y succiona en cierto modo– la verdad de las cosas distintas de él; no es el *esse omnium.* Las cosas son tanto más reales cuanto más se acercan a él; la persona es tanto más independiente cuanto más crece Dios en ella o ante ella. Lo creado por él no es malla o velo que se disuelve al sol como la niebla cuanto más religioso se es, cuanto más se reconoce lo absoluto. Es verdad que nosotros lo sentimos así, y sería importante saber por qué sentimos así. Pues esta fundamental situación existencial, por muy profunda y humilde que parezca, es *hybris* causada por el pecado original; en el fondo, no es cristiana. Se ama "lo absoluto", pero no a Dios, creador del cielo y de la tierra. En el fondo, se odia lo creado porque no es incondicionado en sí mismo; suele ser llamado lo relativo, lo contingente, lo que respecto a Dios sólo es definible negativamente, la mera limitación del ser, infinito en sí, que es lo único que importa; y se olvida precisamente que lo condicionado es lo amado incondicionalmente por el Incondicionado; que lo condicionado tiene, por tanto, una validez que le hace ser más que lo meramente provisional, más que lo que se disuelve ante Dios; se olvida que este absoluto creado nos prohibe que lo definamos sólo negativamente, incluso al compararlo con Dios»: K. RAHNER, «Eterna significación de la humanidad de Jesús para nuestra relación con Dios», en *Escritos de Teología* III, Taurus, Madrid 1965, 53.
17. E. SCHILLEBEECKX, *Soy un teólogo feliz,* Atenas, Madrid 1994, 81-84.

amar esta Tierra y a reconciliarnos con nuestra finitud y con nuestra corporalidad. Todavía no hemos asimilado vitalmente la riqueza del *creacionismo de la bendición,* que es la aportación más original de la tradición bíblica. De acuerdo con esta visión del mundo, nuestro presente está insertado en un arco salvífico. Un movimiento que se inicia con la decisión amorosa y libre por parte de Dios de crear seres distintos de él y de entregarse a ellos. Un movimiento que no ha cesado y que es sostenido cada día por el Espíritu de Dios hasta que la Creación llegue a su consumación, a su plenitud.

Desde esta perspectiva, el atributo fundamental de Dios no es la omnipotencia, sino su libertad relacional, su compasión, que no es otra cosa que afirmación de la vida y la dignidad de sus criaturas. Sin duda, ésa es la característica fundamental del Dios de Jesús, de su *Abba.* Su amor benevolente y entrañable está presente en el mundo desde la creación, porque amar consiste precisamente en hacer que el otro sea. La compasión creadora es precisamente la imagen de Dios en nosotros. Ahí radica nuestra divinidad, ése es el talento que tenemos que desarrollar. X. Pikaza explica maravillosamente en qué consiste la que tendría que ser la actitud cristiana básica ante la vida:

> «Compasivo es el que crea, el que hace ser, el que acompaña en el dolor, el que transforma así la vida de los otros (...) El cristianismo sabe que sólo es verdadera aquella compasión que nos convierte en creadores, Sólo es digno de crear quien introduce su existencia en lo creado, quien se arriesga con sus obras, quien padece en ellas y las lleva en el regazo de su propio sufrimiento. ¡Así ha creado Dios! Lo hace arriesgándose, queriendo que seamos escandalosamente libres, para solidarizarse después con nuestra libertad y realizar nuestro destino. Por eso la compasión es un gesto expansional de fuerza creadora: implica un movimiento de creatividad intensa, libre. (...) Esta compasión creadora sólo es posible allí donde se asume el valor de las personas. (...) La verdadera compasión consistirá en amar a los demás como distintos, ayudándoles a ser independientes, creadores de sí mismos»[18].

18. X. PIKAZA, «Amor», en (X. Pikaza – N. Silanes [eds.]) *Diccionario teológico El Dios Cristiano,* Secretariado Trinitario, Salamanca 1992, 29-30.

7. Algunas claves para habitar el presente desde una espiritualidad de la creación

El teólogo norteamericano Matthew Fox propone recuperar la tradición espiritual centrada en la creación presente en la Biblia y en la tradición cristiana para redescubrir el proyecto original de Dios sobre su creación y el poder de la bendición original, que prevalece sobre el mal y el pecado[19]. La espiritualidad de la creación es una forma de ver el mundo descubriéndonos insertados en el proceso creador de Dios, que no sucedió una vez en el pasado, sino que está en marcha. El mundo tiene un sentido, no puede fracasar, porque Dios es el responsable último de su suerte. Dios no crea el mundo y lo abandona. Como una madre conserva amorosamente en el ser a las criaturas que ha llamado a la existencia, respetando su autonomía, así, allí donde está lo creado, allí está Dios, distinto pero presente hasta lo más íntimo en sus criaturas. Dios, como dice Bonhoeffer, está allá arriba y también aquí abajo; está en lo alto y también en lo profundo. Dios está en el centro de la vida.

Dios crea el mundo y lo gobierna providentemente; pero esa creación y ese gobierno tienen una estructura evolutiva. Dios crea a partir de comienzos ínfimos y promociona a la criatura haciéndole hacer, otorgándole una virtualidad creadora, cuya máxima expresión es la humanidad creativa, imagen del Dios Creador. Las criaturas no somos espectadores pasivos, la acción creadora de Dios se desarrolla en un mundo en evolución, a través de las criaturas. La noción cristiana de *providencia* (Mt 6,23-34), rectamente entendida, significa que allí donde se desarrolla en la existencia la búsqueda del reino de Dios y su justicia, el mundo comienza a configurarse, no como realidad extraña y amenazante, sino como recinto acogedor, como patria y hogar del existir. La confianza en la providencia surge de la persuasión de que no son la fortuna o el azar los factores que presiden el mundo, sino la benevolencia de un ser personal y paternal-maternal.

19. Cf. M. Fox, *La bendición original,* Obelisco, Barcelona 2002 (el original inglés es de 1983).

8. Las cuatro vías de la espiritualidad de la creación

M. Fox articula la espiritualidad de la creación en cuatro vías que, más allá de los límites de la teología del autor, nos ofrecen algunas claves muy sugerentes para habitar el presente, aceptarlo con toda su densidad, descubrir en él la levadura de la nueva creación y hacerla fermentar[20].

La Vía positiva es una invitación a la sabiduría, a «saborear» el mundo y contemplar su hermosura como creación de Dios. La Vía positiva no enseña el camino de la verdadera humildad, del reconocimiento de nuestros orígenes en el «humus», en la tierra, y nuestra interdependencia con ella y con todas sus criaturas. Nos invita a descubrir que cada criatura es transparencia de Dios y nos conduce a la celebración y a la acción de gracias como actitudes fundamentales ante un cosmos amado, bendecido y agraciado por Dios. El goce y el placer son aspectos fundamentales de la experiencia espiritual, porque el gozo y la alegría sin medida forman parte de la experiencia de la salvación.

La Vía negativa es una llamada a aceptar el dolor y el sufrimiento, la oscuridad y la nada, como parte de nuestra existencia, frente a una cultura que trata de encubrirlos y silenciarlos. Nos enseña a no temerlos y a afrontarlos desde la confianza en que en el fondo del sufrimiento también está Dios para liberarnos. La vía negativa nos recuerda que el silencio, el vaciamiento y la renuncia, el dejar ser, el dolor y el sufrimiento también forman parte del crecimiento espiritual. Los cristianos tenemos ante nosotros el reto de acompañar en el dolor, de admitirlo y de compartirlo. Sólo así puede el dolor convertirse en una escuela de compasión. El dolor nos conecta, nos entrelaza con las demás criaturas y puede ser una poderosa fuente de energía para la transformación social. También nos ayuda a valorar el placer y a tener un discernimiento crítico de la búsqueda de placeres falsos y elitistas en nuestra cultura. Sin

20. Para un análisis detallado y una lectura crítica de la propuesta de Fox, cf. nuestro trabajo *Espiritualidad y Teología de la Creación en «Original Blessing» de Matthew Fox. La tradición espiritual centrada en la Creación: una ecología de la compasión,* Tesis de Licenciatura presentada en la Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia 2002, 234 pp.

duda, el sufrimiento pone a prueba nuestro amor a la vida. La compasión, la capacidad de consentir el dolor propio y ajeno sin embotar nuestra sensibilidad y mal-decir la existencia, exige una fortaleza especial: la fuerza de la vulnerabilidad. La vía negativa nos invita a renunciar a nuestras proyecciones de un Dios omnipotente y a dejar a Dios ser Dios.

La Vía creativa nos invita a asumir nuestra condición de cocreadores con Dios y nos educa en la confianza en nuestro poder creativo. Nuestra imagen de Dios es nuestra creatividad. El miedo a la novedad, a equivocarse, a hacer el ridículo y a perder el control son algunos de los obstáculos para el proceso creativo de los que es necesario desprenderse. Los profetas y los místicos confían en el vacío, la oscuridad y el silencio como lugares en los que puede emerger lo nuevo. Y en ellos descubren la necesidad de crear como la verdadera sustancia de la aventura espiritual. Cuando orientamos la creatividad hacia la nueva creación, damos gloria a Dios y le honramos. Finalmente, la Vía transformativa es la respuesta personal a la llamada profética del Espíritu. Jesús realizó su ministerio profético aliviando el sufrimiento, combatiendo la injusticia y estableciendo en la historia la justicia de Dios, que es salvación. Nosotros hemos sido ungidos como profetas en el bautismo para ser discípulos suyos, humanidad nueva, levadura y germen de un cielo nuevo y una tierra nueva en nuestro hoy. Cuando actuamos en coherencia con nuestra dignidad profética, Dios se hace presente en medio de nosotros.

El Espíritu de Dios nos impulsa a poner toda nuestra imaginación y nuestra creatividad al servicio de la compasión y de la justicia, al servicio de la nueva creación. Sólo entonces la salvación de Dios irrumpirá en el presente, devolviendo la esperanza a nuestra vida y a nuestro mundo. En un oráculo maravilloso, Isaías describe la misión del profeta como la de quien, practicando la justicia, restablece la armonía y el orden querido por Dios para su creación y se convierte así en portador de la salvación y cauce de gracia. Isaías nos enseña que sólo el camino profético –«entrar en el reino» y «abrirse a la propia carne»– hace posible perforar la trivialidad y vivir *aquí y ahora* la experiencia de Dios, transfigurar el presente, devolver la esperanza a nuestro mundo:

«El ayuno que yo quiero es éste:
Abrir las prisiones injustas,
hacer saltar los cerrojos de los cepos,
dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos;
partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne.
Entonces romperá tu luz como la aurora,
enseguida te brotará la carne sana;
te abrirá camino tu justicia, detrás irá la gloria del Señor.
Entonces clamarás al Señor, y te responderá;
Pedirás auxilio, y te dirá: Aquí estoy...» (Is 58,6-9).

ST 91 (2003) 919-931

La palabra dada

Antonio García Rubio*

1. Desvelar la propia palabra dada

1.1. La palabra dada a otro ser humano

1 de Noviembre de 1987. Cuatro de la mañana. Un hombre de 75 años muere de un ataque al corazón mientras duerme en su cama junto a su esposa. Tres de los hijos acuden prestos ante el drama de la muerte repentina. El cuarto y último no acude con tanta rapidez. Está haciendo una experiencia orante en un Monasterio, arriba, en la montaña. La noticia llega inmediatamente al Monasterio, pero el prior no se la comunica al interesado hasta las seis de la mañana. Aturdido por este percance, por fin, cuatro horas después del fallecimiento, el hijo llega al hogar. Al llegar, la madre le deja caer a este hijo que, como consecuencia de su ausencia, tal vez el padre haya muerto de tristeza. Su «ausencia» consistía en haber optado por hacer una experiencia monástica que apenas duró cinco días. Antes de partir para el Monasterio, el padre gozaba de aparente buena salud. La madre, por el contrario, se encontraba en una situación física deplorable, consecuencia de una diabetes que la minaba. Abstraído por el dolor y la confusión, el hijo no sabe cómo reaccionar. La madre le pide que no la abandone. Y el hijo promete, ante el cadáver de su padre, que no la abandonará nunca, mientras viva.

1.2. La palabra cumplida

31 de Julio de 2000. Han pasado 13 años desde aquel 1987 en que enterraron al padre. La madre acaba de fallecer, llena de paz y de ternura, rodeada de sus cuatro hijos. Han sido trece años de verdadero aprendizaje para el hijo de la promesa, que ha cumplido su

* Párroco de «La Asunción de Nuestra Señora», de Colmenar Viejo (Madrid).

palabra. Tal como prometió, no ha abandonado a la madre ni un solo instante desde el día en que le dio su palabra e hizo su promesa. Los primeros momentos comenzaron siendo rudos, ásperos y difíciles. No le resultaba fácil convivir con su anciana madre después de haber vivido prácticamente alejado de ella desde los 11 años, en que salió de casa camino del Seminario. Pero había hecho una promesa y quería ser fiel a ella en medio de la noche que le esperaba. Renunció a muchos proyectos concretos de su «vida» y a su «decisión» de hacer la experiencia monástica, con tal de cumplir *«la palabra dada»*. El último día, cuando cumplía con el deber de dar sepultura a su madre, despidiéndose de ella en la intimidad de su corazón, sólo sentía lágrimas de gratitud hacia aquella mujer que en su día, y sin que ella tuviera otra conciencia que la de su maternidad, posiblemente le había empujado a hacer una promesa en la que él no pensaba ni por asomo, y, por supuesto, al deber de cumplirla.

1.3. La palabra dada en libertad a Dios e integrada

15 de Mayo de 2003. *Sal Terrae* le pide a este hijo de la promesa y de la palabra dada que escriba un artículo sobre este tema. No sabe si los miembros del Consejo de Redacción de la Revista conocen esta anécdota de su vida. Pero él sabe que no se puede escribir un artículo simplemente basándose en teorías y en el aire. Si se puede, se debe escribir desde la experiencia. Y eso es lo que hace este hijo tres años después de enterrar a su madre y de saberse llevado por la mano misteriosa de Dios en medio de las olas de su propia historia. El hijo admite que no existió libertad plena en aquella promesa; que, por el contrario, hubo sobresalto, asombro, cierta imposición, un cierto chantaje afectivo materno, sorpresa... Pero el hijo también admite y relata que en el postrer momento, año 2000, cuando cumplía sus bodas de plata sacerdotales, en la hora de la muerte de la madre, sólo había lágrimas amables de gratitud en su alma. El hijo miraba el rostro pacífico y bello de su madre muerta y sentía la íntima, profunda y sabia sabiduría de comprender que había cumplido con creces y con amor una promesa que no había sido libre del todo en su inicio, pero que en el transcurso de los años y en el ejercicio de la misma él había acabado encontrado la libertad. ¡Oh, paradoja humana!

El hijo de la promesa ha reflexionado mucho en estos años sobre lo que significa la libertad, sobre la paradoja humana y sobre la fidelidad esencial a *«la palabra dada»*. Hace ya muchos años, obnubilado y atraído, como siempre le ha sucedido, por la vida monástica, pasando unos días de retiro en el monasterio de Yuste (Cáceres), experimentó con una fuerza inusitada la llamada de la libertad. Y allí, encerrado en un claustro, supo, por revelación pura del santo Evangelio, que la libertad verdadera, la que viene de Dios, la que brota del alma y nos hace felices y confiados, no se consigue obsesionándose con el deseo de vivir alegremente la libertad y ser libre a cualquier precio –cosa que se nos vende (o nos vendemos) sobradamente a todos los incautos en esta cultura de la mentira–, sino que se consigue entregando la libertad. La libertad nace y crece en la negación de la libertad. ¡Paradoja del hombre! ¿No lo recordáis? ¿No recordáis el murmullo inconfundible de las palabras de Jesús, palabras que hemos tardado años en entender y por cuyo auténtico y preciso significado aún seguimos preguntándonos: *«EL QUE PIERDA SU VIDA, LA ENCONTRARÁ»*? Sin embargo, ésta es la verdad que ha aprendido el hijo de la promesa: sólo pueden dar una palabra para cumplirla quienes no tengan ningún temor a perderlo todo, porque quien promete cumplir su palabra se arriesga a perderlo todo y a pasarlo humanamente mal, verdaderamente mal.

1.4. La palabra dada a la Iglesia

19 de marzo de 1975. Este hijo, en su vida, ha dado otras palabras y trata de cumplirlas: *«¿Prometes respeto y obediencia a tu obispo y a sus sucesores?»,* le preguntó el obispo suplente en aquel conflictivo 19 de marzo, recién suspendida, por orden de la autoridad gubernativa, la famosa Asamblea de Vallecas, en Madrid. Era el año 1975: año de la muerte de Franco; año lleno de convulsiones y de experiencias frenéticas de humanidad y de eclesialidad. El obispo propio, el cardenal Tarancón, no pudo asistir a la ordenación, amenazado como estaba de muerte por los fanáticos de aquel momento. *«Sí, prometo»,* respondió el hijo de la promesa. Y el hijo, que tampoco puede decir que actuara con absoluta y total libertad el día que hizo semejante promesa al obispo suplente, ha crecido mucho, sin embargo, por dentro, en su corazón y en su

alma, desde aquel día en que aceptó semejante reto de obediencia; y es bien cierto que no ha dejado de obedecer en lo esencial ni tampoco un solo día de su vida sacerdotal. No porque no haya habido días borrascosos en los que ha sentido el deseo de abandonar y mirar atrás, que los ha habido y los sigue habiendo, sino porque no ha dejado, por pura gracia, de aprender de esta pedagogía de *«la palabra dada»,* tan extraña para muchos en estos momentos culturales y sociales, «postmodernos», que nos toca vivir, pero tan verdadera para el alma creyente. Sólo Él es *«el camino, la verdad y la vida».* Lo demás es una mezcla intensa de luz y de tinieblas, de gozo y de tristeza, de sol y de sombra, de barro y de aliento.

1.5. La palabra dada ante los nuevos problemas

Lourdes Zambrana escribe un folleto explosivo, pero lleno de ingenio y de propuestas[1], para todos cuantos desesperan ante la situación enrarecida que vive nuestro mundo controlado y globalizado, y donde todo parece abocado al fracaso. *«Así pues, se hace necesario formular propuestas concretas y realizables, así como crear espacios de disidencia donde compartir experiencias más humanas, aprender para ser más eficaces y fortalecer inquietudes y esperanzas»*[2]. Una palabra fundamental es la que cada uno de nosotros puede dar a la vida y a la sociedad en que estamos insertos, una palabra que pretende enraizarse en un mundo y unas situaciones concretas y específicas, y ligar la vida propia a las calamidades y penurias en que viven los más pobres y desestructurados de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. En un viaje a Brasil, el hijo de la promesa se encontró con algunos hermanos y hermanas que llevaban en su mano un anillo de madera negra y que para ellos expresaba su alianza íntima y profunda con el pueblo pobre y sufrido. Y el hijo, que acababa de enterrar a su madre, sintió la necesidad de colocarse también ese anillo en su dedo frágil y prometió al Señor, en su corazón y en su conciencia, hacer de su vida, en la medida de sus posibilidades, una experiencia de pobreza y de servicio auténtico a los pobres. Ellos le tendrían siempre disponi-

1. Lourdes ZAMBRANA, *Nuevas militancias para tiempos nuevos,* Cuadernos Cristianisme i Justícia, n. 110, Barcelona 2002.
2. *Ibid.,* p. 3.

ble. Pero en Brasil tuvo, además, la experiencia y la sensación de que se nos venía encima un mundo nuevo e imprevisible, y tuvo también la certeza de que necesitábamos prepararnos para acoger ese mundo y para poder continuar en el servicio a los humildes, tal como él lo había visto hacer a tantos compañeros laicos y sacerdotes en las misiones o en los barrios marginales de su ciudad. Sabía que, tal como se estaba poniendo la sociedad globalizada, no iba a ser nada fácil el compromiso y la palabra dada a los más pobres. Ese nuevo mundo que amanecía y que a él le sobrepasaba y sobrecogía, era una llamada a una nueva fidelidad de servicio que él quería expresar con su anillo. Sabía que no era mucho lo que un pobre como él podía hacer por este mundo emergente, pero sentía la necesidad de ligar su vida a esa historia apasionante que se nos venía encima, según su intuición. El hijo de la promesa se puso su anillo y no ha dejado de llevarlo puesto ni un solo día, para que no deje de fructificar en su conciencia y para que le haga comprender el camino de la humildad y del servicio desde la bondad como el único que puede salvar a este mundo nuevo que emerge entre las ruinas del viejo y caduco, pero potente, imperio que nos manipula. Por eso, con María Zambrana, siente la necesidad de *compartir experiencias más humanas, aprender para ser más eficaces y fortalecer inquietudes y esperanzas.*

2. Desvelar la palabra dada, la que se nos dio a todos para nuestro bien

«Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros». El prólogo del evangelio de San Juan nos ayuda a desvelar el secreto de Dios. Gracias a Jesús, hemos tenido un verdadero acercamiento a la presencia de Dios: *«El que me ha visto a mí ha visto al Padre».* André Myre ha escrito un bellísimo libro que titula *Ver a Dios de espaldas*[3], en el que, entre otras cosas, dice: *«... Dios no cabe en una definición; siempre será ese misterioso Innombrable al final de este torbellino en el que entra quien acepta viajar a su interior».*

3. André MYRE, *Ver a Dios de espaldas,* Paulinas, Madrid 2001, p. 9.

Después de adentrarse en el algunos textos bíblicos y hacerlos vivos para la humanidad de hoy, nos ayuda a comprender la relación del hombre y de la mujer con Dios ayer, hoy y siempre. Dios es una Palabra que vive, que está dada y que se perpetúa, generación tras generación, y continúa por siempre ayudando a la humanidad en su camino hacia el bien.

La Palabra continúa pariendo el bien a lo largo del tiempo, con independencia de cuáles sean los rostros de los protagonistas. Dios siempre se nos acerca y, a la vez, en el torbellino de la vida, nos resulta imposible de asir, de agarrar, de cosificar, de manipular. Aunque algunos hombres y grupos pretendan encerrarle en las palabras, Él siempre se escapa y vuelve a dar la oportunidad a otros seres humanos de acercarse hasta su umbral, hasta sus espaldas, en la intimidad más íntima, aunque rodeado de un sentido y un atractivo imposibles de superar por nada humano. La Palabra de Dios es la verdadera *Palabra dada.* La referencia para cualquiera de nuestras torpes palabras no puede ser otra que la Palabra viva y determinante de Dios. A lo largo de la Historia de la Salvación vamos viendo cómo se desgrana y se mantiene siempre viva la Palabra que Dios ha dado a la Humanidad, su Promesa, su Alianza, que acabará teniendo su culmen y su cenit en la muerte y resurrección del Hijo de la Promesa, de la Palabra definitiva de Dios.

Acercarse a Jesucristo no es una tarea adolescente, aunque haya que volver el alma humana del revés y hacerse como un niño para conseguir entender lo que está detrás de la Palabra dada. Sólo un adulto puede volver a nacer de nuevo, como sugiere Jesús a Nicodemo. El Reino, por su propia naturaleza, es de los niños; y por pura pedagogía y por pura gracia, es de quienes tienen el alma de niños. No es el niño el que entiende lo que significa la palabra dada; es el adulto que ha hecho el camino para recuperar el alma, la libertad, la inocencia y la espontaneidad del niño, el que reconoce el significado exacto de la palabra dada, que está en relación directa con la libertad negada. Jesucristo fue llevado al Calvario, a la crucifixión, libremente. Lo llevaron, pero él lo asumió con libertad. Todos los mártires lo son por pura gracia y por pura libertad. Y ésta es la paradoja –nada nueva para la fe cristiana, por otra parte– que yo quiero resaltar en este artículo: la palabra dada está en relación directa con la oscuridad de la mente y con la luz de la gracia, con

la libertad luchadora del hombre y con la entrega radical de su libertad. Sólo quien ha hecho la misma pedagogía de Cristo en algún momento de su vida, puede entender lo que significa la palabra dada. Por eso, para poder mantener esa palabra, como nos recomienda Dolores Aleixandre, *«fija tu mirada en Jesús en la cruz: él es, según la expresión de Hebreos, el "guía" o "conductor", es decir, el que va delante de ti, el que te precede en el camino y te conduce en medio de la oscuridad y las dudas de tu fe»*[4].

Cristo asume la decisión del Padre de demostrar a la Humanidad que su compromiso de amor con ella llega hasta el fondo y es absoluta. *«Dios cumple más de lo que promete, y cumple incluso antes de prometer»,* llega a decir Jean-Louis Chrétien[5]. Y es Cristo quien nos enseña la pedagogía de la fe que hemos de vivir quienes queramos aprender el *aeiou* de la fe cristiana: La *palabra dada,* esperada y cumplida.

No podemos pretender que esta pedagogía de Dios tenga muchos adeptos. Yo me atrevería a decir que es una pedagogía prácticamente imposible para el hombre y la mujer comunes. Tenemos buena prueba de ello en la cultura y la sociedad postmodernas, que consideran una locura semejante apuesta. No hay más que acercarse a los jóvenes, que son el exponente más espontáneo de los valores y vivencias de esta sociedad, para percartarse de la inexistencia de *palabras dadas.* La palabra ha perdido hoy su valor ante poderes y valores más rotundos, impositivos y brutales, como el dinero, la buena vida o la violencia, por poner algunos ejemplos. Podemos decir que la autenticidad y el ser del hombre se han devaluado ante la ausencia de *palabras dadas.* Sucede que nos envuelve un rumor frío y vacío, de silencio cómplice y mortal, que nos deja aterrados por nuestra inconsistencia, por nuestra cobardía, por nuestro pactismo con la parte peor de nosotros mismos. *«Depende, todo depende...»,* gritan las canciones de nuestra era.

Sólo la gracia puede conducir a algunos por el camino de Jesús. En realidad, es Jesús mismo quien nos llama y nos convoca

4. Dolores ALEIXANDRE, *Compañeros en el camino,* Sal Terrae, Santander 1995, p. 189.
5. Jean-Louis CHRÉTIEN, *Réincarnation, immortalité, résurrection,* Facultés Universitaires Libres, Bruxelles 1988, p. 182.

para permanecer en la palabra dada, en la fidelidad decidida. *«Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas»* (Lc 22,28), les dice Jesús a sus discípulos, dejándoles claro cuál es la obra de la gracia en ellos y cuál el camino que conduce a la vida para todos. *«Permaneced aquí y velad conmigo»* (Mt 26,38), les pide a ellos Jesús, como nos lo pide ahora a nosotros. Y sabemos bien que sólo la gracia puede conseguir que algunos vayan haciendo sus pequeños y torpes pinitos sobre lo que significa la palabra dada, como le sucede a este fabulador que os escribe. Los que viven inmersos en la realidad pastoral del momento presente, desértica y cruel para la fidelidad y la palabra dada, comprenden lo que hablo y lo que quiero decir. ¿Cómo no permanecer al lado del Señor en este momento, en oración y en su amor? *«Permaneced en mi amor»* (Jn 15,4).

El problema pastoral es de suma gravedad, pero también es un gran aliciente, porque ¿cómo se les puede decir hoy a los jóvenes que se preparan desaforadamente para ganar dinero, con tal de viajar y disponer de medios para vivir y disfrutar, que la verdad de la vida está en la palabra dada, en la entrega de la libertad, en la donación radical de la vida?

Pero es aquí, justamente aquí, donde comienza la pasión de la fe que da su palabra hasta llegar a las últimas consecuencias. *«Nadie que haya puesto su mano en el arado puede volverse atrás»,* dice Jesús. Es aquí donde se muestra la diferencia entre quien desea vivir la plenitud de la palabra dada (*«...nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos»*: Jn 15,13; *«...el buen pastor da su vida por sus ovejas»*: Jn 10,11) y quien se queda en la superficie de la corriente que le toca vivir. Es aquí dónde comienza el verdadero ejercicio de la fe, y éste no es posible sin un tipo de vida alternativo que haga posible el emerger de Aquel que nos da el don de la fe. De nuevo, como tantas veces decimos los cristianos y como tantas veces puso de relieve el propio Jesús, la oración es la clave de la entrega y de la palabra dada. No importa que estemos en medio de un mundo absurdo y activista. Hemos de cambiar el «chip», el modo de ser, el prejuicio vital del activismo en que nos enredamos. Es aquí donde hemos de marcar la diferencia entre quien entrega la libertad y da su palabra en favor del bien, de la paz, de la justicia –en definitiva, del Reino de Dios– y

quien pretende hacerse un nombre y manipular la historia en provecho propio. Es la *palabra dada* la que puede hacer que nazca el bien entre los hombres, la que hará que siga pariéndose el bien en el catre mugriento de la Humanidad. Cristo ha hecho la demostración de que tal cosa es posible con la ayuda inequívoca de la gracia. Los seres humanos creyentes y continuadores de su obra sólo tienen que ejercitarse cada día en este camino de fidelidad, que consiste en dar una palabra y cumplirla, sin miedo y sabiendo esperar cada día las consecuencias positivas de esa decisión.

3. Desvelar la palabra dada a los hermanos concretos. El don de la amistad eterna

«La amistad –dice san Ambrosio– *ha de ser constante y perseverante en sus afectos: no cambiemos de amigos como hacen los niños, que se dejan llevar por la ola fácil de los sentimientos»*[6]. Es evidente que en las relaciones humanas prima de un modo determinante el comportamiento que tienen unos seres humanos para con otros, a la par que su dependencia afectiva, para que la constancia y la perseverancia de la relación y de la amistad puedan ser estables y duraderas en el tiempo. Esto, que es tan propio de nuestra especie, ha de cambiar considerablemente cuando nos adentramos en las entrañas y en el secreto de la fe cristiana.

Asistimos a un espectacular aumento de las deserciones en la relación estable entre las personas humanas. Cada día son más numerosos los fracasos matrimoniales, los cambios de «amigos», de trabajo, de lugar de residencia, de empresa, de posicionamiento ideológico... y los abandonos de la fe. ¿Cómo cambiar esa tendencia imparable, que parece un nuevo modo de ser y de comportarse en el mundo? Una tendencia que parece hacer mella igualmente en el corazón de no pocos creyentes, de no pocos sacerdotes y religiosos, de no pocos laicos comprometidos... que parecen dejarse seducir también por la fascinación de un mundo en permanente cambio y en el que nada de lo que era tan bueno y tan necesario ayer parece valer ya hoy. ¿Se trataría, como apunta san Am-

6. José Antonio LOARTE, *El tesoro de los Padres,* Rialp, Madrid 1998, p. 189.

brosio hablando sobre la amistad, de un comportamiento infantil, de un modo de ser poco adulto, o, por el contrario, nos encontramos ante un cambio esencial en el ser del hombre, motivado por la irrupción compulsiva de los avances científicos y técnicos y por la velocidad descomunal de la tecnología?

No podemos negar que estamos ante el nacimiento y la aparición de una nueva época en la historia de la humanidad. Lo que vivimos y el modo en que nos comportamos, provocado por el poder del sistema socio-político-económico, nos habla a las claras de que todos, y especialmente las nuevas generaciones, comenzamos a mostrar un comportamiento que difiere notable y sustancialmente del comportamiento que han mantenido las generaciones anteriores. Y este comportamiento afecta particularmente al objeto del presente artículo: el valor de la palabra dada, el valor de la fidelidad y de la constancia en el modo de vivir la fe y la experiencia humana de relación. Afecta a los fundamentos de la vida religiosa y de los votos estables que la constituyen, pues la Palabra de Dios y la palabra del hombre-mujer, expresadas en términos absolutos de entrega y de fidelidad, se ven directamente afectadas por este modo de ser y de comportarse, que da una importancia relativa al hecho de la fidelidad, de la palabra dada y cumplida; más aún, se llega incluso a argumentar que lo que acaba provocando tal fidelidad es un decrecimiento de la persona y un estancamiento de sus posibilidades de desarrollo.

3.1. La palabra dada a una comunidad concreta

Pienso, a modo de ejemplo que puede ayudarnos a centrar la reflexión sobre la palabra dada, en los sacerdotes que tienen una misión canónica en una parroquia. ¿Qué diferencia puede existir entre un buen pastor y un asalariado? ¿Qué diferencia puede haber entre un hombre que se entrega al cumplimiento concreto –en la vida de la Iglesia– de su palabra dada, y aquel otro que difiere su palabra y la difumina entre conceptos, ideas y generalidades? Dios concreta su promesa, su Palabra dada, en un pueblo y en una historia.

Recurriré de nuevo a la experiencia y a lo vivido de modo personal por el hijo de la promesa, pues creo que por ese camino podemos entendernos mejor y comprender con mayor claridad lo que está en juego con la palabra dada.

Hace días, invitado por los compañeros sacerdotes del Barrio del Pilar, en Madrid, este hijo participó en un encuentro de jóvenes y párrocos dedicados a la pastoral de juventud. Se pretendía dedicar una mañana a reflexionar sobre la comunidad parroquial y los jóvenes, sus dificultades y sus apuestas. En el centro de la reunión y de la mañana apareció un tema de debate y de reflexión que parece ofrecido para que el hijo, a su vez, se lo pueda ofrecer a otras personas: *La fidelidad a una comunidad parroquial. ¿Es eso posible?*

El debate que se ocasionó fue contundente. Nadie permaneció indiferente, y aunque no era fácilmente inteligible para muchos de los jóvenes que allí estaban, era a la vez el discurso y la vida de otros muchos asistentes. Había jóvenes adultos que habían determinado su vida por la pertenencia a una comunidad concreta en ese barrio; la elección de sus estudios, de su trabajo y de su vi-vienda había estado determinada y condicionada por la experiencia básica y fundamental de su comunidad de pertenencia y de referencia.

El debate fue profundo, pues otros jóvenes no entendían que una persona, un cristiano, pudiera ofrecer su vida y su juventud de un modo tan radical para ellos, al determinar su propio futuro. Estos otros entendían el cristianismo más como una gran casa en la que da lo mismo que uno esté aquí o allá. No parecía necesario ligarse a una comunidad concreta, pues eso limitaba mucho la vida y su pleno desarrollo. Se podía ser perfectamente cristiano en el desierto, en Móstoles o en Mataró. Estos jóvenes planteaban la ligazón y la trabazón de la vida cristiana en torno a una concepción más espiritual de la Iglesia, y no tanto en la concreción de unos rostros y unas historias entrelazadas. La pasión subió de tono, pues ni unos ni otros lograban explicar suficientemente bien el fondo de cada una de sus visiones y aportaciones.

El hijo de la promesa reconoce haberse sentido profundamente impresionado por la fortaleza de los argumentos y de la vida que trascendía en las palabras y en los gestos de los jóvenes de esta comunidad viva y bien centrada en su ser. Llevaban muchos años de fidelidad, de palabra dada y mantenida a la Iglesia y al Evangelio, a sus hermanos y a su pueblo, a través de la mediación de una comunidad parroquial concreta. Y me impresionó porque este hijo, que sabe bien lo que es la palabra dada en la vida y con

relación a lo concretísimo de una vida personal o familiar, o de una entrega general en el ámbito de la Iglesia, sin embargo ha vivido su ser ministerial, su servicio eclesial, sin esa referencia tan explícita a una comunidad concreta. Ha vivido más como un pájaro volandero que, comprometido con todos, no acaba de comprometerse definitivamente con nadie, y menos al modo y manera en que lo vivían y planteaban estos hermanos de la comunidad parroquial del Barrio del Pilar de Madrid.

Y la pregunta inevitable para este hijo de la promesa fue: ¿he sido un buen pastor o un asalariado? ¿No será verdad eso de que la Iglesia no acaba de salir adelante porque los sacerdotes y las llamadas comunidades parroquiales no asumimos nuestro sentido de pertenencia y de fidelidad a los hermanos concretos que Dios nos ha dado? En el caso del hijo de la promesa que os escribe, la reflexión cristiana y la entrega ministerial siempre han estado guiadas por una comprensión del sacerdocio y del celibato que le lleva a mantener siempre vivo el valor de la entrega en libertad, por encima de la ligazón o el apego a cualquier persona o grupo; se convierte, allí donde está, en un servidor decidido e incondicional de la comunidad parroquial, pero sin dejar que la sensación de pertenencia o de apego a las personas haga mella en su ser. Esta opción le parece sana y saludable, pues, según él, es necesaria para mantener vivo el espíritu del Evangelio. Pero esa concepción del ministerio sacerdotal y celibatario, en parte integrado y en parte desarraigado de la comunidad concreta, y referido a la Iglesia diocesana o universal, tal como es concebido y vivido en el catolicismo actual, y que tiene tanta influencia en las comunidades parroquiales, ¿no estará mediatizando la entrega y la fidelidad a la comunidad creyente concreta hasta el punto de estar destruyéndola, desnaturalizándola o distorsionándola?

Reconoce este hijo que el interrogante está planteado, y ello gracias a la comunicación eclesial y a estos hermanos nuestros, hermanos de *palabra dada* en el nivel más primario y vivo de la Iglesia: la vida comunitaria parroquial. El proceso de la reflexión debe conducirnos necesariamente a una concreción: ¿qué ocurriría en la vida de la Iglesia si tanto sacerdotes como laicos asumiéramos un compromiso pleno de pertenencia y de fidelidad, de *palabra dada,* en el marco de nuestras comunidades parroquiales?

3.2. La palabra dada a la propia conciencia

Concluyo esta reflexión con la apelación a la propia conciencia, verdadera y única fuente de la que nace la *palabra dada* y, con ella, la gloria de Dios. Nuestra conciencia ha de estar visitada y habitada por el misterio de Dios, traspasada de modo transversal por el Padre de la Alianza y de la Promesa, por la amistad fiel y duradera con Jesucristo y por el fuego de ese amor eterno al hombre y a la mujer que es el Espíritu Santo. La verdad última del misterio de Dios para con el hombre, de su revelación, de su Promesa y de su Palabra es, como dice san Ireneo, que el hombre viva, pues su vida –su conciencia de la vida, diría este hijo– es la gloria de Dios. *«Tenemos un Dios* –dice Xavier Quinzá– *que disfruta cuando somos felices, que se siente bien ante los logros humanos, ante la felicidad de cualquiera de sus hijos amados, acogidos, deseados. Hace muchos años, un obispo de Lyon, Ireneo, lo expresó con una frase célebre: "LA GLORIA DE DIOS ES QUE LA PERSONA VIVA, Y LA VIDA PARA LOS HOMBRES Y MUJERES ES VER A DIOS"»*[7]. La felicidad del hombre es lo que se encuentra detrás de la *palabra dada* por cualquiera de nosotros. No hay palabra que dar si no hay felicidad que alcanzar, aunque la felicidad se busque en medio de la noche o se peine entre la brisa y el viento. Cuando la conciencia del hombre descubre que el deseo de Dios es su felicidad, entonces se entrega sin reservas para que la Palabra dada, la Promesa, siga viva y eterna para la humanidad. Todo hombre o mujer creyente colabora con gusto en el plan de Dios, entregando y dando también su palabra como lo hizo Jesús, el facilitador de la amistad con Dios y entre nosotros, el facilitador de la verdadera felicidad, aunque ésta, como en su caso, suponga la cruz como camino de realización.

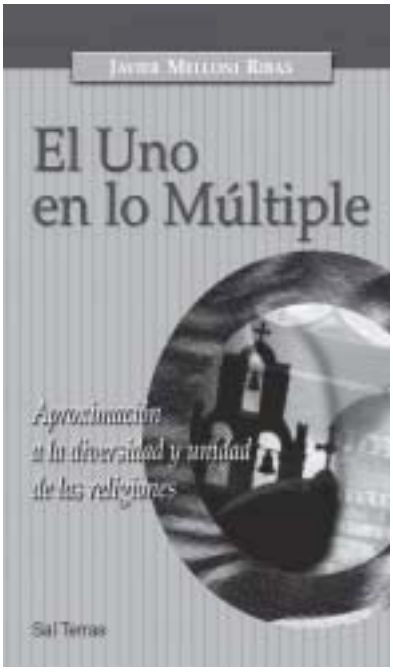
Si se da toda esta increíble transversalidad de Dios, e incluso aunque no se dé, la realidad es que todos hemos de ser fieles, ante todo y sobre todo, a nuestra propia conciencia. Es en la conciencia donde el ser humano puede encontrar el eco que precisa para levantar su voz y comprometerla con la vida que le ha sido dada.

7. Xavier QUINZÁ, *Desde la zarza,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2002, p. 102.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



En una sociedad pluricultural y plurreligiosa como la nuestra, cada vez resulta más indispensable el conocimiento de las diversas religiones del mundo. Si nos ignoramos, todos salimos perdiendo. Hay un *Todo* que transciende la existencia individual, sin que por ello la extinga. Y hay unos complejos simbólico-sociales (las *religiones*) que las diferentes culturas o comunidades humanas ofrecen para facilitar la vinculación con el Todo.

Cada religión ofrece sus propios elementos para *religar* ese Todo, y tan importante es respetar la especificidad del camino que cada tradición propone como percibir la coincidencia estructural de todos ellos. Porque no podemos olvidar que todas las sendas surgen de la misma vocación humana a vivir la Plenitud para la que hemos sido creados.

400 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 25,00 €**

ST 91 (2003) 933-943

La intimidad que intimida.
Por una cultura de la comunicación callada

María Dolores LÓPEZ GUZMÁN*

«No se ha descubierto hasta hoy recurso publicitario más eficaz que la imagen que convierte al espectador en *voyeur* libre de culpa y castigo»[1]. Los límites para los ojos y para los oídos han desaparecido. La publicidad, el cine, la música moderna, los informativos, los reportajes de investigación, los programas del «corazón», los dedicados a la salud... no dejan resquicio a salvo de análisis y exposición. La humanidad, en todas sus vertientes, es en estos momentos el objeto –y el objetivo– privilegiado para la disección y para los «experimentos de laboratorio» que exigen sacar a la luz hasta las entrañas. Cualquier realidad es susceptible de ser contemplada o escuchada. ¿Qué hay de malo en ello? Al fin y al cabo, se trata de acciones pasivas que sólo parecen afectar al sujeto que las realiza. Se olvida con demasiada frecuencia que también en el mirar y en el escuchar, al igual que en el gustar, en el oler, en el tocar y en el pensar, existe una parte activa crucial.

Algunos dirían que nuestra sociedad está enferma de *yoísmo*[2]. Y esa centralidad del yo se despliega de diferente manera en dos tipos de comportamiento: por un lado, el de los individuos que se dejan arrastrar por el impulso de conocer y controlar la vida de los

---

* Licenciada en Filología y en Teología. Profesora en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas «San Agustín».

1. Sebastián KAUFMANN, «El reclamo erótico», en *Suplemento Dominical El País* (5-10-2003), p.34. José Mª RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ apuntaba esta idea al hablar de la espiral de exhibicionismo en que la sociedad actual se está embarcando a través de los medios de comunicación. El incremento de este comportamiento social se ha visto impulsado al descubrirse que algunas conductas como el *voyeurismo* pueden ser practicadas sin problemas. dado su carácter ilegal. Véase «Vivir vidas ajenas»: *Sal Terrae* 91/6 (junio 2003). ¿Está quedando la moral limitada a los estrechos márgenes del Derecho?
2. Miguel de UNAMUNO se aplicaba a sí mismo este término para hablar de su soberbia intelectual y llegaba a identificar el *yoísmo* con el *nihilismo*. Ver: *Diario íntimo,* Alianza, Madrid 1986, pp. 54 y 143.

demás, de saber la «vida y milagros» del vecino; por otro, el de quienes prefieren exponer y mostrar públicamente todos sus secretos para captar la mayor atención posible. En ambos casos, la vanidad se encarga de convencer al sujeto de su supuesta superioridad haciéndole creer, bien que es mejor persona y que por eso puede juzgar al otro desde una pretendida distancia, bien que su propia vida es digna de ser conocida y convertida en ejemplo y espectáculo para los demás.

Estas dos tentaciones también están presentes en los ámbitos cristianos. Siempre hay que estar alerta para no dejar escapar una vanidad mayor: el creerse libre de las miserias que fructifican en otros ambientes lejanos al mío. Los cristianos solemos erigirnos en jueces de la sociedad sin reconocer con suficiente claridad que también entre nosotros se cuela la misma enfermedad[3]. El gusto por los «pasillos», por conocer los detalles más escabrosos de cualquier vocación, el «deporte» de la crítica indiscriminada al Magisterio, a los superiores o a los compañeros de comunidad o de grupo, el convencimiento de que mi vida y mis opiniones son las más interesantes y dignas de ser escuchadas... son experiencias que también están presentes allí donde, por principio, deberían estar ausentes.

Los medios de comunicación se han convertido en un buen indicador de los logros, fracasos y riesgos sobre los que vamos construyendo nuestra cultura. Es bastante elocuente que un medio tan potente como la televisión dedique 35 horas a la semana al conjunto de programas «rosa», *reality-shows* y *talk-shows*[4], que muestran con especial virulencia la intimidad de cualquier ciudadano que se preste a ello (ya sea previo pago de un buen cheque, ya por desesperación, por la búsqueda de «un minuto de gloria» o por quién sabe qué extraños motivos).

---

3. Bajo capa de «maestría», la soberbia se infiltra en muchas de nuestras acciones; así lo reconocía de nuevo UNAMUNO: «He vivido en la necia vanidad de darme en espectáculo, de presentar al mundo mi espíritu como un ejemplar digno de ser conocido. Como esos pobres que a la orilla del camino muestran sus llagas, hay personas, literatos, que ostentan las llagas de sus almas y se presentan como seres interesantes», en *Diario íntimo,* Alianza, Madrid 1986, p. 143.
4. Sofres: *Informe de Audiencia de Medios 2002.*

Ante esta situación caben dos actitudes: una más negativa, centrada en la simple crítica y la denuncia sin concesiones, y otra más «propositiva», que procuraría llamar la atención sobre los peligros que se esconden en esos comportamientos, pero tratando al mismo tiempo de redescubrir y presentar el lado más atractivo de algunos valores ocultos o casi perdidos. De las dos, merece la pena detenerse en la segunda, pues ya vivimos demasiado cargados de fracaso y mediocridad.

Lo explícito, lo implícito y lo escondido

Un primer paso para poder descubrir en qué medida es nociva para el hombre esa tendencia del mundo moderno a convertir lo privado en territorio público sería observar detenidamente la realidad[5] para detectar qué lugar ocupan y cómo funcionan lo explícito, lo implícito y lo escondido en la persona. Quizá de este modo descubramos cómo el sacar a la luz lo que debería permanecer oculto distorsiona su verdadero significado. Es un hecho que el hombre, en el desarrollo de sus capacidades, y según actúe, puede acercarse o alejarse del modelo que se trace como persona.

San Agustín, el gran pensador de la interioridad en la tradición de Occidente, subrayaba la imposibilidad del hombre de conocerse totalmente a sí mismo[6]. Hay un «espacio» dentro del ser que está sumido en el misterio (los cristianos hablaríamos del Misterio, con mayúscula) y que se escapa al conocimiento. ¿Cuántas veces nos sorprendemos de reacciones nuestras en las que no nos reconocemos? ¿Cómo llegar a saber qué vamos a sentir en situaciones nuevas que vivimos por primera vez? Ésta es una experiencia común y universal. No hace falta ser «espiritual» para reconocer

5. «No hay mayor desastre en la vida espiritual que estar sumergido en la irrealidad, pues nuestra vida se mantiene y se nutre gracias a la relación vital con las realidades que hay fuera de nosotros y por encima de nosotros»: Thomas MERTON, *Pensamientos de la soledad,* Edhasa, Buenos Aires 1961, p. 15.
6. «Porque todo lo que sé de mí, lo sé mediante la luz que Vos me habéis comunicado para que lo sepa; y lo que no sé de mí, estaré sin saberlo hasta que estas tinieblas de mi ignorancia se conviertan en luz tan clara como la del mediodía con el resplandor de vuestra divina presencia»: SAN AGUSTÍN, *Confesiones,* Libro X, V.

que no llegamos a tener un control absoluto de nuestra propia persona. También santa Teresa alertaba de que el conocimiento propio era una tarea para toda la vida, pues siempre está abierto y por hacer[7].

Hay una parte oculta a los ojos del hombre que únicamente el Creador percibe. Como dice el salmo, sólo *tú conoces lo profundo de mi ser* (Sal 139,14). Es, por tanto, un hecho incuestionable que existe una parte escondida y misteriosa que se nos escapa de entre las manos. Reconocerlo es importante para desechar actitudes inquisitoriales con respecto a uno mismo y a los demás. No tiene sentido juzgar ni juzgarse.

Junto a ese «lugar» tan profundo e inaprehensible, que huele a infinitud y remite a Dios, habita en el interior del hombre una gran cantidad de sentimientos, pensamientos y recuerdos que no afloran tal cual al exterior, pero que ciertamente se transparentan. Salen hacia fuera, sí, pero de un modo indirecto.

Resulta materialmente imposible reproducir todas las vivencias que bullen en el interior. No nos daría la vida para ello. Lo que «sacamos» es siempre fruto de una selección y expresa tan sólo una parte de lo que vivimos. Las emociones interiores se agolpan sin parar, y muchas de ellas pasan tan deprisa que apenas nos da tiempo a percibir su existencia.

Pero, además, el hábitat natural de algunos de esos «movimientos» continuos de la memoria y del deseo es el interior. Su destino no es la luz, sino la intimidad. Nuestros pensamientos nos pondrían en más de un aprieto si pudieran ser escuchados por los demás. Algunas películas han explotado con éxito el potencial cómico de una situación imaginaria en la que alguien tiene la capacidad de leer todo cuanto pasa por la mente de sus interlocutores. Está claro que a veces es más que recomendable no abusar de una excesiva transparencia en aras de una sinceridad mal entendida. Se haría un daño que probablemente se controlaría mejor si no diéramos rienda suelta a todos nuestros excesos mentales[8].

7. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* XIII, 15.
8. «Ha habido un pudor que me ha salvado. Esa oculta delectación en mí mismo, ese *ensimismarme,* no lo he mostrado al exterior. Tenía la conciencia de su maldad, de que es un vicio feo y una fuente de pecados y lo he guardado. Esta merced que Dios me ha hecho de que guardara para mí mi oculto ensoberbeci-

Sin embargo, la causa de que no se deban exteriorizar todas las intimidades no está sólo en los posibles aprietos en que nos puedan meter. Hay una razón de «fuerza mayor»: en los recuerdos y afectos de una persona están implicadas otras muchas. El hombre ya no puede disponer de ellos a su antojo, porque no le pertenecen en su totalidad.

Todo lo que constituye ese interior, sin excepción, conforma al sujeto y le hace ser de una determinada manera. Es la parte implícita que se da en el ser humano y que respalda muchas de sus acciones y elecciones. Se puede intuir con bastante precisión cómo era la relación entre el Hijo y el Padre mirando cómo era Jesús. No es necesario escudriñar los detalles de su «conversación»; basta con verle «en acción». La naturaleza de una relación matrimonial se «palpa» en su modo de educar a los hijos, de estar con los amigos...; las fuentes de que se nutre la vida espiritual de un sacerdote se intuyen según su modo de tratar a los fieles, de predicar... Y esa confrontación con la vida es lo que hace que esos «implícitos» sean más verdaderos.

Hay, por último, una cara externa en el hombre que favorece la comunicación directa. Su mejor ayudante y testigo es la corporalidad. Pocas cosas son tan explícitas como el cuerpo y la palabra pronunciada. A través de ellos podemos situarnos los unos ante los otros, sabemos a qué atenernos, pactamos, negociamos, actuamos, amamos... Algunos acontecimientos vitales exigen ser evidenciados de forma visible y patente: un trabajo remunerado tiene que quedar regulado en un contrato; para que las relaciones sean sanas y equilibradas es necesario que los sujetos que participan en ellas tengan buena comunicación; el compromiso matrimonial se explicita en un «sí, quiero» público que marca un antes y un después; los religiosos, a través de los votos...

---

miento es lo que me permite que lo combata ahora»: Miguel de UNAMUNO, *Diario íntimo,* Alianza, Madrid 1986, p. 143.

Historias para no contar

¿Y cuáles son las experiencias que pueden ser compartidas? ¿Quiénes son los interlocutores más apropiados? ¿Qué importancia tiene seleccionar los momentos y las personas para comunicar la interioridad? ¿Cómo saber que algo pertenece al ámbito de lo implícito y que no debe salir tal cual al exterior?

El primer paso para discernir y poder responder con acierto a algunas de las preguntas sería asumir que el mayor o menor grado de intimidad compartida es uno de los factores determinantes para diferenciar unas relaciones de otras. No se habla igual ni se cuentan las mismas cosas a un amigo que a un acompañante espiritual... o a un desconocido; no se emplea el mismo tono con un hijo que con un hermano; no utiliza el mismo lenguaje una pareja que unos compañeros; etc. Incluso, aunque el objeto de comunicación sea algo semejante, como, por ejemplo, el hecho de transmitir cariño, hay muy distintas maneras de hacerlo. También Jesús «marcó diferencias»: con sus grandes amigos de Betania (Marta, María y Lázaro), con los apóstoles, con su madre... El amor es uno, porque proviene del mismo Dios Amor (1 Jn 4,7-8), pero está plagado de matices.

Es importante poner empeño en salvaguardar el carácter propio y particular de cada historia personal, porque nos jugamos en ello nuestra identidad y el valor de lo único. El ser humano no se construye desde sí mismo y por sí mismo, sino a través de las relaciones que van entretejiendo su vida y sus elecciones. También a nuestro Dios le sucede lo mismo: su propio ser, su interioridad, es pura relación entre las tres personas (Padre, Hijo y Espíritu), pero también se da a conocer, «hacia fuera», en su modo de relacionarse con el hombre en la historia. Este punto es fundamental, ya que las relaciones dan cuenta de a quién se está ligado, es decir, de a quién o a qué se pertenece. Decir «sí» a Dios es decir «sí» a una pertenencia mutua.

La fuerza de la pertenencia depende en parte de su concreción, su tono singular y su carácter único. Hoy día resulta poco popular hablar de límites o de «cotos privados». Está mejor aceptada la máxima del «todo para todos» (¿se puede democratizar la intimidad?). Sin embargo, no debe confundirse la igualdad de oportuni-

dades con la insustituible particularidad de cada persona y de cada relación. Y para llegar a construir algo único es imprescindible reservar espacios exclusivos y palabras distintivas. Por tanto, si se hacen públicas confidencias que conformaban una relación especial, se destruye lo más característico y genuino de la misma. *«Quien revela los secretos, pierde el crédito, no encontrará jamás amigo íntimo»* (Si 27,16).

Pero ¿cómo entender el valor único de la relación con Dios, si todos sin excepción estamos llamados a tenerla? ¿No sería contrario a la evangelización el quedarse para uno la consolación surgida de la comunicación «en vivo y en directo» con Dios mismo?

Dios es igual para todos, de modo semejante a como lo es un padre o una madre para sus hijos. El amor es el mismo y, sin embargo, los padres tratan a cada uno de los hijos según sus necesidades y su carácter. En función de las personas surgen relaciones diferentes. Así también sucede entre el hombre y Dios. Reconocemos que una persona tiene contacto con el Señor cuando deja entrever, a través del conjunto de su vida, los rasgos del evangelio, que es el mismo para todos; pero el modo que Dios escoge para comunicarse con cada uno de nosotros es único e intransferible. No hace falta entrar en los detalles de la relación, pues mirando cómo se actúa se adivina lo que hay «detrás»: *«creed por las obras, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí, y yo en el Padre»* (Jn 10,38); *«lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras»* (Rm 1,20).

Hasta tal punto se ha perdido el valor de la discreción que prácticamente ha quedado ligada a la posibilidad del engaño. Si no se cuentan las cosas, se interpreta que hay algo que ocultar. Sin embargo, la discreción, en su sentido original, se asociaba a la persona prudente, con buen tacto en el trato y en el hablar. Hay historias que no son para contar, sino sólo para vivir y agradecer. Y en ese caso el silencio expresa mejor que las palabras lo valiosa que es una relación para alguien. Se cuida, se mima y se protege, porque es un auténtico tesoro: *«el Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo...»* (Mt 13,44).

En un rincón del alma

La intimidad se cultiva en el interior, en el silencio y en la soledad. Retos difíciles para las costumbres de hoy: Por eso, la intimidad intimida. El diccionario la define como una zona espiritual (de una persona o de un grupo) reservada. Cuando dos personas van poco a poco estrechando sus lazos de amistad, se dice que están intimando. Del mismo modo que un cuerpo o una cosa material se introduce por los poros de otra[9], así sucede entre dos personas que van acrecentando el afecto mutuo. No es arbitrario que la unión sexual sea símbolo por excelencia de intimidad; hacerla objeto de miradas ajenas supondría una perversión, es decir, una destrucción de su sentido.

El secreto también da forma a las relaciones especiales. En la infancia, una de las maneras más comunes de demostrar la amistad es contar secretos. Y se suele hacer en voz baja; casi susurrando, para que nadie más lo oiga. *«Tú amas la verdad en lo íntimo del ser, y en lo secreto me enseñas sabiduría»,* dice el salmista (Sal 51,8). Algo importante se cuece en la interioridad.

Quien se convierte en sujeto de una confidencia se transforma, automáticamente, en alguien fundamental, relevante y poderoso. Maneja información privilegiada. Deja de ser un «don Nadie» para pasar a la categoría de persona destacada por su condición de elegido (porque ha sido seleccionado entre muchos para cuidar de un mensaje esencial). La categoría de una persona quedaría en entredicho si desvelase o airease «alegremente» lo que le ha sido encomendado «bajo llave». Causa asombro y admiración la actitud de María, la primera que recibió la noticia del siglo (la mejor portada para cualquier *paparazzi:* ¿cuánto le habrían pagado por la exclusiva?) y que, sin embargo, optó por el silencio y por seguir dejando hacer a Dios. Se le notaba algo especial; por eso Isabel reconoció en ella la presencia del Salvador, y *«saltó de gozo el niño en su seno»* (Lc 1,41). María expresó su vivencia con un simple cántico de agradecimiento.

9. El *Diccionario de la Real Academia Española* (1992) recoge esta definición de «intimar» como segunda acepción.

En la educación actual ha perdido relevancia el respeto por las confidencias. Algunas corrientes psicológicas enseñan que la persona sólo sana de sus bloqueos cuando los formula y los saca afuera a modo de catarsis. En los grupos cristianos muchas veces se identifica el compartir la vida con la mera comunicación de vivencias interiores. Es cierto que ésta es a veces necesaria, pero ni siempre ni de cualquier manera. Ayudar a los otros a resguardar la intimidad a salvo de oídos ajenos es importante. Hay asuntos que no deben ser dichos ni tampoco escuchados... porque sólo le pertenecen a la persona y a Dios: el Señor protege a los que lo aman y *«los esconde en el secreto de su rostro, lejos de las intrigas de los hombres»* (Sal 31,21); por eso, cuando ores, cierra la puerta, *«y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará»* (Mt 6,6). Eso significa que es vital educar, y educarse, para afrontar la soledad y convivir con ella[10].

Es cierto que la soledad impone. Cuesta mucho verse en una habitación a solas, sin nadie con quien llorar, reír, soñar, gritar, canturrear... ni apoyo alguno para enfrentarse a los propios fantasmas. Incluso parece una contradicción con el ser del hombre, que está hecho para el encuentro y la comunicación: *«no es bueno que el hombre esté solo»* (Gn 2,18). ¿Por qué gastar energías en adentrarse en un terreno que provoca rechazo y miedo?

En primer lugar, la soledad significa quedarse con lo esencial de uno mismo. Los ropajes que llevamos encima se esfuman cuando nos quedamos solos en un cuarto sin nadie delante ante quien «lucir los galones». Significa volver al estado original, a la desnudez, sin nada más que el propio ser (Gn 2,25). Por eso es dura y difícil la soledad. No nos acostumbramos a ser criaturas, y nos gusta más imaginar que somos dioses. Sin embargo, enfrentarse a la verdad es el primer peldaño para acceder a la madurez y para hacerse «fuerte». De esta manera, los cimientos sobre los que se construirá el individuo no serán externos, y por tanto será más difí-

10. La aversión inicial del ser humano a la soledad la reflejó magistralmente UNAMUNO en su novela *San Manuel Bueno mártir* (Cátedra, Madrid 1982, p. 109). El personaje principal escondía su profunda crisis de fe volcándose en un activismo frenético: «con aquella constante actividad, con aquel mezclarse en las tareas y en las diversiones de todos, parecía querer huir de sí mismo, querer huir de su soledad. "Le temo a la soledad", repetía».

cil de manipular. Si soy capaz de estar a solas, sin muletas, seré más libre y haré más libres a otros.

Y, en segundo lugar, porque la soledad es el umbral que es preciso traspasar para que se produzca un encuentro con Dios en la intimidad. No es el único modo que tiene el Señor para acercarse al hombre. La Creación entera, la historia, las personas que se cruzan en nuestro camino... también «hablan» de Dios. Pero esa intimidad, de la que nacen relaciones inigualables, sólo se puede dar cruzando *«la soledad rugiente de la estepa»* (Dt 32,10ss).

Dios está ahí, en la zona más profunda y recóndita del ser humano. Por eso la soledad, paradójicamente, siempre está habitada por el Espíritu del Señor. El mejor testimonio de que Él me está acompañando es mi propia existencia. Alguien sostiene mi vida constantemente; yo no me la puedo dar. A lo más que llego es a contribuir a su crecimiento. Por otro lado, además de esa primera constatación fundamental, habría que romper una lanza a favor del silencio como instrumento precioso de comunicación entre el hombre y Dios; porque el silencio compartido es a veces el mejor vehículo para expresar sentimientos profundos. A una amistad consolidada no le incomodan los espacios en blanco en los que no hace falta decir nada.

En este sentido, el silencio no habría que entenderlo como ausencia de palabra, sino como desbordamiento de la misma. Lo que se quiere comunicar es tan hondo que no cabe en los límites de la palabra pronunciada. Necesita otro cauce. Un lenguaje nuevo por aprender para quien esté dispuesto a ello. Dios está tan próximo al hombre que «no se puede aguantar»; pero se necesita el coraje de querer conocerlo tal cual es, no tal como yo quiero que sea.

El amor tiene un precio

Ese Espíritu de Dios que habita en nosotros y que nos cuesta aceptar (porque no lo podemos atrapar) tiene unas cualidades claras y definidas. No es etéreo, ni su presencia está desdibujada; por el contrario, posee una gran «personalidad», con rasgos marcadamente evangélicos. Su estilo tiene que ver con la vida, con el crear,

con la paciencia, con la humildad, con la valentía, con el consuelo... con la entrega total. No es un Dios el de la Biblia, y otro distinto el que habita en el interior; *«los dones y la vocación de Dios son irrevocables»* (Rm 11,29).

Si Dios es Amor, sólo podremos entenderlo y reconocerlo amando como Él ama; porque otro tipo de relación que quisiéramos proponerle a Dios no funcionaría. Él no está hecho para amar a medias o buscando un interés. Cuanto más entremos en la órbita del amor pobre y humilde, tanto más fácilmente lo encontraremos. No es casual que en la resurrección lo reconocieran primero los que más lo amaban (por eso también fueron los más fieles): María Magdalena, el grupo de mujeres que lo seguía y el discípulo amado. La reciprocidad, característica de un amor mutuo sólo puede producirse en la relación con Dios si le correspondemos con las claves del despojamiento. Si el Señor lo da todo –y la cruz lo prueba– para que se produzca el «encajamiento», el buen *feeling,* la persona tendría que darlo también todo. Por eso la experiencia de la soledad deberá estar teñida de paciencia, humildad, vaciamiento, desinterés...

Pero aún hay más: el hombre que se atreva a bucear en esta soledad habitada no sólo se topará con el Espíritu de Dios, sino que, a través de Él y en Él, se encontrará con todos los hombres y toda la Creación. Como una madre lleva a sus hijos en su corazón esté donde esté, así nuestro Padre nos lleva a cada uno de nosotros. Por tanto, la experiencia de la soledad verdadera siempre desembocará en una experiencia de comunión.

Visto así, ¿quién no se dejará seducir por una relación tejida con los hilos de la confianza? ¿A quién le seguirá intimidando la intimidad?

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Santa Teresa de Lisieux (1873-1897) pasó toda su vida en una pequeña región del noroeste de Francia, y durante los últimos nueve años nunca salió del Carmelo de Lisieux. Murió a los 24 años, y muy poco después de su muerte Teresa y su historia empezaron a cruzar fronteras geográficas y culturales con una rapidez asombrosa. La *Historia de un alma,* su manuscrito autobiográfico, ha sido traducido a más de sesenta lenguas. Es probablemente la santa más popular de los tiempos modernos.

Recientemente ha sido declarada doctora de la Iglesia por la doctrina de su camino espiritual, que ella llamó «el caminito». Dorothy Day, la activista social norteamericana, dijo de ella: «Teresa fue un "granito de arena" y, por otra parte, "su nombre estaba escrito en el cielo". Fue amada por su Padre celestial, era esposa de Cristo y poco inferior a los ángeles. En realidad, así somos todos».

192 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €**

ST 91 (2003) 945-947

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Educar en la inclusión social

Francis BERDUGO*

«Entreculturas» apuesta por la educación como herramienta transformadora. Esta apuesta es entendida, en primera instancia, como una opción que nos lleva a comprometernos con proyectos educativos en el Sur, con los que pretendemos convertirnos en factor de desarrollo y cambio social. Además de esta lectura, educar para transformar nos implica también a nosotros personal y colectivamente. Nuestra apuesta decidida por la sensibilización acaba de dar un nuevo paso con el lanzamiento de una nueva serie de materiales educativos para las escuelas españolas que hemos llamado «Ojos que sí ven».

El título de esta propuesta didáctica está íntimamente relacionado con el eje temático que hemos elegido como marco teórico base: la exclusión-inclusión. En un mundo cada vez más interrelacionado, abordar problemas como la pobreza o el subdesarrollo como si fueran «sucesos» aislados ya no tiene ningún sentido. La realidad es que la pobreza es una consecuencia visible de una serie de complejos procesos a los que tenemos que acercarnos abiertamente si queremos hacer un análisis serio de la situación. Ciertamente la debilidad de la economía es una causa fundamental de la existencia de colectivos en situación de pobreza; pero ¿afecta esta situación de forma diferente a los miembros de distintas etnias que comparten una misma coyuntura económica?; ¿sufren más las mujeres que los hombres?; ¿marca el hecho de haber nacido en un barrio o en otro?; el recibir o no una educación

* Responsable de educación de la Fundación «Entreculturas». Madrid.

de calidad ¿determinará la condición de pobreza en los años venideros?... Desde «Entreculturas» entendemos que la respuesta a todas estas preguntas es «sí». Por eso creemos que nuestra acción en favor del desarrollo de los pueblos equivale a afirmar que hay factores de exclusión que levantan una serie de barreras sucesivas que impiden rotundamente a millones personas tener una vida digna, a pesar de sus esfuerzos por conseguirlo. Una primera consecuencia de esta línea de pensamiento es deducir que, si hay procesos de exclusión, es porque alguien excluye. Nuestro mensaje a la sociedad española, que remarcamos con el lema «Ojos que sí ven», es que conocer la realidad en la que vivimos equivale a verla en su totalidad, teniendo en cuenta los factores de exclusión que existen, comprendiendo las consecuencias que estos factores tienen. A estos dos pasos le debe seguir un tercero: el convencimiento de que, si en algún momento nosotros mismos somos agentes de los procesos de exclusión, seremos parte del problema; en cambio, si trabajamos en favor de la inclusión, habremos entrado de lleno en la transformación social.

Esta línea de pensamiento ha encontrado su reflejo en un conjunto de materiales didácticos que adaptan estos contenidos a las distintas etapas del proceso educativo. Para infantil y para primaria hemos lanzado dos conjuntos de actividades que hemos titulado «Veo, veo. ¿Qué ves?». Estas fichas arrancan con una imagen motivadora, a partir de la cual se cuentan historias personales que nos acercan a la realidad del Sur. Estas historias nos hablan de una realidad distinta de la nuestra, pero en la que prevalecen elementos que nos resultan familiares, como los amigos, las canciones, la vivienda o la familia. Esta visión plural nos ayuda a identificar a los niños del Sur como personas cercanas, personas que viven una situación de desigualdad, personas que son excluidas injustamente por motivos ajenos a su esfuerzo y su voluntad.

Tras estas dinámicas encontramos una serie de objetivos educativos que podríamos concretar en cinco puntos:

1. Conocer y valorar una realidad distinta de la propia.
2. Favorecer el desarrollo de actitudes solidarias y de respeto.
3. Promover el diálogo y la participación a través del intercambio de experiencias personales.

4. Identificar los propios sentimientos, emociones y necesidades, y comunicarlos a los demás.
5. Fomentar la práctica de dinámicas inclusivas.

Lógicamente, a cada una de las edades, dentro de las etapas de infantil y de primaria, corresponde una forma distinta de aproximarse a estos objetivos.

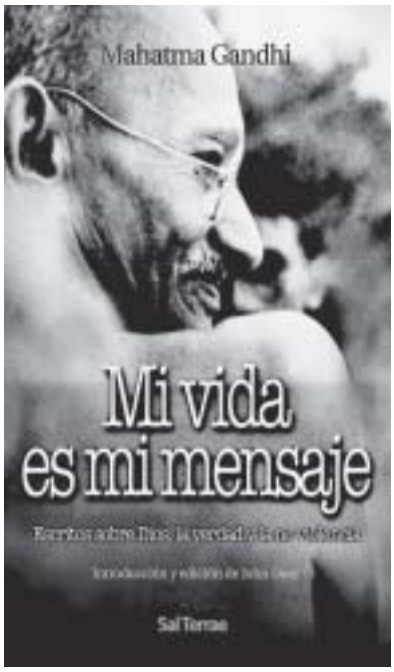
Los cursos de Secundaria y Bachillerato merecen un tratamiento propio. El título global de estas dos propuestas es «Corazón que sí siente», y el planteamiento didáctico es más conceptual. Compartimos con los adolescentes y jóvenes su inconformidad con el estado de las cosas y proponemos vías concretas a partir de las cuales canalizar una rebeldía, que es también la nuestra, ante la injusticia.

Desde «Entreculturas» vemos este esfuerzo educativo aquí como un complemento imprescindible del que realizamos en América Latina y África a través de «Fe y Alegría» y del «Servicio Jesuita a Refugiados». Si, guste o no, el mundo es cada vez más uno solo para la economía y la política, también debe serlo para la solidaridad y la conciencia humana. Somos un solo pueblo, y en la lucha por la inclusión de todos y todas hemos optado por no ser parte del problema.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Pocos meses antes de ser asesinado, pidieron al Mahatma Gandhi que resumiera su mensaje para el mundo. Durante años, Gandhi pasó un día a la semana en silencio, sin que importara cuántas personas habían acudido para encontrarse con él. El día que le hicieron aquella pregunta era una de esas «jornadas de silencio», de modo que tomó un lapicero, escribió unas palabras y entregó el papel en el que había escrito: *«Mi vida es mi mensaje»*.

Reconocido como uno de los grandes espíritus del siglo XX, y líder del movimiento por la independencia de la India, definió la práctica moderna de la no violencia, combinando la ética del amor con un método práctico de justicia social. Su filosofía estaba enraizada en una profunda espiritualidad. Para él, la lucha por la paz y la justicia social se remitía, en última instancia, a la búsqueda de Dios.

232 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €**

ST 90 (2002) 949-961

LAS BIENAVENTURANZAS

9. Ocho bienaventuranzas paulinas

Francisco RAMÍREZ FUEYO, SJ*

En las cartas de Pablo no encontraremos una versión de las Bienaventuranzas tal como se encuentran en los evangelios de Mateo o de Lucas. De hecho, pocas son las palabras de Jesús transmitidas por los evangelistas que son recordadas de forma explícita por Pablo. Por citar sólo dos de éstas, podríamos recordar las palabras de la Última Cena (1 Cor 11,24-25) o la palabra sobre el divorcio (1 Cor 7,10-11). Es posible que algunas de las tradiciones que se conservan en los actuales evangelios no fueran conocidas por Pablo, o que las conociera con formas algo diversas. Pero también es cierto que el Apóstol, más que citar palabras de Jesús, en muchos momentos parece hacerse eco de ellas. El evangelio de Jesús ha pasado por su vida, ha resonado en su corazón y ha sido formulado con palabras e imágenes propias para acomodarlo a la vida de sus comunidades. Vamos a intentar espigar en sus cartas algunos de estos ecos que podríamos llamar «Bienaventuranzas paulinas».

Estad alegres...

La primera bienaventuranza paulina se queda aquí. No hay bienaventuranzas sin felicidad, sin alegría.

San Pablo tiene fama de serio. En los iconos se le muestra con semblante adusto y rostro fino, larga barba y poco pelo. Se le reconoce con facilidad por la espada que blande; las llaves de Pedro

* Profesor de Sagrada Escritura. Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

resultan, al menos como icono, algo más amables. Su biografía como celoso o fanático de la ley y perseguidor de la Iglesia (Gal 1,13-14; Flp 3,6), su teología, con puntos que los menos entendidos tardamos en entender (2 Pe 3,15-16), y algunos pasajes de tono duro en sus cartas (Gal 3,1; 1 Cor 4,21; 5,3-5; 2 Cor 10,6) contribuyen al estereotipo de hombre duro y ascético.

Pablo tuvo que ser, sin embargo, un hombre alegre. Y eso que su vida no fue en absoluto fácil: la profunda ruptura, en su interior y en su círculo familiar y social, que supuso su fe en Cristo (Rm 9,3); las incomprensiones, zancadillas y persecuciones de todo tipo (2 Cor 11,23-27); los problemas de sus comunidades (2 Cor 11,28-29); su mala salud (Gal 4,13; 1 Cor 2,3; 2 Cor 12,7)...

Todo ello no impide que la palabra «alegría» sea una de sus preferidas (sin ser exhaustivos: Rm 15,13; 2 Cor 2,3; 7,4; Gal 5,22; Flp 1,4.25; 4,1; 1 Tes 1,6; 2,19; 3,9; Flm 1,7...), hasta el punto de que para Pablo el Reino de Dios se caracteriza por la «justicia y paz y alegría en el Espíritu Santo» (Rm 14,17). Las llamadas de Pablo a «estar alegres« (1 Tes 5,16; Flp 4,4) quedan en ocasiones, por desgracia, algo postergadas en el bosque espeso de las teologías paulinas. De ahí que las «bienaventuranzas» paulinas comiencen con un «estad alegres».

Normalmente, el adjetivo «bienaventurados» nos hace mirar al futuro, a la «buena ventura» aún por venir. Pero las «bienaventuranzas» no son sólo una promesa: son una proclamación, un anuncio que brota del corazón de quien las vive o las intuye. ¿Cómo es el corazón de quien proclama las bienaventuranzas?

Las «bienaventuranzas» de Pablo se dirigen a cristianos, y a cristianos que han tenido experiencia del Espíritu, o experiencias del Espíritu. Las «bienaventuranzas» de Pablo no son simple anuncio de algo futuro, sino recuerdo de lo que ya ha sido vivido por estos creyentes, la mayoría convertidos no hace mucho tiempo. El recuerdo se actualiza, se renueva en el presente y se hace confianza para el futuro.

Las bienaventuranzas nacen de la fe y se apoyan en la fe, pero no menos en la experiencia real y concreta de la salvación presente. Son una invitación a recordar y recuperar la alegría, el gozo del momento en que el tesoro fue encontrado (Mt 13,44). ¿Qué nos

pasa, cómo es que el tesoro que tenemos muchas veces no va acompañado de la alegría?

Pablo respondería que «llevamos este tesoro en recipientes de barro» (2 Cor 4,7). Frecuentemente entendemos esto como referido a nuestra fragilidad humana, a la distancia entre los ideales y nuestra realidad. Es cierto que los seres humanos no estamos a la altura de nuestros ideales; pero lo que Pablo quiere decir con esta frase tan conocida es algo distinto: el barro somos nosotros mismos, no por ser frágiles, sino por ser de pobre apariencia. El tesoro que se nos ha confiado, que llevamos en nosotros, no resulta atractivo a primera vista; y, sin embargo, ¡qué maravillas de alegría y felicidad encierra para quienes lo descubren! Porque el tesoro que se nos ha confiado no es aparente; porque su forma exterior es pobre, «de barro», es necesario tomarlo de vez en cuando, como los judíos la Torah, en nuestras manos, y bailar y cantar con él. Acostumbrarnos a amar el barro, descubrir la belleza oculta tras la pobre apariencia que tiene la vida según el evangelio. Quizá no vengan del todo mal aquí los versos de Silvio Rodríguez:

«...debes amar la arcilla que va en tus manos,
debes amar su arena hasta la locura,
y si no, no la emprendas, que será en vano,
sólo el amor alumbra lo que perdura,
sólo el amor convierte en milagro el barro».

Estad alegres, los que visitáis, porque seréis visitados

Más allá de los estereotipos que de él podamos tener, el Pablo histórico tenía, sin duda, una personalidad enormemente atractiva. De ello dan buena cuenta sus viajes y sus éxitos misioneros; el gran número de colaboradores, hombres y mujeres, de que se fue rodeando; el amor y el cariño que, como un padre o una madre, volcaba en las comunidades: «No os escribo estas cosas para avergonzaros, sino más bien para amonestaros como a hijos míos queridos» (1 Cor 4,14-15; cf. 2 Cor 6,13); «¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gal 4,19; cf. Flm 1,10). Estas comunidades le correspondieron frecuentemente con un cariño similar (Gal 4,15).

Un signo de esta preocupación «paternal» por sus comunidades son las visitas que les hacía, bien como un alto en el camino, bien para quedarse un tiempo más largo. Sólo en el caso de Corinto, sabemos al menos de tres visitas (2 Cor 12,14; cf. 1 Cor 16,2.5; 2 Cor 1,15-16.23; etc.). Puede parecer poco, pero en un mundo donde los caminos se recorren a pie o a lomos de animal, con peligrosas travesías en barco, decidirse a visitar a esta o aquella comunidad suponía muchas jornadas de viaje y abundantes riesgos. Quien haya peregrinado a pie a Santiago de Compostela o a otros lugares sabe lo que suponen horas y horas de cansancio para recorrer en un día apenas veinte, treinta o, los más resistentes, cuarenta kilómetros. No se hacía un viaje de este tipo en balde ni por capricho, sino con el firme deseo de encontrarse con otros y de convertir esta visita, como la visita de Dios a Abrahán en Mambré (Gn 18,1-10; Rm 9,9), en una ocasión única de gracia y de amistad (Flp 1,26). Pablo prefiere no ir a Corinto llevando consigo la tristeza (2 Cor 2,1); prefiere prepararse para que el encuentro sea fuente de alegría y oportunidad para el reposo (Rm 15,32; 1 Cor 16,17). No por casualidad el Reino de Dios es alegría y reposo (Rm 14,17; cf. Heb 3,11). No pocas veces sufre Pablo por no poder llevar a cabo la visita deseada o planeada (Rm 1,10.13; 15,22; 1 Cor 4,18-19; Flp 2,24).

Pablo es «apóstol» de Cristo, no sólo porque es enviado por el Señor, sino porque su presencia es representación de Cristo: es Cristo mismo quien se acerca a las comunidades a través de Pablo (Rm 15,29). Y las cartas son «apostólicas» porque son una forma de hacer presente al apóstol ausente (1 Cor 5,3). Las cartas traían consigo la letra, o al menos la firma o el saludo, de quien la enviaba: «mirad con qué letras tan grandes os escribo de mi propio puño» (Gal 6,11-18; cf. Flm 1,19; 1 Cor 16,21).

Podemos decir que muchas de estas comunidades respondieron a Pablo con cariño similar al suyo. En sus cartas vemos que también Pablo se alegra con la visita de sus amigos y discípulos (1 Cor 16,21), quienes en ocasiones le socorren en momentos de mucha angustia. Epafrodito, enviado desde Filipos para asistir y acompañar a Pablo en su cárcel, probablemente en Éfeso, es «apóstol» de la comunidad (Flp 2,25: «apóstol vuestro», dice lite-

ralmente el griego): modo de hacer presente en la cárcel el cariño de toda la iglesia de Filipos.

Hoy hemos ganado en facilidad de comunicación. La frialdad del correo electrónico se compensa con la facilidad para hablar y ver a quien está distante. La comunicación es tan frecuente como, las más de las veces, superficial. «Hay más teléfonos móviles que conversaciones», escribía hace tiempo un articulista. Quizá debamos recuperar el arte y el sentido profundo del visitar. En nuestros ritmos de vida algo acelerados, visitamos poco a los demás; y cuando lo hacemos, ¿en nombre de qué o de quién lo hacemos? Como a Apolo (1 Cor 16,12), Pablo nos insiste en la importancia de visitarnos unos a otros.

Estad alegres, los que mantenéis el Espíritu, porque viviréis de sus frutos

Las bienaventuranzas son un lenguaje del Espíritu; lo cual no significa que sean algo arcano o esotérico, sino que hablan a quien tiene experiencia de Dios e invitan a ella. Se dice con frecuencia, y es verdad, que en las cartas de Pablo es difícil a menudo distinguir cuándo se habla del Espíritu de Dios, es decir, del Espíritu Santo, y cuándo se habla del espíritu del ser humano. Sin poder aquí ir más allá, digamos esto: en muchas ocasiones la palabra «Espíritu» designa el campo de encuentro entre Dios y el ser humano, allí donde el Espíritu Santo se encuentra con el espíritu del hombre o de la mujer.

Hoy es frecuente encontrarse con personas que hablan de un «vacío» en su interior. Hace poco tiempo, dos escritores, Álvaro Mutis y Javier Ruiz Portella, propusieron un «Manifiesto contra la muerte del espíritu». Entre otras cosas, decían: «Lo que nos mueve no es la inquietud ante la muerte de Dios, sino ante la del espíritu: ante la desaparición de ese aliento por el que los hombres se afirman como hombres y no sólo como entidades orgánicas. La inquietud que aquí se expresa es la derivada de ver desvanecerse ese afán gracias al cual los hombres son y no sólo están en el mundo; esa ansia por la que expresan toda su dicha y su angustia, todo su júbilo y su desasosiego, toda su afirmación y su interroga-

ción ante el portento del que ninguna razón podrá nunca dar cuenta: el portento de ser, el milagro de que hombres y cosas sean, existan: estén dotados de sentido y significación».

Pero ¿dónde hallar ese espíritu que es parte de nuestra existencia? ¿Cómo alcanzar esa realidad que imaginamos oculta en las profundidades de nuestro ser? ¿Cómo colmar esa necesidad de sentido y de asombro ante la existencia?

En vano buscaremos en Pablo un viaje al interior de la conciencia humana, un esfuerzo introspectivo hacia esa profundidad del ser humano. Pablo prefiere hablar de lo que brota de un corazón habitado por el Espíritu: «En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Gal 5,22-23). Paradójicamente, sólo lo que mana «de dentro» y llega a los demás «llena» el corazón del ser humano. Ya lo dice el autor de Hechos: que hay más felicidad en dar que en recibir (Hch 20,35). Ejercitarse en la práctica del amor concreto es buen camino para reavivar el Espíritu que nos habita.

Nuestro problema es que, en nuestra actividad, nuestro dar es, casi inevitablemente, búsqueda de nosotros mismos: damos, pero esperamos recibir algo a cambio. Cuando no hay contrapartida, sufrimos, experimentamos frustración y desengaño, sentimos que hemos perdido algo. Sólo el Espíritu del Dios que es puro don, puro amor, es capaz de transformar nuestros frustrados intentos de «salvar nuestra vida» en auténtico perder la vida para salvarla.

Estad alegres, los justificados, porque sois ya parte de la Nueva Creación

La justificación en Pablo es más que un perdón. Dios nos amó «cuando éramos pecadores» (Rm 5,8) y nos justificó con su muerte, sin que de parte del hombre hubiese un gesto previo de arrepentimiento, una «obra» que nos hiciese, si no merecedores, sí al menos predispuestos a ser perdonados. Lo que es destruido en la cruz no es sólo *nuestro* pecado, sino *el* pecado (Rm 8,2-3), su fuerza. Esto hay que explicarlo.

Cuando Dios mira al ser humano, no ve ya al pecador, sino al Hijo que fue obediente hasta la muerte. Dios ve en cada hombre y

en cada mujer la criatura que Él mismo creó y que sueña con convertir en un hijo a imagen de su Hijo Jesús. En cierto modo, el pecado deja de existir, no porque la criatura no peque, sino porque el amor de Dios no se fija en él («si llevas cuenta de los pecados, Señor, ¿quién resistirá?»: Sal 130,3). Si algún dicho de Pablo se acerca en su forma a las bienaventuranzas de Jesús, es precisamente este: «Bienaventurados (felices, alegres) aquellos cuyas maldades fueron perdonadas, y cubiertos sus pecados. Dichoso el hombre a quien el Señor no imputa culpa alguna» (Rm 4,7-8).

Este perdón de Dios no es abstracto, sino histórico. Dios Padre, al entregar a su Hijo a la muerte y resucitarlo, no sólo puso en evidencia que el pecado no es nada comparado con el poder de Dios, sino que inauguró una nueva humanidad, una humanidad reconciliada con Dios, llamada a participar de su misma vida divina. Pablo lo dirá claramente en la Segunda Carta a los Corintios: «Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Cor 5,19). Poco antes, en 2 Cor 5,17, Pablo ha dicho que «quien está en Cristo es una nueva creación». Dios, al justificar, crea algo nuevo, hace del antiguo hombre pecador una criatura nueva.

Algo de esto debió de intuir el autor anónimo, de mediados del siglo XV, de un cuadro que se conserva en la Galería de Arte (*Gemäldegalerie*) de Berlín. El cuadro lleva por título «La decisión de la salvación» (*Der Ratschluss der Erlösung*) y está atribuido al taller de Konrad Witz. En él se muestra a la Trinidad: el Padre invita al Hijo a la encarnación para salvar a la humanidad, mientras le muestra un libro que sostiene entre sus manos. Lo que me impresiona es que en ese librito no hay nada escrito, sus hojas están en blanco. Es quizás el libro donde se narra la historia de la salvación, que está aún por escribir (cf. Ex 32,32-33; Sal 69,29; 139,16; Is 29,11; Ez 2,9). O quizá sea el libro donde se anota la historia humana, donde se anotan las buenas obras y los pecados de los seres humanos (Ez 9,2-4; Dn 12,1; Mal 3,16). En cualquier caso, es un libro en blanco: todo está abierto, todo es posible, todo es nuevo. Cuando Dios se decide a salvar, poco importa el pasado: todo puede ser amado, redimido, transformado en gracia.

El pasado que cada ser humano ha vivido puede funcionar como trampolín para el futuro o como obstáculo en la vida. Si es necesario ser sinceros y contemplar con verdad nuestra vida, no menos necesario es descubrir que su verdad más profunda es el amor de Dios y su proyecto de salvación para el hombre.

La experiencia de san Ignacio puede ayudarnos a comprender esto. A los pocos meses de su conversión en Loyola, Ignacio experimentó una fortísima crisis de escrúpulos, los cuales le hacían volver de forma obsesiva sobre los pecados del pasado, queriendo confesarlos una y otra vez, pensando que en ninguna confesión había sido suficientemente exhaustivo en el pecado y en la culpa. Tan grande era su desesperación que en varias ocasiones le rondó la tentación del suicidio. Su liberación vino de la mano del discernimiento típicamente ignaciano, al caer en la cuenta de que todo aquello, con apariencia de virtud, no hacía sino apartarle del amor a Dios y le llevaba a renunciar a la vida de servicio que había iniciado.

Nuestra historia, la historia de una comunidad, de una parroquia, debe ser leída siempre de modo que ilusione en el camino hacia Dios, que anime a emprender nuevas iniciativas de servicio humilde y generoso.

Estad alegres, los que habéis conocido el amor de Dios, porque sois capaces de amar

Podemos entender esto releyendo el texto de Rm 7,18s. En primer lugar, Pablo habla de un hombre dividido entre su deseo y su actuación: «Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero».

En segundo lugar, este descubrimiento le lleva a pensar que el cuerpo obedece, no a la ley de Dios, sino a la del pecado: «Y si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí. Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta. Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis

miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros».

Y acaba con lo que bien podría llamarse una «malaventuranza paulina»: «¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?».

Éste es uno de los pasajes más famosos de las cartas de Pablo, pero ¡qué mal interpretado!

Este «hombre perdido» del que se habla no es cristiano. Demasiadas veces nos hemos identificado con esta persona. Pero esta persona no somos nosotros. Pablo describe a un hombre dividido entre su querer y su hacer, entre el hombre «interior» y el «exterior». Pero Pablo no está describiendo la realidad de todo ser humano. Pablo se mete en la piel de la persona no redimida, la que no ha conocido el amor de Dios en Cristo, la que no ha llegado a la fe, la que no ha recibido el Espíritu. El «hombre perdido» de Rm 7,18s es quien vive sometido aún a la ley, a una ley que exige, pero que no da la fuerza para cumplir aquello que manda (Gal 3,11-12); a eso le llama Pablo «la maldición de la ley» (Gal 3,13).

El evangelio es otra cosa. El evangelio no tiene otra ley que la del amor (la «ley de Cristo» de la que habla en 1 Cor 9,21 y en Gal 6,2), y sí da la fuerza para cumplirla. El cántico del hombre perdido de Rm 7 se cierra con la gran acción de gracias del que se sabe liberado de la ley, del que se sabe amado más allá de sus obras, y que es «animado» por el Espíritu a entregarse con toda la humildad y generosidad de la que es capaz. Nuestra propensión a identificarnos con el «yo» aún no redimido, nuestra dificultad para aceptar esta irrupción escatológica de la gracia, la expresó bien W.G. Kümmel: «¿Cómo es que nuestro cristianismo se aleja tanto del paulino que, en realidad, nos reconocemos en la imagen paulina del no cristiano?».

Estad alegres, los débiles, porque conocéis la fuerza del evangelio

En 1 Cor 7,21 Pablo pone un ejemplo para explicar que no es necesario cambiar de estado para ser agradable a Dios. El ejemplo, entre otros, es el del esclavo, que en la sociedad de Pablo repre-

sentaba, en término generales, el sector de menos dignidad y consideración social. La interpretación de este pasaje es muy discutida. Algunos traducen: «¿Eras esclavo cuando fuiste llamado? No te preocupes. Y, aunque puedas hacerte libre, aprovecha más bien tu condición de esclavo». Otros prefieren: «¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te preocupes, aunque, si tienes oportunidad de hacerte libre, aprovéchala». Una vía media entre estas dos traducciones sería algo así como: «aunque exista la posibilidad de que algún día seas libre, aprovecha por el momento esta situación».

En cualquier caso, Pablo no está consagrando el inmovilismo social ni bendiciendo el conformismo ante las situaciones injustas. Lo que Pablo quiere decir es que el haber creído en Cristo y haber recibido el Espíritu produce, ya desde ahora, una transformación en la situación del hombre creyente, en su relación con el mundo. La «Nueva Creación» es real, toca la realidad.

El estoicismo de Séneca, Epicteto o Plutarco consiste en soportar la realidad, en buscar la libertad interior a pesar de las circunstancias adversas. Pablo no es estoico. La acción de Dios toca la realidad, la transforma. Pero –y ésta es la paradoja– produce esta transformación desde la debilidad.

El evangelio no es un programa de conquista de derechos ni una propuesta de lucha por la igualdad social o económica. Tampoco se opone a ello: antes bien, la lucha por la justicia y por unas condiciones de vida dignas es una consecuencia del evangelio. Pero su núcleo creyente es que la liberación ya se ha producido. No es la realidad social o política, el puesto de trabajo o el sueldo, lo que determina lo que una persona es y lo que puede o no puede hacer. Esas cosas son sólo decoración, apariencia, en cierto modo engaño (cf. 1 Cor 7,31). La misma propiedad tiene algo de ficción: el cristiano «compra, pero no posee», dirá en 1 Cor 7,30.

Pablo no niega la realidad, sino que pone al ser humano y la acción de Dios por encima de esos condicionamientos. El cristiano no está esclavizado a las circunstancias en las que vive. La obediencia a Dios no depende de la situación en que uno vive, ni la libertad que brota del hecho de ser «Nueva Creación». Podemos mucho más de lo que creemos, de lo que se nos dice o se nos hace creer.

Lejos de una ideología alienante, que lleve a despreocuparse del mundo, el mensaje de Pablo es revolucionario. No se trata de acabar con la pobreza o la debilidad, sino que Dios, paradójicamente, salva desde la pobreza y la debilidad, escoge lo que el mundo desprecia para salvar: «Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza (es decir, con su modo pobre de vivir)» (2 Cor 8,9). El modo sencillo y pobre de vida que caracterizó a Jesús es la riqueza que estamos llamados a descubrir y a vivir (cf. 2 Cor 6,10: «como pobres que enriquecemos a muchos»). El pobre es manifestación de Dios, no sólo en forma negativa (ausencia de valores que consideramos dignos de los hijos de Dios), sino también positiva: la pobreza puede ser signo de Dios en la medida en que se transforma en expresión de libertad y de don.

Estad alegres, los sencillos, porque a vosotros os he elegido

Cuando leemos los primeros capítulos de la Primera Carta a los Corintios, vemos que los cristianos de aquella ciudad, por decirlo de un modo popular, «se han subido a la parra». Algunos están comenzando a formular la fe con lenguajes que a Pablo le resultan excesivamente ilustrados. Algunos tienen experiencias espirituales, como pronunciar durante la oración palabras extrañas e incomprensibles («hablar lenguas»: capítulos 12, 13, 14), en son lenguas propias de ángeles (1 Cor 13,1), que les hacen creerse superiores a los demás y en cierto modo ya salvados.

En aquella época, como aún hoy, las experiencias espirituales podían usarse para lograr un cierto reconocimiento social, una fama o prestigio, un cierto «status». Aún hoy, en algunos lugares, la elección de la vida sacerdotal o religiosa puede ocultar un cierto deseo de promoción social. Más sutil, sin embargo, es el uso de nuestras actividades apostólicas como forma de promocionarnos a nosotros mismos. Tampoco es infrecuente, al escuchar relatos de vocación, notar una tal insistencia en lo mucho a lo que se renunció, que uno se pregunta si en realidad era tanto y si en realidad se renunció a ello.

Pablo dará dos buenas recetas contra el engreimiento. En primer lugar, contemplar la propia realidad con ojos sinceros: «¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es» (1 Cor 1,26-28).

La segunda receta es aún más eficaz: hacerse consciente de que vivimos gracias a otros: «¿qué tienes que no hayas recibido?» (1 Cor 4,7). La gratitud es el mejor antídoto contra la vanidad y el camino más seguro hacia la pobreza de espíritu. Y sin esta pobreza de espíritu, ninguna pobreza material y ningún compromiso con los pobres será pobreza evangélica.

Pero la gratitud debe dar paso a la sorpresa. Volviendo a los corintios, lo más llamativo es que Dios haya elegido, de todos los habitantes de Corinto, a aquellos que parecían menos dotados y dignos de recibir el don del evangelio. Así es como actúa Dios, hablando a través de los sencillos. Que esto no sea excusa para justificar nuestras limitaciones, pero sí motivo para alabar a Dios.

En nuestras parroquias, escuelas y centros de formación, el evangelio prende muchas veces en las personas más sencillas. Esto no es sólo debido a una predisposición mayor a aceptar la Palabra de Dios. Es, en su nivel más profundo, el modo en que Dios mismo actúa y nos habla. ¿Sabemos escuchar a este Dios que se nos acerca a través de estas personas?

Estad alegres, los que respondéis al mal con el bien, porque eso es ser cristiano

Querer a los que te quieren, eso lo hacen los paganos (cf. Mt 5,46-47; Lc 6,33). Querer a los que no buscan nuestro bien, eso ya es más difícil, pero incluso esto pueden hacerlo los paganos. El creyente está invitado todavía a algo más: a alegrarse de sufrir la injusticia (1 Cor 6,7).

Pongo un ejemplo: hace poco tiempo, el que esto escribe se vio, por imprevistos de la vida, en una gran ciudad europea sin

lugar «donde reposar la cabeza». Las llamadas a diversas casas de su orden religiosa no dieron resultado, con la consiguiente indignación de quien se siente mal-tratado, de quien se siente privado de aquello a lo que tiene derecho. En realidad, por más que se luche contra sentimientos de enfado, es difícil vencerlos mientras sigamos convencidos de que se está cometiendo con nosotros una injusticia o un atropello.

Qué actual, al menos en su segunda parte, suena en casos así la invitación a la pobreza de espíritu de san Francisco de Asís: «hay muchos que permanecen constantes en la oración y en los divinos oficios y hacen muchas abstinencias y mortificaciones corporales, pero por sola una palabra que parece ser injuriosa para sus cuerpos o por cualquier cosa que se les quite, se escandalizan y enseguida se alteran. Estos tales no son pobres de espíritu».

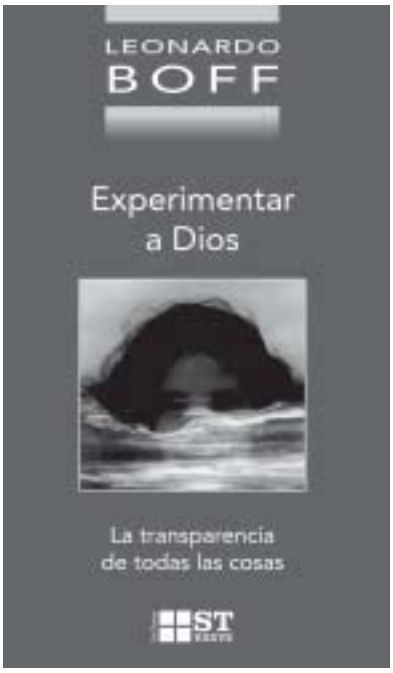
Y aún más conmovedor es recordar en esas circunstancias aquella invitación del Poverello al hermano León: «Escribe –le dijo– cuál es la verdadera alegría: [...] vuelvo de Perusa y, ya de noche avanzada, llego aquí; es tiempo de invierno, todo está embarrado, y el frío es tan grande que en los bordes de la túnica se forman carámbanos de agua fría congelada, que hacen heridas en las piernas hasta brotar sangre de las mismas. Y todo embarrado, helado y aterido, me llego a la puerta; y, después de estar un buen rato tocando y llamando, acude el hermano [..] y dice: "Largo de aquí. No es hora decente para andar de camino. Aquí no entras [...]". Te digo: si he tenido paciencia y no he perdido la calma, en esto está la verdadera alegría, y también la verdadera virtud y el bien del alma».

Quién así sufre la injusticia no sólo perdona, sino que está devolviendo bien por bien. Para quien tiene un alto concepto de sí mismo, para quien su identidad, su «yo», está ligado a sus derechos, a sus posesiones, a sus saberes, cualquier merma en ellos es vista como una agresión de la que hay que defenderse o, como mucho, hay que soportar. Para quien su «yo» está identificado con el Cristo pobre y humilde, el crucificado en el que creemos, las asperezas, persecuciones e injusticias, son ocasión para despojarse de lo que le sobra y alegrarse de poder vivir más plenamente el salmo 16: «yo digo al Señor, tú eres mi bien / me ha tocado un lote hermoso / me encanta mi heredad».

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Para encontrarnos con el Dios vivo y verdadero a quien poder entregar el corazón necesitamos negar a aquel Dios construido por el imaginario religioso y atrapado en las redes de la doctrina. Después de habernos sumergido en Dios y haber sentido cómo nace de dentro mismo de nuestro corazón, podremos libremente reasumir las imágenes y las doctrinas, las cuales, una vez desprendidas de su pretensión de definir a Dios, se transfiguran en metáforas con las que nos acercamos al Misterio para no resultar abrasados por éste.

Experimentar a Dios no es pensar sobre Dios, sino sentir a Dios con todo nuestro ser. Experimentar a Dios no es tampoco hablar de Dios a los demás, sino hablar a Dios junto con los demás. Aun sin un nombre adecuado, Dios arde en nuestro corazón e ilumina nuestra vida. Entonces no necesitamos ya creer en Dios. Simplemente, sabemos de su existencia porque lo experimentamos.

160 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 7,50 €**

ST 90 (2002) 963-976

LOS LIBROS

Recensiones

RAHNER, Karl, *Escritos de teología III,* Cristiandad, Madrid 2002[4], 414 pp.

En pocos años (entre 1961 y 1968) este tercer volumen de los Escritos de Karl Rahner hubo de reimprimirse por tres veces; Cristiandad nos ofrece ahora esta cuarta y cuidada edición, que comprende veinticinco artículos referidos a «cuanto con-cierne a la vida del cristiano». Al recorrer los títulos y evocar el eco que su primera y atenta lectura dejó en mí, los vinculo espontáneamente con el ámbito de la espiritualidad, pero teniendo en cuenta que Rahner convirtió ésta en una dimensión interna y muy importante de la misma dogmática.

Estas colaboraciones se extienden en un arco de más de veinte años, y asombra que la primera de ellas fundamente, ya en 1934, la *confesión frecuente por devoción* en la conveniencia de dar visibilidad histórica y así mayor autenticidad a la contrición interior; a ese mismo decenio pertenece el artículo muy sintomático sobre la mística ignaciana de la alegría del mundo, que se mueve en la dialéctica afirmación/fuga mundi, y que ha de completarse con uno de los últimos de este periodo, el importantísimo sobre la *Eterna significación de la Humanidad de Jesús para nuestra relación con Dios,* aparecido en 1956 y en el que la dialéctica mencionada es sustituida por un progreso espiritual en tres etapas: retirada del mundo como desprendimiento, retorno a él en misión y, sobre todo, encuentro de Dios *en* el mundo, y del mundo *en* Dios; todo ello enunciado con un calado existencial... rahneriano que provoca la incorporación subyugada a lo que el lenguaje nos presenta; esto, amén de la importancia de lo que señala el mismo título del artículo, que fue ocasión de otro –excelente– del P. Juan Alfaro. Este mundo, el nuestro transformado, seguirá siendo importante para Dios y para nosotros para siempre.

En la misma línea, y constituido ya Rahner con más claridad en centinela del mundo que sobrevenía, se sitúan las tres colaboraciones finales de este volumen, de los años cincuenta; son muestras de una reflexión atenta sobre lo que después llamaríamos «mundo secularizado» y sobre la posibilidad de que una sobria fidelidad a sus quehaceres suponga verdadera unión con Dios.

Destaquemos también *Sobre la buena intención,* alertando en el sentido de que ésta no sea tenida como mera formulación de un pensamiento, sino como verdadera tendencia y propósito que es preciso despertar y mantener, pese al desgaste del tiempo. En otras contribuciones el «corazón» de Jesús deja de ser un señuelo piadoso que, como tal, provocaba ya en muchos más reticencia que atractivo, para convertirse en palabra-primigenia, evocadora del centro de la persona humano-divina del Señor.

Entre los artículos más estrictamente dogmáticos, pero dentro de la conversión antropológico-trascendental rahneriana (y, por tanto, no exactamente antropocéntrica), mencionemos el dedicado a la teología de la celebración de la Navidad y el referido a la Inmaculada Concepción de María.

José R. García-Murga

CHATELARD, Antoine, *Carlos de Foucauld. El camino de Tamanrasset,* San Pablo, Madrid 2003, 342 pp.

Existen bastantes biografías de Carlos de Foucauld (CF), pero de todas las que he leído ésta me ha parecido, indudablemente, la mejor. Su origen está en un curso dado por el autor a la «Fraternidad CF» y posteriormente completado y publicado. Su novedad consiste en que no ofrece primero una visión de conjunto del personaje para trazar después su itinerario espiritual, sino que, ciñéndose a momentos concretos de su vida, va situando las circunstancias en los pormenores de los acontecimientos para tratar de encontrar las verdaderas motivaciones de este hombre absolutamente excepcional, que se definió a sí mismo como *«un viejo pecador que al día siguiente de su conversión fue atraído muy poderosamente por Jesús a vivir la vida oculta de Nazaret».*

La admiración y el afecto no disimulados que le suscita su figura no oscurecen la lucidez crítica del autor, que va desmontando muchos de los tópicos que circulan sobre él, y no es tarea fácil la de escudriñar los repliegues del alma de un personaje tan aureolado e idealizado y propuesto como un modelo a imitar, entrar en los detalles de su vida y observar de cerca el comportamiento y las pequeñas facetas de un gran hombre: «había que raspar el revestimiento de yeso que ocultaba el original, aun a riesgo de dar la impresión de desarmar la estatua» (p. 9). Pero el método permite ir descubriendo en cada una de las etapas recorridas y analizadas una nueva dimensión de humanidad y de santidad.

Dos capítulos me han parecido especialmente interesantes: «Las tentaciones de Nazaret» y «La fuerza de la debilidad», así como otro aspecto atrayente, aunque secundario, del libro: la aproximación a la personalidad del P. Huvelin, director espiritual de CF, que se revela a través de sus cartas como un auténtico experto en discernimiento, don especialmente necesario para acompañar la compleja trayectoria

de alguien que, en palabras de Jean Guitton, «nunca cesó de nacer» y que, aun en aparente zig-zag, hizo siempre honor a su divisa familiar: «Nunca hacia atrás». Desistiendo de obtener de su dirigido docilidad y paciencia, llegará a reconocer: «Algo más fuerte que él lo empuja. Sólo tengo que admirarlo y quererlo» (p. 115)

Quizá sea eso lo que nos ocurre al terminar de leer la biografía de una de las personalidades más originales y significativas de los comienzos del siglo XX y que ha alcanzado merecidamente una enorme repercusión eclesial.

Dolores Aleixandre

O' COLLINS, Gerald, *La Encarnación,* Sal Terrae, Santander 2003, 157 pp.

En la teología contextual, mientras algunos teólogos (Bevans, Padilla) hacen énfasis en la encarnación como misterio fontal que inspira la interrelación de la Buena Noticia con distintos contextos, otro (Amaladoss), en cambio, parece dudar de que la encarnación sea el modelo idóneo a utilizar para comprender el proceso del encuentro entre Evangelio y cultura. Una disparidad como esta puede deberse a distintos énfasis en uno u otro aspecto de la encarnación. Éste sería un buen ejemplo que nos permite dirigir la propia atención sobre este misterio exclusivamente cristiano. El libro de Gerald O'Collins puede ayudar a clarificarlo.

Gerald O'Collins, jesuita australiano y actual profesor emérito en la Universidad Gregoriana de Roma, ha querido recoger en un libro de lectura asequible uno de los misterios centrales de la fe cristiana.

Gerald O'Collins parece hacer suya una inquietud muy propia de la Cristología descendente, a saber, hacer creíble: a) la relación entre la *preexistencia* de Cristo (Jn 1,1-5; 6,38.51; 8,58...), su *venida* al mundo (Heb 10,4) y su *abajamiento* desde lo divino (Flp 2,6-9; Jn 3,13); b) la unidad Encarnación/Misterio Pascual/Salvación; y c) la doble naturaleza divina y humana y su unión en la persona de Cristo. O'Collins es consciente de la dificultad que el cristiano encontraría hoy para hacerse entender al exponer el misterio de la encarnación.

Toda la obra es un intento de hacer creíble la encarnación a hombres y mujeres del siglo XXI sin maltratar el misterio. En la página 59 hace toda una declaración de humildad: «No es que debamos abrigar la esperanza de poder establecer positivamente la coherencia interna de la encarnación. Sigue siendo un misterio religioso central, algo que creemos apoyados en razones justificadas, pero que no podemos esperar nunca comprender o entender plenamente».

El libro cuenta con un comienzo terminológico bueno y claro, distinguiendo las diferentes acepciones («uso extendido») que se han dado del vocablo «encarnación»; acepciones reflejadas en los escritos de filósofos, de literatos,

del teólogo John Hick y del hinduismo. Con ello, lo que O'Collins pretende es delimitar la acepción cristiana («sentido primario») del vocablo «encarnación» que haga justicia al texto revelado. Esta tarea ayuda al lector a ir enmarcando teológicamente la encarnación. Pero esta delimitación terminológica no sólo la hace con el término «encarnación», sino también con otros términos teológicos tales como «preexistencia» («visión atenuada», «excesos maximalistas», acepción cristiana), el «auto-vaciamiento» («auto-limitación»), -«persona», «naturaleza», etc.

Otro recurso constante del autor que celebrará el lector es el modo de afrontar los temas: O'Collins accede a cada uno de los aspectos del misterio de la encarnación a través de un muestrario de preguntas que ayudan al lector a hacerse cargo de las implicaciones que tienen las afirmaciones en torno a la encarnación. Para quien quiera asomarse a este misterio, el libro de O'Collins es un estupendo ejemplar.

Ignacio Cervera

CENTRO DI STUDI SULL'ECUMENISMO, *Cien preguntas sobre el Islam. Una entrevista a Samir Khalil Samir realizada por G. Paolucci y C. Eid,* Encuentro, Madrid 2003, 224 pp.

La presente obra –entrevista realizada por dos periodistas al jesuita egipcio Samir Khalil Samir, experto en el Islam, profesor en el Líbano y en otros centros de Europa– es una exposición somera tanto de esta religión como de la influencia que tiene y tendrá en nuestros contextos europeos. El público al que va dirigida, el lector de la calle, no tiene dificultad alguna para su comprensión. Además, se propone un diálogo para quien quiera conocer la religión revelada por Mahoma.

La estructura es similar en las cinco partes que componen el libro, comenzando por una exposición sucinta de la cuestión a tratar para, seguidamente, responder a las cuestiones más actuales que se plantean, combinando la información y la exposición junto a la reflexión que suscita el debate.

La primera parte se centra las cuestiones doctrinales y en los fundamentos: quién es Mahoma y cuáles son sus circunstancias; cómo se desarrolló la predicación en los primeros tiempos del Islam; la confección del Corán y su comprensión; qué teología desarrolla; su escatología; las bases de la religión; la moral inherente a la vida religiosa; la estrecha unión entre religión y estado; en definitiva, en qué consiste la fe. Termina cuestionando los interrogantes acerca de la comprensión y posible interpretación del Corán, la política desarrollada por Mahoma, los comienzos violentos, la normatividad omnipresente, el carácter de religión pública.

La siguiente parte, «¿Puede cambiar el Islam?», muestra un Corán cerrado, donde la interpretación no tiene cabida, se echa en falta una autoridad que guíe en su

divulgación y armonización, se detecta una ambigüedad en la relación con otras religiones y se esgrime un argumento de autoridad superior a la razón, lo cual lleva a discrepancias tanto dentro como fuera de la comunidad musulmana. Termina este capítulo planteándose el protagonismo social del creyente islámico, que es el único que posee derechos.

En el «Desafío de los derechos» aparece la relación entre hombre y mujer, así como las consecuencias del abandono del Islam y la significación de nacer en tierra musulmana. Los interrogantes son acerca de los derechos de los miembros de otras religiones que viven en un país árabe y los conflictos que tienen especialmente las mujeres con una cultura superior.

La cuarta parte se pregunta cómo se puede llegar a una adecuada adaptación del Islam en los países occidentales, dando abundantes ejemplos de los conflictos que se han generado en materia de vestimenta, práctica religiosa en la vía pública, automarginación de comunidades musulmanas convirtiéndose en guetos, la misma diversidad en los creyentes que hace difícil saber con quién dialogar, incompatibilidad del trabajo con el rezo de los viernes, y todo lo concerniente al matrimonio (cuando son mixtos, dificultad de la poligamia, custodia de los hijos en caso de separación, el repudio, la compatibilización entre las leyes religiosas coránicas y las civiles de nuestros países europeos...). Esta parte despierta mucho interés, porque nos afecta.

En la última parte, «El Islam y el cristianismo: el encuentro inevitable, el diálogo posible», se hace un breve repaso de cómo ve el Corán a Jesús de Nazaret, así como las diferencias doctrinales que se generan, poniendo en solfa más lo que lo separa que lo que lo une al cristianismo: la divinidad de Cristo. Los evangelios son distintos de la imagen que de él se encuentra en el Corán; por ello todo es diferente.

El estilo de preguntas y respuestas le da una agilidad que permite una lectura amena, acompañada, por ende, de numerosos ejemplos. Sólo una objeción a la brillante exposición, tanto en su parte descriptiva como en lo referente a las conclusiones que se derivan: a veces estamos ante un panegírico de la religión cristiana, donde las incertezas del Islam son resaltadas para una crítica a todos los niveles, desde el dogmático hasta la inculturación en nuestros días, pasando por ciertos comentarios sobre el fundador. Creemos que falta un defensor que contrapese la parte de opinión muy contraria a los musulmanes.

Es una obra de obligada lectura, pues ofrece, convence y despierta el interés y la reflexión ante el fenómeno imparable de la mayor religión del mundo (si separamos católicos de protestantes).

Eduardo López Aranguren

DURRWELL, Francis Xavier, *Cristo nuestra Pascua*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, 182 pp.

Las obras de Durrwell testifican su emplazamiento en la renovación teológica del siglo XX frente a lo que él denomina pensamiento «juridicista». A sus 89 años ha querido ofrecer estas páginas como «la ofrenda de la tarde», unificando elementos ya presentes en anteriores escritos. Su centro siempre ha sido el grito confesante de la Resurrección.

El Mesías esperado aparece en la humilde persona de Jesús constituido Señor en la Pascua por el poder del Espíritu. El que ha vivido entre los hombres como el Hijo irradiando la Paternidad de Dios, se convierte en contenido del *kerygma* desde los primeros cristianos. Para Durrwell, todo este misterio se concentra en su «generación» del Padre. Su vida humana y divina es continua acogida del don que hace el Padre de sí mismo y de su estrecha unidad por el Espíritu Santo. La plenitud de esta actitud es la Cruz.

El que todo sea «por nosotros» ofrece a Durrwell la posibilidad de entender correctamente a Jesús como redentor. La salvación se sitúa en la participación «en Él» de su «nacimiento». Nueva humanidad abierta gratuitamente desde el perdón solidario del Santo encarnado. Durrwell percibe en las palabras de Jesús en la Cruz la gran oración intercesora: el Hijo se despoja totalmente para que los hijos de Dios dispersos reciban el Don en su totalidad. En ese lugar y tiempo se concentra toda la historia humana y se expande hacia la espera del Señor que viene. Por el Espíritu de Jesús, Dios «viene», se dona y une a los convocados por la Cruz como «Cuerpo de Cristo».

Escatología y eclesiología dan paso al estudio de la vida cristiana asentada en las virtudes teologales, como pórtico de una ética «pascual» en pugna por una libertad que ya ha sido conquistada por el amor de Cristo. Su afirmación central: reestructuración al servicio de las relaciones entre las personas y con Dios desde la libertad caritativa. En la dimensión comunitaria, el quehacer siempre humano de la Iglesia sólo puede ser la *diakonía.* Enviado por Aquel que «ha venido a servir», su horizonte propio es la *parusía:* ser testimonio y la realidad sacramental, visible y audible del Señor que viene.

La plenitud acaecida en Cristo se vuelve a su origen y término. La creación por Cristo y para él (Col 1). Y el juicio final ya pronunciado en la Pascua. La persona carece de origen y de final en sí misma. Ambos puntos de inflexión son intensamente relacionales: el Padre crea en relación al Hijo y le constituye Mediador de una visión «cara a cara» entre el hombre y Dios.

La undécima y última parte está dedicada a la acción y la profundidad de Dios: el Espíritu Santo. Un pequeño estudio teológico sobre el Espíritu de paternidad y de filiación, el Amor entre las Personas de la Trinidad.

José Fernando Juan

DE LEÓN LASTRA, Juan José, *Seis días para repensar la vida,* San Esteban, Salamanca 2003, 154 pp.

En muchos momentos de nuestra vida tenemos la sensación de no ser nosotros quienes la vivimos, sino que ella pasa por nuestro lado mientras estamos a otra cosa. Por eso, libros como éste son siempre de interés. Para el autor, el único modo de conseguir ser dueños de nuestra vida es dedicando un tiempo y un espacio a «repensarla»; sólo así se consigue una distancia crítica del quehacer diario. Lo importante de esta obra es que sirve como guía para orientarnos en unos días de retiro, ya que uno puede tener muchas ideas en la cabeza y muchos sentimientos revueltos, y los días que se tienen de retiro suelen ser pocos; por eso una guía como ésta pone orden y estructura las ideas básicas de la espiritualidad cristiana para recomponer nuestra vida. Para ello va a ser necesario confrontarnos con la palabra de Dios, orar más intensamente y llegar a la densidad de lo cotidiano.

Especial atención dedica al seguimiento de Jesús a través del evangelio de Marcos. Del encuentro con el Dios de Jesús surge una espiritualidad que concreta en las bienaventuranzas, la eucaristía, la lucha por la causa de Jesús y la asunción de su destino, y, por último, la espiritualidad de comunión, que representa la esencia de la espiritualidad cristiana.

Estamos seguros de que la meditación de este libro en un retiro de seis días nos permitirá salir con una mirada renovada sobre nuestra vida; pero, como nos recuerda de forma realista el autor, eso no significa que perdamos nuestras debilidades y limitaciones. Lo importante será no perder la esperanza ni creerse autosuficientes.

Juan Pedro Alcaraz

DUPUIS, Jacques, *El cristianismo y las religiones. Del desencuentro al diálogo,* Sal Terrae, Santander 2002, 360 pp.

Un teólogo pionero, que explora caminos nuevos tratando de repensar la teología para establecer un diálogo entre la fe cristiana y las otras tradiciones religiosas. Así define L. Sartori a Dupuis en su prólogo al libro. Buen conocedor de la historia de la teología, enmarca la obra de Dupuis en el contexto eclesial y social que condiciona su reflexión teológica. Una buena ayuda para adentrarse en el trabajo del jesuita belga.

El mismo Dupuis aclara en la introducción que estamos ante un libro destinado a un público más amplio que su anterior obra *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso.* Aligerada de notas y con una notable reducción de su extensión, esta nueva obra permite una aproximación a la problemática que tiene planteada la teología cristiana en el encuentro con las otras tradiciones religiosas.

Como recuerda Sartori en el prólogo, la historia de la teología da buenos ejemplos de fracturas en lo que parecía una teología definitiva, que abrieron nuevos horizontes de avance teológico. Así sucedió con la conciliación del dogma trinitario con el monoteísmo, y así aconteció igualmente con la teología ecuménica, donde lo que parecía un campo cerrado e intransitable para la teología católica encontró, con la eclesiología conciliar, nuevos y fructíferos caminos por los que discurrir, al comprender que ni la plenitud excluye la participación y la gradualidad, ni la escatología excluye el anticipo en el tiempo. A un avance similar en el campo interreligioso quieren contribuir reflexiones como las del libro que presentamos. Y es que el giro que supuso el movimiento ecuménico en la teología cristiana sirve a Dupuis como base para afirmar la posibilidad de superación del aparente aporismo en que ha caído la teología cristiana del diálogo interreligioso. Una solución que pasa, a su juicio, por una reconversión de lo que ha sido interpretado como paradigmas contradictorios –cristocentrismo, teocentrismo, reinocentrismo, etc.– en modelos complementarios. Su búsqueda se define así como un «pluralismo inclusivo».

Dupuis analiza cómo la Iglesia apostólica, superando la tentación de una visión exclusivista, se vio impulsada, a partir del acontecimiento de la resurrección, «a descubrir el significado universal del acontecimiento Jesucristo» (p. 59), y propone una superación de las interpretaciones exclusivistas de los textos neotestamentarios mediante una lectura afirmativa. La tensión existente entre el sí y el no a las religiones que se observa en el NT debe interpretarse desde la resurrección de Cristo, acontecimiento salvador que alcanza a toda la humanidad. A partir de esta lectura afirmativa interpreta textos como el discurso del Areópago o la predicación de Pedro a Cornelio.

Situándose en una perspectiva contextual, Dupuis lleva a cabo una teología hermenéutica, que parte del actual contexto de un «mundo multiétnico, multicultural y multirreligioso» (p. 25). Interpretar el dato revelado desde el contexto de la realidad actual es el objetivo que orienta toda su obra, y uno de sus aciertos. Porque, como él mismo indica, no se trata únicamente de un nuevo tema teológico –el diálogo interreligioso–, sino de un nuevo modo de hacer teología en un contexto interreligioso. Siguiendo el método inductivo, toma como «acto primero» una «praxis seria del diálogo interreligioso y un tomar en serio la experiencia religiosa encontrada personalmente en la vida de los "otros" con los que se entra en contacto a través de tal diálogo interreligioso» (p. 27). Reaccionando así contra un método puramente deductivo, que extrae afirmaciones de la Escritura para aplicarlas a las otras tradiciones religiosas, Dupuis se muestra tajante en la metodología que debe seguir toda aproximación teológica al diálogo interreligioso: «la prioridad corresponde a la praxis del diálogo interreligioso como fundamento imprescindible de un diálogo teológico» (p. 30).

El análisis que efectúa del debate postconciliar muestra, por un lado, el avance que se ha producido con respecto a los textos conciliares, pero refleja, por otro, las dificultades que en el ámbito cristológico ha planteado tal debate.

Una obra que permite al lector conocer los planteamientos actuales de la teología cristiana del diálogo interreligioso y que constituye un buen exponente la evolución en el pensamiento de Dupuis desde el «cristocentrismo teocéntrico», reflejado en *Jesucristo al encuentro de las religiones,* hasta su propuesta de una «cristología trinitaria y pneumática».

Carmen Márquez

GRÜN, Anselm, *El libro del arte de vivir,* Sal Terrae, Santander 2003, 296 pp.

Estamos ante una obra que ofrece al lector un breve recorrido por las distintas situaciones que configuran la existencia humana y de cuya vivencia plena depende en gran medida la experiencia profunda de la felicidad.

Tras una breve introducción que se centra en el contenido de la metáfora «vida en plenitud», el libro se divide en nueve capítulos. Cada uno de ellos trata de iluminar un aspecto de la realidad cotidiana explorando dónde se encuentran las raíces psicológicas y espirituales que permiten la experiencia de la dicha o de la desgracia ante cada acontecimiento que vivimos. La «esencia de la felicidad» la sitúa el autor dentro de cada uno/a, no fuera: en la capacidad de ser uno/a mismo/a. A ello dedica el primer capítulo. Desde ahí, aborda en los siete siguientes diferentes aspectos de la vida (la concepción del tiempo, el modo de vivir el trabajo, las relaciones con los demás, la amistad, el amor, las crisis, el deseo) y en el último lanza una invitación: «Vive, y que no vivan otros por ti». Con ella resume de alguna manera una idea central que subyace en todos los capítulos anteriores.

El modo que Anselm Grün tiene de tratar cada tema consiste en desglosarlo en varios apartados breves (una o dos páginas) y hacer una aproximación más reflexiva que analítica, más intuitiva que conceptual, más sugerente que especulativa. El «arte de vivir» se va asomando, de esta manera, a través de pequeñas pinceladas que dibujan en su conjunto un modo concreto de situarse ante la realidad y de entrar a fondo en ella, y cómo esto repercute en lo que hacemos cotidianamente.

Las diferentes reflexiones aparecen iluminadas con citas procedentes de la tradición religiosa benedictina, a la cual pertenece el autor, de la bíblico-sapiencial y de otras tradiciones religiosas orientales. En varias ocasiones el autor alude también a su propia experiencia personal y de acompañante, intentando en todo momento una integración de diferentes elementos psicológicos y espirituales, sin olvi-

dar que tanto unos como otros se reflejan en todo aquello que vivimos.

Se trata en su conjunto de una obra de fácil lectura, cuyo valor principal radica en el intento de ofrecer claves para poder descubrir en cada acontecimiento una oportunidad de crecimiento personal, de encuentro con lo más profundo de nosotros/as mismos/as y de apertura hacia una vida más plena. El carácter mistagógico del libro invita a una lectura reposada tratando de acoger lo que se ofrece como sugerencia, luz, invitación. «Si vivir es un arte, todos podemos aprenderlo». Anselm Grün apunta hacia el aprendizaje de la felicidad y para ello invita en este libro a adentrase paso a paso en la vida, con toda su riqueza.

Ana Rodríguez Laiz

G. Barbosa, Adérito, *Jóvenes con v@lores,* Paulinas, Madrid 2002, 286 pp.

Adérito G. Barbosa, especialista teórico y práctico en Pastoral Juvenil, pone a disposición de educadores y acompañantes de grupos de jóvenes una propuesta de formación en valores desde la fe. Los de este «gremio» –que cada vez lo tiene más difícil, dado el clima social y religioso que respiramos– agradecemos siempre que otros compartan sus búsquedas y sus hallazgos, sus planteamientos teóricos y prácticos... y sus materiales.

El autor ha elaborado un itinerario de formación en doce bloques, recorriendo temas como la gratuidad, el perdón, la construcción personal, la fe, la felicidad, el voluntariado o la responsabilidad, desde una perspectiva creyente: es la experiencia de Dios y el encuentro con él la fuente de los valores en este libro, lo que mueve a la opción personal por unas formas de estar en la vida y al compromiso con ellas como tarea diaria. Dios, que no negocia su amor, es quien nos invita a hacernos gratuidad (Tema 2); descubrir quiénes somos ante sus ojos nos reclama para desplegar nuestra riqueza y ser plenamente quienes somos (Tema 7); la aparente ausencia de Dios en nuestro mundo y el compromiso de Jesús de Nazaret animan a vivir profunda y comprometidamente nuestra fe (Tema 8); la reflexión sobre la persona humana como ser social y ser dotado de libertad fundamenta la responsabilidad y el compromiso con los otros (Temas 11 y 12).

Cada uno de los doce bloques está programado para tres encuentros: el primero es más temático, de contenido y profundización. Se presentan materiales de lectura y reflexión y algunas indicaciones para el desarrollo del tema. El segundo es un encuentro de oración o celebración de la Palabra, que incluye diferentes lenguajes (audiciones, audiovisuales, expresión corporal, gran cuidado de la ambientación). El grupo «Tecla 2002» (Madrid) ha adaptado a nuestro contexto estas celebraciones y nos indica la procedencia de los diversos materiales audiovisuales que utilizan y dónde

encontrarlos. Se da una gran importancia a este segundo encuentro, pues *«la experiencia fuerte de una celebración posibilita la vuelta a la reflexión, profundización e interiorización del planteamiento global»,* nos dicen. En el tercer encuentro se trabaja a través de una «parábola». Como culminación del tema, pretende interpelar la vida, concretar y mover al compromiso personal. Los valores se aprenden en lo cotidiano y se viven en lo cotidiano, dice el autor en la introducción. Él mismo resume así el método que propone: *«Nuestra pedagogía es progresiva, creativa y participativa: planteamiento global (mensaje); celebración (encuentro con Dios y con las personas) y parábola (adhesión y compromiso)».*

Los materiales y las ideas son abundantes. Ahora bien, es importante tener en cuenta que los contenidos y los lenguajes son elevados, tanto en lo que se refiere a la experiencia de fe como a los análisis sociológicos y antropológicos que se proponen como punto de partida para la reflexión. Resultan en algunos momentos poco experienciales y más intelectuales, y parecen indicados para grupos con cierta madurez, recorrido y compromiso, más que para lo que normalmente entendemos como «grupos juveniles», que quizá necesitan un enfoque más inductivo, que parta de experiencias concretas y ayuden a hacerse preguntas y a responderlas personalmente en compañía de otros.

José Fernando Juan

LÓPEZ LEÓN, M. Luisa – VALLEJO CALZADA, Pablo, *«Páginas vocacionales»,* Paulinas, Madrid 2003, 118 pp.

Estos dos autores provocan con este libro una fuerte mirada vocacional sobre la vida cristiana. El carácter eminentemente práctico de estas páginas se estructura en trece capítulos, cada uno de ellos centrado por un texto de la Escritura y un testigo en quien dicho texto se ha hecho carne, con los ojos fijos en quien es la Palabra, Jesús de Nazaret. Cada una de sus partes recorre este camino de manera vital a través de un proceso: interiorización, reflexión y oración personal que finaliza con un salmo. Así nos da a entender que toda vocación sincera y discernida nace de Dios como llamada gratuita dentro de la historia de salvación; pero, como todo don, requiere la tarea de acogerlo con medios humanos hasta que se sella en una vida transformada y santificada.

En la reflexión pastoral aparece con frecuencia la queja siempre persistente de la falta de testigos, de la escasez de personas que sean reflejo del Amor entre los pobres, los marginados, los niños, y en su vida de oración. Sin embargo, la Iglesia ha guardado siempre memoria viva, «páginas vocacionales» que no cesan de entonar cantos impresionantes porque han encontrado al Padre: «Sólo Dios basta», de Teresa de Jesús; «Mi vocación es el amor», de Teresa de Lisieux; «Para servir a los pobres», de Teresa de Calcuta; algo que sin duda también proclamaron con su

pasos Francisco Javier o Francisco de Asís. Cada pequeña unidad del libro no se excede en datos ni en grandes reflexiones, sino que intenta ser instrumento válido del Espíritu, que «no se sabe de dónde viene ni adónde va», y alcanza así el ser reflejo de la sencillez propia de los pequeños. Sin duda llega a lo fundamental con profundidad, para facilitar el encuentro con Aquel que cautivó el corazón de Agustín hasta arrancarle de su pluma: «¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!».

El camino de interiorización de cada parte arroja luz sobre el texto bíblico con un comentario medido y claro. Incide sobre lo cotidiano en sus expresiones y en la parte más existencial de la reflexión por medio de preguntas abiertas. Los temas tratados, además de reflejar las inquietudes y los miedos de quien comienza a tomar conciencia de que Dios le está llamando aunque no sepa muy bien dónde o cómo responder, son propios de quienes «ya» han discernido su vocación. Procura acercarse al «hacia dónde», al «propio letargo», a las «ataduras», no sólo dándolos a conocer, sino moviendo y estimulando la libertad, la escucha, la decisión, la búsqueda de respuestas. La oración viene entonces a recoger todo el proceso para confiarlo en las manos del Padre, «Señor que está en el centro y en lo hondo» de toda entrega generosa y desmedida. Y cada momento concluye con la esperanza de ver lo anunciado y prometido en aquellos que «se han dejado invitar por Dios».

El libro ofrece además tres anexos: Jesús y los jóvenes; unos apuntes para un retiro vocacional; y una breve colección de textos en forma de plegarias.

José Fernando Juan

GUARDINI, Romano, *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo,* Cristiandad, Madrid 2002, 360 pp.

La colección «Obras Selectas y Homenajes» publica este ensayo, escrito por Guardini en 1929, ofreciendo a los lectores de hoy la posibilidad de encontrarse con un clásico de la teología católica más reciente.

El libro se estructura en dos partes claramente definidas por sus temas y contenidos. En la primera de ellas, el autor se pregunta por la especificidad de lo cristiano y expone algunas de las respuestas que desde distintas comprensiones se han ido dando, hasta llegar a formular la tesis central: la esencia del cristianismo queda constituida por la persona misma de Jesús de Nazaret, su existencia, sus obras y su destino concreto. Es precisamente esta vinculación con un hombre determinado la que singulariza y dota al cristianismo de un sentido paradójico y «escandaloso» frente a otras religiones.

A través de un recorrido por diversos pasajes del Nuevo Testamento, el lector va siendo conducido al reconocimiento de Jesús co-

mo criterio y norma de la existencia cristiana.

El «por mí» de las Bienaventuranzas del Evangelio de Mateo se nos va revelando como fundamento del comportamiento religioso, de modo que seguir el camino cristiano supone penetrar en la vida y la acción de Jesús y quedar en Él afectado y seducido. Su seguimiento, más que de naturaleza ética, es fruto de una decisión amorosa

En la segunda parte se abordan aspectos de tipo ético y se cuestionan los planteamientos de una doctrina moral que ha quedado reducida a *doctrina de lo prohibido.*

El autor expone algunas pinceladas a propósito de la crisis del concepto de *virtud* y se propone recuperar su contenido original, ya que una autentica virtud representa *una mirada a través de toda la existencia del hombre, y en ella un valor moral se convierte en dominante que unifica la abundancia vital de la personalidad.*

Con un lenguaje claro y sobrio vamos adentrándonos a lo largo de cada uno de los capítulos en dieciséis virtudes que urge recuperar : la veracidad, la aceptación, la paciencia, la justicia, el respeto, la fidelidad, la falta de intenciones, el ascetismo, el ánimo, la bondad, la comprensión, la cortesía, la gratitud, el altruismo, la concentración y el silencio.

Libro recomendado para quienes no se conforman con «ir de paso por las cosas», sino que pretenden vivir «haciendo hoyo» en ellas; para quienes buscan vivir *ejercitando el ánimo, la confianza hacia el propio porvenir, para actuar, para construir, para entrar en vinculaciones (...);* para quienes entienden que *vivir significa avanzar por lo desconocido (...) y cada cual ha de jugarse el todo por el todo a que lo que se le presenta no es ningún caos (...), porque el poder ordenador que hay en el propio interior abrirá un camino, de tal modo que en definitiva llegue a su propio futuro.*

María José Torres

ST 90 (2002) 977-986

ÍNDICE GENERAL

TOMO 91 / 2003

1. ÍNDICE GENERAL POR AUTORES

AGUIRRE, R., *Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados,* febrero, 153-163.
ALEIXANDRE, D., *Cómo me gustaría envejecer,* octubre, 717-734.
— *Tres narraciones en torno a las bienaventuranzas,* noviembre, 863-870.
ALONSO, P., *«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8),* junio, 499-510.
ALVARADO LÓPEZ, R., *Hablar hoy de la Trinidad. La comunión como «principio»,* marzo, 203-214.
ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *Vivir con alma. Necesitados de personalización,* junio, 483-494.
ANDRÉS, E. – OSÚA, J. – OTÓN, J., *Talleres de interioridad: una propuesta pastoral,* enero, 43-56.
AVENDAÑO PEREA, J.M., *La comunión eclesial,* septiembre, 669-683.
AYERRA, M.P., *La familia, lugar de transmisión de la fe,* mayo, 401-411.
— *Lo que la enfermedad va haciendo en mi vida,* octubre, 735-746.
BERNABÉ, C., *Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra,* marzo, 235-245.
BOVET BALLÚS, J.M., *El crecimiento interior desde la perspectiva de la afectividad,* enero, 19-30.
BRACKLEY, D., *Una vocación para mi «tribu»: la solidaridad,* julio-agosto, 577-588.
CARLOS OTTO, F. DE, *Dos herramientas para perforar la trivialidad: la inquietud y la búsqueda,* diciembre, 893-901.
CORTINA, A., *El Evangelio y las clases medias,* julio-agosto, 547-558.
DOMINGO MORATALLA, A., *Del secularismo a la secularidad: tiempo de responsabilidad y astucia institucional,* febrero, 93-106.
ESTÉVEZ LÓPEZ, E., *Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los cielos (Mt 5,10-12),* octubre, 773-786.
FUNDACIÓN «ALBOÁN», *El nuevo poder de las identidades culturales,* febrero, 149-151.
— *Solidez para la solidaridad,* mayo, 413-416.
— *Las nuevas identidades-proyecto,* 607-610.
— *Preguntas después de Cancún,* noviembre, 885-862.
FUNDACIÓN «ENTRECULTURAS» – «FE Y ALEGRÍA», *Desarrollo, participación y cooperación,* enero, 59-62.

— *¿Están los políticos realmente comprometidos con la educación de los más pobres?,* marzo, 231-233.
— *Levantemos la mano por la educación de las niñas,* abril, 323-325.
— *«Fe y Alegría». Las claves de una experiencia exitosa,* septiembre, 685-689.
— *Cuando los gobiernos estafan a los maestros, la educación está en peligro,* octubre, 769-772.
— *Educar en la inclusión social,* diciembre, 945-947.
GAMIO GEHRI, G., *Ética y eclipse de Dios,* julio-agosto, 559-576.
GARCÍA-MINA FREIRE, A., *El ser humano como tele-espectador de vidas ajenas,* junio, 461-470.
GARCÍA RUBIO, A., *La palabra dada,* diciembre, 919-931.
GÓMEZ SERRANO, P.J., *Encontrar a Dios en una sociedad consumista,* abril, 297-310.
— *La familia, escuela de liberación, justicia y solidaridad,* mayo, 373-387.
GUERRERO ALVES, J.A., *Encontrar a Dios en una sociedad individualista,* abril, 283-295.
— *Los cristianos y la moral de la clase media,* julio-agosto, 533-546.
HERNÁNDEZ PICO, J., *Desmoronamiento y renovación,* octubre, 747-756.
HORTAL ALONSO, A., *Es hora de marcar las diferencias,* febrero, 137-148.
HUARTE, M. – GARCÍA-BARÓ, M., *La autoridad en el interior de la familia. Experiencias, buenos deseos y perplejidades,* mayo, 389-399.
IZUZQUIZA, D., *La Trinidad nos incluye a todos. Repercusiones sociales de la fe en un Dios comunión,* marzo, 215-229.
LIBÂNIO, J.B., *Aprender a soportar el sufrimiento y a celebrar la vida,* noviembre, 831-842.
LÓPEZ GUZMÁN, D., *La intimidad que intimida. Por una cultura de la comunicación callada,* diciembre, 933-943.
MAGRIÑÀ, L., *Educación para la paz en tiempos de postguerra,* junio, 495-498.
MARDONES, J.M., *Religión: ¿declive o reconfiguración?,* febrero, 107-119.
MARGENAT, J.M., *La guerra de Iraq: ¿conflicto religioso o «kairós» para el cristianismo?,* julio-agosto, 589-606.
MÁRMOL, C., *Aprender a valorar las relaciones de parentesco y las relaciones con las personas mayores,* noviembre, 843-853.
MARTÍN MORENO, J.M., *¡Dichosos los constructores de la paz!,* septiembre 691-700.
MARTÍNEZ, J.L., *Secularización como reclusión de la religión en la vida privada,* febrero, 121-136.
MARTÍNEZ CORTÉS, J., *Buscar a Dios en una sociedad competitiva,* abril, 311-320.
MELLONI, X., *Acceso a la interioridad,* enero, 33-42.
MOLINARI, P., *La canonización del Apóstol de Madrid, José María Rubio y Peralta, SJ,* mayo, 427-437.
MOSCOSO, A., *Aprender a ser felices. ¿Cómo se es feliz en el Sur?,* noviembre, 805-815.
OTÓN, J., *Educar la interioridad,* enero, 5-17.

PIFARRÉ, C., *Del triángulo al icono,* marzo, 193-202.
RAMÍREZ FUEYO, F., *Ocho bienaventuranzas paulinas,* diciembre, 949-961.
RAMÓN CARBONELL, L. *Habitar el presente,* diciembre, 903-918.
RODIER MALHEUX, J., *Hacerse carne con la vida del pueblo,* septiembre, 629-642.
RODRÍGUEZ LAIZ, A., *Bienaventurados los misericordiosos,* mayo, 419-426.
RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J.M., *Vivir vidas ajenas,* junio, 445-460.
ROMERO, L. – VAQUERO, J.M. – PÉREZ SEVILLA, J.M., *Profetas de un mundo nuevo,* septiembre, 643-656.
ROVIRA BELLOSO, J.M., *¿Por qué hablamos aún hoy de la Trinidad?,* marzo, 181-191.
RUIZ PÉREZ, F.J., *Contemplar para ser. La propuesta ignaciana de acercarnos a la Vida ajena,* junio, 471-482.
RUIZ PÉREZ, A.M. – SÁNCHEZ DOMÉNECH, B. – HERRERO, L., *Celebrar la presencia de Dios en la vida,* septiembre, 657-668.
SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *Patricio, una rosa y la primera bienaventuranza,* enero, 63-73.
SOBRINO, J., *Aprender a unir lo divino y lo humano,* noviembre, 817-829.
TABUYO, M., *Hambre y sed de justicia,* abril, 327-338.
URÍBARRI, G., *Tres cristianismos insuficientes: emocional, ético y de autorrealización,* abril, 269-282.
VALLE, L.G. DEL, *Por supuesto que he cambiado. Jesuita y Teólogo: mi persona y mi actividad,* octubre, 757-768.
VIDAL FERNÁNDEZ, F., *El devenir de la familia: una comunidad contracultural, reflexiva y plural,* mayo, 357-372.

2. ÍNDICE GENERAL POR SECCIONES Y MATERIAS

2.1. ESTUDIOS

2.1.1. Análisis Psico-Social y religioso

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *Vivir con alma. Necesitados de personalización,* junio, 483-494.
AYERRA, M.P., *La familia, lugar de transmisión de la fe,* mayo, 401-411.
BOVET BALLÚS, J.M., *El crecimiento interior desde la perspectiva de la afectividad,* enero, 19-30.
DOMINGO MORATALLA, A., *Del secularismo a la secularidad: tiempo de responsabilidad y astucia institucional,* febrero, 93-106.
GARCÍA-MINA FREIRE, A., *El ser humano como tele-espectador de vidas ajenas,* junio, 461-470.
GÓMEZ SERRANO, P.J., *La familia, escuela de liberación, justicia y solidaridad,* mayo, 373-387.
HORTAL ALONSO, A., *Es hora de marcar las diferencias,* febrero, 137-148.
HUARTE, M. – GARCÍA-BARÓ, M., *La autoridad en el interior de la familia. Experiencias, buenos deseos y perplejidades,* mayo, 389-399.

LÓPEZ GUZMÁN, D., *La intimidad que intimida. Por una cultura de la comunicación callada,* diciembre, 933-943.
MARDONES, J.M., *Religión: ¿declive o reconfiguración?,* febrero, 107-119.
MARGENAT, J.M., *La guerra de Iraq: ¿conflicto religioso o «kairós» para el cristianismo?,* julio-agosto, 589-606.
MÁRMOL, C., *Aprender a valorar las relaciones de parentesco y las relaciones con las personas mayores,* noviembre, 843-853.
MARTÍNEZ, J.L., *Secularización como reclusión de la religión en la vida privada,* febrero, 121-136.
MOLINARI, P., *La canonización del Apóstol de Madrid, José María Rubio y Peralta, SJ,* mayo, 427-437.
MOSCOSO, A., *Aprender a ser felices. ¿Cómo se es feliz en el Sur?,* noviembre, 805-815.
RODIER MALHEUX, J., *Hacerse carne con la vida del pueblo,* septiembre, 629-642.
RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J.M., *Vivir vidas ajenas,* junio, 445-460.
ROMERO, L. – VAQUERO, J.M. – PÉREZ SEVILLA, J.M., *Profetas de un mundo nuevo,* septiembre, 643-656.
RUIZ PÉREZ, A.M. – SÁNCHEZ DOMÉNECH, B. – HERRERO, L., *Celebrar la presencia de Dios en la vida,* septiembre, 657-668.
VIDAL FERNÁNDEZ, F., *El devenir de la familia: una comunidad contracultural, reflexiva y plural,* mayo, 357-372.

2.1.2. Espiritualidad

ALEIXANDRE, D., *Cómo me gustaría envejecer,* octubre, 717-734.
ANDRÉS, E. – OSÚA, J. – OTÓN, J., *Talleres de interioridad: una propuesta pastoral,* enero, 43-56.
AYERRA, M.P., *Lo que la enfermedad va haciendo en mi vida,* octubre, 735-746.
CARLOS OTTO, F. DE, *Dos herramientas para perforar la trivialidad: la inquietud y la búsqueda,* diciembre, 893-901.
GARCÍA RUBIO, A., *La palabra dada,* diciembre, 919-931.
GÓMEZ SERRANO, P.J., *Encontrar a Dios en una sociedad consumista,* abril, 297-310.
GUERRERO ALVES, J.A., *Encontrar a Dios en una sociedad individualista,* abril, 283-295.
HERNÁNDEZ PICO, J., *Desmoronamiento y renovación,* octubre, 747-756.
MARTÍNEZ CORTÉS, J., *Buscar a Dios en una sociedad competitiva,* abril, 311-320.
MELLONI, X., *Acceso a la interioridad,* enero, 33-42.
OTÓN, J., *Educar la interioridad,* enero, 5-17.
RAMÓN CARBONELL, L., *Habitar el presente,* diciembre, 903-918.
RUIZ PÉREZ, F.J., *Contemplar para ser. La propuesta ignaciana de acercarnos a la Vida ajena,* junio, 471-482.

VALLE, L.G. DEL, *Por supuesto que he cambiado. Jesuita y Teólogo: mi persona y mi actividad,* octubre, 757-768.

2.1.3. Iglesia

AVENDAÑO PEREA, J.M., *La comunión eclesial,* septiembre, 669-683.

2.1.4. Moral y ética

BRACKLEY, D., *Una vocación para mi «tribu»: la solidaridad,* julio-agosto, 577-588.
CORTINA, A., *El Evangelio y las clases medias,* julio-agosto, 547-558.
GAMIO GEHRI, G., *Ética y eclipse de Dios,* julio-agosto, 559-576.
GUERRERO ALVES, J.A., *Los cristianos y la moral de la clase media,* julio-agosto, 533-546.

2.1.5. Teología

ALVARADO LÓPEZ, R., *Hablar hoy de la Trinidad. La comunión como «principio»,* marzo, 203-214.
IZUZQUIZA, D., *La Trinidad nos incluye a todos. Repercusiones sociales de la fe en un Dios comunión,* marzo, 215-229.
LIBÂNIO, J.B., *Aprender a soportar el sufrimiento y a celebrar la vida,* noviembre, 831-842.
PIFARRÉ, C., *Del triángulo al icono,* marzo, 193-202.
ROVIRA BELLOSO, J.M., *¿Por qué hablamos aún hoy de la Trinidad?,* marzo, 181-191.
SOBRINO, J., *Aprender a unir lo divino y lo humano,* noviembre, 817-829.
URÍBARRI, G., *Tres cristianismos insuficientes: emocional, ético y de autorrealización,* abril, 269-282.

2.2. RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

FUNDACIÓN «ALBOÁN», *El nuevo poder de las identidades culturales,* febrero, 149-151.
— *Solidez para la solidaridad,* mayo, 413-416.
— *Las nuevas identidades-proyecto,* 607-610.
— *Preguntas después de Cancún,* noviembre, 855-862.
FUNDACIÓN «ENTRECULTURAS» – «FE Y ALEGRÍA», *Desarrollo, participación y cooperación,* enero, 59-62.
— *¿Están los políticos realmente comprometidos con la educación de los más pobres?,* marzo, 231-233.
— *Levantemos la mano por la educación de las niñas,* abril, 323-325.
— *«Fe y Alegría». Las claves de una experiencia exitosa,* septiembre, 685-689.

— *Cuando los gobiernos estafan a los maestros, la educación está en peligro,* octubre, 769-772.
— *Educar en la inclusión social,* diciembre, 945-947.
MAGRIÑÀ, L., *Educación para la paz en tiempos de postguerra,* junio, 495-498.

2.3. LAS BIENAVENTURANZAS

AGUIRRE, R., *Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados,* febrero, 153-163.
ALEIXANDRE, D., *Tres narraciones en torno a las bienaventuranzas,* noviembre, 863-870.
ALONSO, P., *«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8),* junio, 499-510.
BERNABÉ, C., *Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra,* marzo, 235-245.
ESTÉVEZ LÓPEZ, E., *Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los cielos (Mt 5,10-12),* octubre, 773-786.
MARTÍN MORENO, J.M., *¡Dichosos los constructores de la paz!,* septiembre 691-700.
RAMÍREZ FUEYO, F., *Ocho bienaventuranzas paulinas,* diciembre, 949-961.
RODRÍGUEZ LAIZ, A., *Bienaventurados los misericordiosos,* mayo, 419-426.
SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *Patricio, una rosa y la primera bienaventuranza,* enero, 63-73.
TABUYO, M., *Hambre y sed de justicia,* abril, 327-338.

3. RECENSIONES

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *Comunidades de solidaridad,* octubre 796-797.
APARICIO, A. – GARCÍA PAREDES, J.C.R., *Los salmos, oración de la comunidad,* febrero, 169-170.
AROSTEGUI BARANDIKA, I., *Calidad de vida y retraso mental,* junio, 522-523.
ARRUPE, P., *Aquí me tienes, Señor, Apuntes de sus Ejercicios Espirituales (1965),* junio, 512-513.
BAUTISTA, E., *Aproximación al estudio del hecho religioso,* junio, 514-515.
BÉCHEAU, F., *15 días con Ignacio de Loyola,* noviembre, 881.
BELLET, M., *¿Comer y beber a Dios?,* noviembre, 880.
BLANCH, A., *El espíritu de la letra. Acercamiento creyente a la literatura,* marzo, 255-256.
BLÁZQUEZ, R. – SOLER, J.M. – GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *El obispo en la Iglesia. Una meditación,* enero, 82-83.
BOFF, L., *Tiempo de trascendencia. El ser humano como un proyecto infinito,* febrero, 165-166.
BORRIELLO, L., *Diccionario de Mística,* febrero, 167.
— *Fundamentalismo. La globalización y el futuro de la humanidad,* abril, 348-349.

BOTELLA CUBELLS, V., *Dios escribe y se escribe con trazo humano,* abril 350-351.
BRENNAN, A. – BREWI, J., *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida,* abril, 343-344.
BRIDGER, F., *Una vida mágica. La espiritualidad del mundo de Harry Potter,* marzo, 259.
CABRIA, J.L. – SÁNCHEZ-GEY, J. (eds.), *Dios en el pensamiento hispánico del siglo XX,* marzo, 253.
CAMPOS HERRERO, J., *Alfabetización emocional,* octubre, 792.
CENTRO DI STUDI SULL'ECUMENISMO, *Cien preguntas sobre el Islam,* diciembre, 966.
CHATELARD, A., *Carlos de Foucauld. El camino de Tamanrasset,* diciembre, 964.
CODA, P., *Engrandece mi alma al Señor,* febrero, 166.
CROSSAN, J.D., *El nacimiento del cristianismo,* marzo, 250-251.
CASCALES, J.G. – FORCANO, B., *Bernhard Häring. Entrevista-testamento. Su obra y personalidad,* julio-agosto, 621-622.
CARLOS OTTO, F. DE, *¿Qué sentido tiene la vida?,* marzo, 252-253.
DESTRO, A. – PESCE, M., *Cómo nació el cristianismo joánico. Antropología y exégesis del Evangelio de Juan,* noviembre, 876-877.
DÍAZ, C., *Atajos de sabiduría,* julio-agosto, 613-614.
— *¿Qué es el personalismo comunitario?,* octubre, 790-792.
DÍAZ-SALAZAR, R., *Justicia global. Las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre,* junio, 521-522.
DOMINIAN, J., *Hacer el amor,* abril, 344-345.
DUPUIS, J., *El cristianismo y las religiones. Del desencuentro al diálogo,* diciembre, 969.
DURRWELL, F.-X., *Cristo, nuestra Pascua,* diciembre, 968.
EVDOKIMOV, P., *Las edades de la vida espiritual. De los padres del desierto a nuestros días,* septiembre, 706-707.
ESPEJA, J., *Los sacramentos cristianos,* octubre, 794.
FERNÁNDEZ, B. – TORRES, F. (eds.), *La misión compartida. 31 Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada,* julio-agosto, 618-619.
FERNÁNDEZ V.M., *Claves para vivir en plenitud,* noviembre, 885.
FLECHA, J.R., *Moral de la persona. Amor y sexualidad,* julio-agosto, 615-617.
FRANCO, C.A., *Eucaristía y Presencia Real: Glosas de san Pablo y Palabras de Jesús. Anotaciones a 1 Cor 11 y Jn 13,* octubre, 789-790.
G. BARBOSA, A., *Jóvenes con v@lores,* diciembre, 972.
GARCÍA LÓPEZ, F., *El Pentateuco,* julio-agosto, 614-615.
GONZÁLEZ, A., *Reinado de Dios e imperio. Ensayo de teología social,* octubre, 787-788.
GONZÁLEZ BUELTA, B., *Orar en un mundo roto,* septiembre, 702-703.
GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *La fe en Dios, factor de paz o de violencia,* noviembre, 882-883.
GONZÁLEZ VALLÉS, C., *Peregrino entre hindúes,* noviembre, 881-882.
GREEN, J., *Hermano Francisco,* enero, 78-79.
GRESHAKE, G., *Creer en el Dios uno y trino. Una clave para entenderlo,* junio, 518-519.

GRÜN, A., *Los sacramentos (7 libros),* febrero, 171-172.
— *Evangelio y psicología profunda,* octubre, 793.
— *El libro del arte de vivir,* diciembre, 971.
GUARDINI, R., *El Señor. Meditaciones sobre la persona y la obra de Jesucristo,* enero, 80-81.
— *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo,* diciembre, 974.
HANNAN, P., *Tú me sondeas. Un viaje hacia la realización humana,* septiembre, 708-709.
HERA BUEDO, E. DE LA, *La noche transfigurada,* febrero, 170-171.
HORTAL, A., *Ética general de las profesiones,* abril, 345-346.
JELLOUSCHEK, H., *El amor y sus reglas de juego. Las crisis en la relación de pareja como oportunidad de crecimiento,* septiembre, 709-710.
LABOA, J.M., *Cristianismo. Origen, desarrollo, divisiones y expansión,* marzo, 248-249.
— *Los laicos en la Iglesia,* noviembre, 875-876.
LAMET, P.M., *Desde mi ventana,* abril 349-350.
— *Borja: los enigmas del Duque,* junio, 515-517.
LAVERDIÈRE, E., *Comer en el Reino de dios. Los orígenes de la Eucaristía en el Evangelio de Lucas,* marzo, 261-262.
LÉGAUT, M., *Plegarias de hombre,* marzo, 257-258.
LEÓN LASTRA, J.J. DE, *Seis días para repensar la vida,* diciembre, 969.
LÓPEZ LEÓN, M.L. – VALLEJO CALZADA, P., *«Páginas vocacionales»,* diciembre, 973.
LIBÂNIO, J.B., *Discernimiento, Vida Consagrada y opción por los pobres,* marzo, 256-257.
LÓPEZ AZPITARTE, E., *Hacia una nueva visión de la ética cristiana,* junio, 524-525.
MADRIGAL, S., *Vaticano II: Remembranza y actualización. Esquemas para una eclesiología,* marzo, 254-255.
— *Estudios de Eclesiología ignaciana,* julio-agosto, 611-613.
MALDONADO, L., *Liturgia, arte, belleza. Teología y estética,* enero, 81-82.
— *La esencia del cristianismo. Vivir en cristiano hoy,* noviembre, 878-879.
MARDONES, J.M., *La vida del símbolo,* septiembre, 701-702.
MÁRQUEZ CALLE, M., *¿Hacia dónde mirar? Espiritualidad de la vida cotidiana,* julio-agosto, 619-620.
MARTÍN MORENO, J.M., *Personajes del Cuarto Evangelio,* abril, 341-342.
MARTÍNEZ LOZANO, E., *El gozo de ser persona. Plenitud humana, transparencia de Dios,* abril, 346-347.
MARTINI, C., *«Pueblo mío, sal de Egipto». El camino del pastor en su pueblo,* octubre 797-798.
MENÉNDEZ MARTÍNEZ, V., *La misión de la Iglesia. Un estudio sobre el debate teológico y eclesial en América Latina (1955-1992) con atención al aporte de algunos teólogos de la Compañía de Jesús,* septiembre, 705-706.
MERTON, T., *Nuevas semillas de contemplación,* septiembre, 712.
METALLI, A., *La herencia de Madama,* abril, 347-348.
MEYENDORFF, J., *Teología bizantina,* noviembre, 883-884.

MORRICE, W., *Dichos desconocidos de Jesús. Palabras atribuidas a Jesús fuera de los cuatro Evangelios,* junio, 519-521.
NEWMAN, J.H., *Suyo con afecto. Autobiografía epistolar,* enero, 77-78.
NGUYEN VAN CHAU, A. – CARDENAL, F.-X., *Nguyen Van Thuan. Prisionero político, profeta de la paz,* noviembre, 887.
O'COLLINS, G., *La Encarnación,* diciembre, 965.
ODUYOYE, M.A. – KANYORO, M.R.A. (eds.), *Mujeres, tradición e Iglesia en África,* octubre 794-796.
PARRAVICINI, G. (ed.), *Vida de María en iconos,* febrero, 168.
PRAENA SEGURA, A. – ESCRIBANO, A. (Coordinadores), *Cristianismo y poesía,* junio, 517-518.
PRONZATO, A., *Tras las huellas del Samaritano. Peregrinación al santuario del hombre,* septiembre, 707-708.
QUINZÁ, X., *Signos de Dios en lo cotidiano,* septiembre 704-705.
RAGUER, H., *Carrasco i Formiguera. Un cristiano nacionalista (1890-1938),* junio, 513-514.
RAHNER, H., *María y la Iglesia,* febrero, 172-173.
RAHNER, K., *Escritos de teología, II,* julio-agosto, 620-621.
— *Escritos de teología, III,* diciembre, 963.
RODRÍGUEZ IDÍGORAS, A., *El valor terapéutico del humor,* marzo, 247-248.
SAOÛT, Y., *¡No escribí el Apocalipsis para asustaros!,* enero, 76-77.
SASTRE, J. – NIETO, J., *A vueltas con el sexo. Guía para no perderse,* noviembre, 879-880.
SECRETARIADO CATEQUÍSTICO DE LA DIÓCESIS DE VERONA, *Itinerario de Catequesis para adultos,* enero, 83-85.
STROMATA, *Revista de cultura, n.1,* junio, 511-512.
TERESA DE CALCUTA, *Escritos esenciales,* febrero, 169.
TRECHERA, J.L., *Trabajar en Equipo: Talento y Talante. Técnicas de dinámica de grupos,* septiembre, 710-711.
TRIVIÑO, M.V., *La oración de intercesión, perfume en cuenco de oro,* noviembre, 888.
VAN KLEY, D.K., *Los orígenes religiosos de la revolución francesa,* junio, 523-524.
VÁZQUEZ BORAU, J.L., *Las Iglesias Cristianas (Católica, Ortodoxa, Protestante, Anglicana),* noviembre, 886.
VENDRAME, C., *Los enfermos en la Biblia,* septiembre, 703-704.
WAARDENBURG, J., *Significados religiosos. Introducción sistemática a la ciencia de las religiones,* enero, 75-76.
WINTER, M.T., *Desde lo hondo. La historia de Ludmila Javorova, una mujer católica ordenada sacerdote,* febrero, 173-174.
ZATTONI, M. – GILLINI, G., *Enseñar a amar. La educación afectiva y sexual del adolescente y de su familia,* marzo, 260.
— *Proteger al niño,* julio-agosto, 617-618.